CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

MADRID 68-69
AGOSTO - SEPTIEMBRE, 1955

LAB

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

"Cuadernos Hispanoamericanos" solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

Ciencias Históricas:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

Hispanidad:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

Genealogía y Heráldica:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

Bibliografía:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Literatura:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.

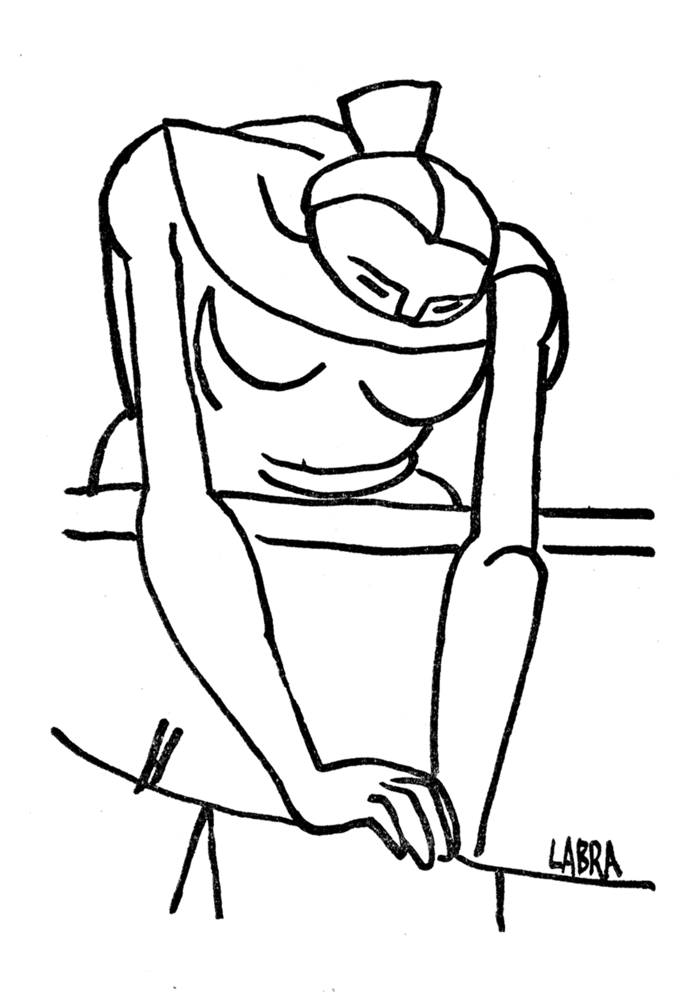
INDICE

NUESTRO TIEMPO — *Páginas*

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

En páginas de color, el *Proyecto de una Unión Iberoamericana de Pagos,* original de Jesús Prados Arrarte. Portada y dibujos del pintor español *José María de Labra.*



NUESTRO TIEMPO

ALEMANIA OCCIDENTAL Y SU FUTURO POLITICO, ECONOMICO Y MILITAR

POR

RICHARD JAEGER
VICEPRESIDENTE DEL BUNDESTAG

La situación política actual de Alemania se caracteriza por la estabilidad de las circunstancias. Esta estabilidad no es, en modo alguno, el solo resultado de la disposición constitucional del "voto constructivo en contra", según el cual la destitución del canciller sólo es posible en el caso en que simultáneamente pueda presentarse una mayoría para la formación del nuevo Gobierno. Fundamentalmente, esta estabilidad se basa en la madurez política de los electores, que, por su parte, es una consecuencia de las terribles experiencias del pasado más reciente. Pero si no se diera el "voto constructivo en contra", esto es, según la legislación de la Constitución de Weimar, las circunstancias gubernamentales alemanas hubieran permanecido estables en los últimos años.

En ocasiones se ha llegado a la conjetura de que esta estabilidad de las circunstancias y la nitidez del curso político en Alemania podrían tener su fin al dejar de ser jefe del Gobierno el doctor Adenauer. Este temor no tiene fundamento. Es indudable que el doctor Adenauer ha prestado grandes servicios, y justamente también en el sentido de una consolidación de la política exterior e interior de Alemania; pero es asimismo indiscutible que la política alemana no cuenta solamente con los dos ojos del doctor Adenauer. Existe una vena profunda de la conciencia política en nuestro pueblo, dándose tres hechos principales que garantizan la estabilidad de la evolución:

1. Hoy han desaparecido en Alemania los pequeños partidos fragmentados, que podrían convertirse en elementos perturbadores de la vida política. En la época de Weimar existían 32 partidos en el Reichstag; hoy existen únicamente cinco en el Bundestag.
2. En la República Federal no existe un radicalismo político; incluso en aquellos territorios de la Federación que son tradicionalmente propicios a las corrientes radicales de la

derecha, los partidos radicales no cuentan ya con oportunidad alguna.

3. La unión política de los cristianos garantiza la existencia de un fuerte centro político que ya no puede ser presionado por los extremistas. Esta unión asegura a la política gubernamental una base segura y estable y representa un progreso inapreciable para la reconciliación y pacificación de Alemania. Y en el campo político significa la solución al problema más difícil de la historia alemana: el problema confesional.

Naturalmente, no faltan dificultades internas. Y si bien éstas no tienen carácter agudo en la actualidad, lo cierto es que, a corto o largo plazo, podrían provocar diversos peligros. Entre estos peligros figuran, en primer término, los siguientes:

1. Ciertamente, ya no existe un gran número de minúsculos partidos políticos, pero el sistema proporcional otorga a los pequeños partidos una posición desproporcionadamente fuerte en las formaciones gubernamentales, que puede utilizarse como política de exanciones.
2. Como también sucede en otros países, en Alemania existe también el peligro de que *pressour-groups*, esto es, los grupos de interesados, ejerzan una influencia desproporcionadamente fuerte sobre la vida política presionando sobre el Parlamento.
3. El peligro principal radica en el hecho de que el pueblo alemán se inclina en volumen creciente a cuidar exageradamente el *standard* de vida y a olvidar que en ocasiones es necesario el sacrificio si se quieren alcanzar los fines éticos y políticos. El creciente materialismo que aquí encuentra expresión se inclina por sobrevalorar el bienestar material en detrimento de la libertad.

Se produjo una grave crisis de política exterior en el otoño de 1954, que encontró su expresión en el movimiento de un referéndum no previsto por la Constitución y en el llamado "Paulskirchen-Manifest". No obstante, debe señalarse expresamente que dicha crisis fué resuelta no por parte de Alemania, sino en virtud del fracaso de la Comunidad de Defensa Europea en la Cámara francesa el 30 de agosto de 1954. Que esta crisis ha sido superada entre tanto lo prueban nítidamente las recentísimas elecciones del Palatinado, que registraron una mayoría absoluta del partido de Adenauer.

Muchos observadores extranjeros no pueden comprender las causas de la manifiesta desgana militar que advierten en Alemania. Es cierto que en Alemania no existe entusiasmo alguno por el rearme ni una mentalidad militar agresiva, sino que el rearme sólo es aceptado, muy a su pesar, en reconocimiento de los grandes peligros que se ciernen. Alemania nunca ha dispuesto simultáneamente de un Estado democrático y de un buen ejército; hoy día contamos con un Estado indudablemente democrático, con buenas perspectivas futuras, y nos ocuparemos, en los venideros trabajos de legislación, de crear un ejército poderoso y contundente que no represente un peligro, sino una protección para la democracia. Para ello cuidaremos de conservar la primacía de lo político sobre el ejército. Naturalmente, no puede existir un "ejército democrático", puesto que la vida militar se rige por la ley del mandato y de la obediencia. Pero puede realizarse la experiencia de transmitir asimismo esta ley a la vida política.

Nosotros no quisimos un ejército nacional, sino la Comunidad Europea de Defensa. El ejército nacional que estamos creando ahora no es la obra de un rey prusiano, sino la de un presidente de ministros francés que la Comunidad Europea de Defensa dejó fracasar el 30 de agosto de 1954. Por ello, esperamos confiadamente también que nuestro nuevo ejército no dé motivos de recelo a aquellos países que nos han ayudado a tener un ejército nacional.

Los nuevos acuerdos de Londres y París, desde muchos aspectos de nuestro punto de vista nacional, son más ventajosos para nosotros que los acuerdos de integración. Sin embargo, preferiríamos en todo momento los antiguos acuerdos, porque se corresponden mejor a nuestra idea de Europa, tan profundamente arraigada en todo el pueblo y, sobre todo, en la juventud alemana. Esta idea es asimismo la que nos llevó a aquel gran sacrificio que hemos aportado a la cuestión del Sarre.

Lo más importante para la reconstrucción europea consiste en que la idea europea encuentre su expresión permanente en las instituciones europeas.

El proyecto Briand-Stresemann fracasó porque no se realizó en las instituciones supranacionales. En el futuro no sólo permaneceremos firmemente sobre el terreno de los acuerdos, sino que intentaremos llevar adelante la reconstrucción de Europa. Hasta ahora se ha dicho que Alemania ha renunciado a sus derechos de soberanía en las organizaciones supranacionales más fácilmente que otras naciones, ya que no puede practicarlos por sí misma.

Ahora las cosas han cambiado, y Alemania mostrará que también ahora, cuando vuelve a estar en posesión de su soberanía, está dispuesta invariablemente a renunciar a derechos de soberanía para llevar adelante la reconstrucción de Europa. Para nosotros esto significa una renuncia de derechos en beneficio de Europa y un sacrificio igualmente grande para nosotros como para otras naciones.

La creación de Europa es necesaria en todo momento. Los Estados Unidos forman una gran potencia que—como ninguna otra anteriormente—está libre de toda intención imperialista. Nosotros no queremos ni podemos ser una tercera fuerza que practique una política basculante entre el Este y el Oeste. Allí donde el comunismo hace presencia no cabe esgrimir una neutralidad frente a la agresión. La política alemana está determinada por el objetivo central de crear a Europa, y de ella dependen también las relaciones de Alemania con los otros países. La amistad entre Francia y Alemania encuentra aquí su objetivo, y en este aspecto se cuidarán las relaciones con España. Estamos obligados a luchar por que España y Portugal ocupen aquel lugar en las organizaciones internacionales al que tienen perfecto derecho. Pero igualmente ruego a los amigos españoles y portugueses que se muestren dispuestos a aceptar ese lugar para hacerse cargo de los cometidos vinculados a la colaboración en los círculos europeos y atlánticos.

La fidelidad de Alemania a los acuerdos de Londres y de París está fuera de toda duda. Jamás utilizaremos los acuerdos como objeto comercial. Pero todo esto en modo alguno se contradice con la nostalgia alemana por la reunificación de la patria dividida; antes al contrario. Sabemos que lo más grande e importante de los acuerdos fué lo conseguido hasta la fecha en el camino de la reunificación. Y sabemos además que la eventual disposición de los rusos a las concesiones se interrumpiría inmediatamente si aflorase la más pequeña duda acerca de la seguridad de los acuerdos. Hasta el momento, la reunificación es sólo una demanda alemana. Ahora catorce naciones están obligadas a hacer lo mismo que ella. Con ello se ha conseguido más en favor de la reunificación que a través de patéticos discursos populares.

La evolución de Austria, ¿hace necesaria o posible otra evolución en Alemania? Indudablemente la firma del Tratado de Estado es un gran triunfo para Austria y para su prudente y avisado canciller. Lo cierto es que no significa limitación alguna de su mérito si se comprueba que solamente una determinada situación

política ha posibilitado el cambio de opinión de los rusos, y que esta situación fué provocada justamente por la consecuencia política exterior de las naciones europeas. No creo que los rusos estén dispuestos a continuar su política de compromisos en el caso de Alemania. Los presupuestos son totalmente distintos: Austria tiene siete millones de habitantes; Alemania, 70; Austria es ocupada conjuntamente por las cuatro potencias; Alemania está dividida *de facto* hace años; la integridad territorial austríaca permanece intocable; Alemania tiene graves problemas fronterizos, y ningún Gobierno alemán está facultado nunca para aceptar la frontera Oder-Neisse; y, sobre todo: el dominio sobre Alemania decide el destino de Europa. Por todo ello, el camino del neutralismo no es posible para nosotros. El pensamiento neutralista se ha desplomado en Alemania justamente a partir del Tratado austríaco. El mismo Ollenhauer, que había combatido con la mayor violencia la política de Adenauer, ha vuelto las espaldas a la idea neutralista. Tal es quizá el máximo triunfo de la política interior de Adenauer.

Así, pues, Alemania se ha convertido en el destino de Europa, y no sólo en el campo ideológico, sino también en el ámbito de cada una de las decisiones políticas. Y, por ello, la política alemana ha de seguir imperturbablemente el camino de Europa.

LA ACTITUD DEL CRISTIANO ANTE EL PROBLEMA DE LA COEXISTENCIA (*)

POR

GUSTAV GUNDLACH

DE LA UNIVERSIDAD GREGORIANA DE ROMA

Poco después de la Navidad recibí esta honrosa invitación a hablar de la actitud del cristiano frente al problema de la coexistencia. Algunos días más tarde, la cristiandad vivió la alegría de recibir de la pluma del propio Sumo Pontífice una profunda lección sobre idéntico tema.

Por ello me permito felicitar a mis lectores y felicitarme: a vosotros, porque en el problema de la coexistencia visteis no sólo una solicitud económica, sociológica y política, sino también una empresa cristiana de nuestro tiempo, que sabéis confirmada ahora por el Padre Santo. Y me felicito a mí mismo porque mis reflexiones pueden ganar en claridad y en directrices con la doctrina de Pío XII.

Desde el punto de vista cristiano, considero el problema de la coexistencia en tres órdenes de pensamiento: 1. La coexistencia como clima de nuestro tiempo. 2. La coexistencia como testimonio de realismo. 3. La coexistencia como plenitud de valores cristianos.

1. LA COEXISTENCIA COMO CLIMA DE NUESTRO TIEMPO

El clima de nuestro tiempo, la atmósfera en que se vive, es, por desgracia, la progresiva desconexión interna de los hombres. Este fenómeno guarda una considerable contradicción con el hecho actual de que en ningún tiempo los hombres se han conducido con mayor espíritu de colectividad. Los medios de comu-

(*) *Las ideas fundamentales del presente trabajo, titulado "Die Haltung der Christen gegenüber dem Problem der Koexistenz", fueron presentadas como ponencia en las Jornadas de la IV Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, celebradas del 31 de mayo al 4 de junio últimos en El Escorial. Su autor es profesor de Teología de la Universidad Gregoriana de Roma y colaborador de los trabajos de la Santa Sede sobre el problema de la coexistencia. Aparece el trabajo en versión directa de Enrique Casamayor.*

nicación y de información se han desarrollado asombrosamente; los usos de la vivienda congregan a los hombres; el trabajo forma caravanas, que caminan diariamente hacia fábricas y oficinas; el descanso, incluso las vacaciones y el tiempo de asueto, se brindan más y más en forma organizada de grupos humanos más o menos numerosos; la libre economía de mercados o la economía dirigida cuentan ambas idealmente con un ámbito universal y también con la disponibilidad de la última energía laboral del hombre; los partidos políticos, las organizaciones profesionales, los Sindicatos y gremios agrupan a los hombres en grandes masas, y ante las ventanillas de sus oficinas, el moderno Estado de la previsión social agrupa a los beneficiarios como miembros de una mesa común.

Pero todas estas relaciones sociales mantienen en pasividad a los hombres; por decirlo así, los hombres sufren las relaciones; los hombres no crean las relaciones a partir de sí mismos. En realidad, sus mutuas relaciones internas van reduciéndose progresivamente, y hasta en la unidad religiosa y moral, jurídica y económica de la familia se injiere, con perturbación directa o indirecta, el estilo moderno de la producción y quizá más el imperativo del consumo. En resumen, los hombres van reduciendo progresivamente la realidad de sus mutuas relaciones internas. Tal es el clima de nuestro tiempo, y precisamente en él la palabra y el hecho de la coexistencia adquieren una significación especial. Significan un hecho sociológico dado *(Gegebenheit)* sin contenido propio, una mera yuxtaposición de hombres, en la que la esencia personal de éstos no participa interior y activamente. Significa más o menos algo accidental, algo adventicio, que, con el tiempo, tampoco permite enlazar vínculo alguno.

Se percibe la falta. Por ello, nuestro tiempo es tan frecuente en reuniones llamadas "Conversaciones" o "Asambleas". Pero, por otra parte, no se trata sino de objetivos organizados, "coloquios" en los que fundamentalmente no se utiliza un lenguaje común, "reuniones" que son encrucijada de caminos, pero a la que no desemboca un camino común ni de la que continúa un mismo camino. Tal es la mísera coexistencia como clima de nuestro tiempo.

¿Cómo han podido sentir los hombres esa ceguera para los valores objetivos de la naturaleza humana, que por sí solos constituyen y vitalizan la estructura interior de la vida social, esto es, la auténtica coexistencia? ¿Qué cosa ha arrebatado a los hombres

su interés por aquellas certidumbres, por aquellos objetivos y cualidades de la realidad social? ¿Qué les ha conducido a las relaciones interhumanas mezquinas, superficiales, o sea cuantitativas, en las que sólo un contado número de individuos, portadores de reacciones mensurables o como material para volúmenes estadísticos, se convierten en conocimiento exacto en todas las esferas vitales de la sociedad? En esta hora presente, de la que cabe creer todo lo malo, ¿qué le sucederá al mundo social con el empleo de los métodos de sociometría y del Instituto Gallup?

Es indudable que esta proclividad hacia la coexistencia exterior y cuantitativa se ha complicado asimismo por el hecho de que la guerra y la posguerra, con el abuso de los poderosos, han privado a todo valor humano de la dignidad y energía que ordenan la vida social; estos valores sirvieron para todo abuso y fueron utilizados frecuentemente como simple bambalina. Por añadidura, llegó asimismo la necesidad de lo más indispensable para subsistir, en un lamentable vivir al día.

Pero, a partir de entonces, ¿ha cambiado quizá la situación en el sentido de un indecible desarrollo de la técnica y de la productividad del trabajo? En modo alguno. Los celebrados lemas del producto social en continuo aumento, del nivel de vida siempre en superación y la disminución también progresiva de las cargas del trabajo diario han enfocado rectamente la mirada de los hombres hacia lo meramente cuantitativo de la realidad social. Es un crítico inoportuno y un extravagante idealista quien se plantea la cuestión, la decisiva cuestión de lo cualitativo de la coexistencia humana: esas cifras de impresión casi astronómica, ¿son idénticas con un bienestar humano, esto es, con una vida plenamente valiosa del hombre y de la sociedad?

Sin embargo, la pregunta está justificada tanto si el hombre todavía "está", con lo que guarda dependencia con el concepto de "bienestar", como si se encuentra en ese poderoso estar autónomo que es esencialmente el hombre como persona; o como si todavía permanece como señor de este mundo terrenal, o bien si no se le ha de valorar generalmente como alguien arrojado a la corriente de un tenebroso acontecer, que hoy se encarna en el progreso técnico. El neopositivismo, hoy tan frecuentemente dominador, matematizante y logístico, declina abiertamente toda respuesta a aquella cuestión indudablemente metafísica, y el existencialismo—hoy con igual poder de influencia—se decide en contra de la persona humana. Según el existencialismo, hemos de re-

nunciar a la esencia personal *(Personsein)*, a la superioridad del sujeto sobre el objeto y asimismo también a la verdad auténtica en el reconocer y en el obrar. Según él, el hombre no es más que "encuentro" *(Befindlichkeit)*, el lugar exacto en que se encuentra plenamente el ser; el sitio puntual en que acontece el ser.

La deducción práctica que, consciente o inconscientemente, aceptan muchos contemporáneos es la siguiente: el desarrollo técnico, con su multiplicada operación sobre la coexistencia de los hombres, ha de admitirse como una fatalidad, como un sino. Además, esta misma evolución obliga a los hombres a tolerarse mutuamente. Este fenómeno recibe el nombre de "fomento de las relaciones humanas". Lo que significa propiamente un trocado "no interrumpas el juego". Porque sobre el juego se cierne amenazador el fantasma de una concepción puramente cuantitativa de la existencia: la avidez de todos hacia el "más" y la angustia de todos ante el "menos". La indignidad humana no puede ciertamente acabar con la lucha de clases.

Pero se nos conjura a confrontar la lograda coexistencia aparencial, no con una norma, con una norma de la ordenación social, y en primer término, sobre todo, no con un cuadro de valores *(Ordnungsbild)*, en cuyo centro se alce la persona. Por lo contrario, y en relación con el curso inevitable del acontecer, pagaríamos excesivo precio por la persona y por la ordenación de sus posibilidades. Esta actitud ha sido ya mantenida por el liberalismo, y hasta los sistemas totalitarios se han pronunciado como sus continuadores y sepultureros.

Este es el cuadro en que parece estabilizarse en Occidente la evolución hacia una mera coexistencia aparencial de los hombres. Así lo quiere el clima de la época. Ciertamente, un cuadro bien mísero. Pero lo denunciamos aquí no como pretensión de un pesimismo cultural gratuito; no sería postura de cristiano. Presentamos la imagen de nuestro tiempo para denunciar entre nosotros la peligrosidad de ese modo de coexistencia. El mundo occidental, que se habitúa a vivir en una coexistencia meramente aparencial vacía de valores, ha rechazado desde sus inicios la empresa aventurada de una coexistencia con el mundo oriental dominado por el comunismo. Porque este mundo, aunque sea comunista o simplemente tolere el comunismo, está precisamente conmovido desde hace años por el problema de los valores absolutos de la vida social. Si, en consecuencia, nosotros los occidentales, los "vacíos de valores", tomamos contacto con el mundo comunista en la coexistencia, se-

remos indudablemente los más débiles, con debilidad hasta la renuncia, sea en la resistencia, sea en la concesión. Tal es en nuestra hora el gran peligro del clima occidental, donde, por desgracia, sólo se pretende el establecimiento de una coexistencia aparencial y desespiritualizada entre los hombres.

Es lamentable señalar todavía que esta precaria situación se hará más peligrosa entre nosotros precisamente por cristianos. Creo en la marcha del cristianismo abandonando el Occidente como objeto de un juego teológico de ideologías. Sobre la base de un falso supernaturalismo se edifica una teología de la vida social y de la Historia, en la que simplemente la coexistencia no es, ni tampoco puede ser, problema propiamente "cristiano", ni como relación general entre hombres ni como relación concreta Este-Oeste. Esta teoría teológica *(Theologeme)* fija de tal forma la realidad del Hijo de Dios hecho hombre, de la Iglesia y de los cristianos a lo trascendente y eterno, que todos los elementos que son subsidiarios del cristianismo como comunidad histórica y humana se convierten en secundarios o, en cualquier caso, menos relevantes. De ahí que se niegue la existencia de argumentos propiamente "cristianos" contra el comunismo oriental como organización social. Por último, si Dios, como Señor de la Historia, quiere que la cristiandad cambie su representante temporal (el Occidente moribundo), entonces los cristianos hemos de cumplir el mandato de la *Historia Sagrada*, y debemos lanzarnos sin reservas, sin las llamadas exigencias cristianas, con los ojos cerrados, en la pleamar del nuevo y prometedor mundo del Este. Pío XII, en sus manifestaciones sobre la coexistencia, ha señalado como no católicas las concepciones fundamentales de aquel falso supernaturalismo, condenando nuevamente al comunismo como sistema. Y con esto ya es bastante.

2. LA COEXISTENCIA COMO TESTIMONIO DE REALISMO

Lo expresado hasta aquí afirmaba que la creciente ausencia de relación interna entre los hombres occidentales convierte la coexistencia en problema especial para el cristiano; y toda alusión del mismo a través de una fuga a lo sobrenatural es no católica. ¿Pero se solucionará el problema si se reclama a la coexistencia como fruto del pensamiento realista? ¿Y si se la interpreta como una liberación de todas las llamadas ideologías, que en la práctica complican exclusivamente las cosas para entorpecer las

soluciones necesarias? De esta opinión son los hombres de la vida cotidiana, los hombres de empresa, gentes de la economía y de la política: seamos, pues, realistas; explotemos concretamente a la coexistencia, en el tiempo y en el espacio de este mundo concreto.

Pero la economía no es, gracias al *médium* de la coexistencia, la gran ilusionista de la distensión. No *puede* serlo. El Santo Padre, en su Mensaje sobre la coexistencia, censura a los economistas de la escuela liberal. Bajo la dirección del inglés Cobden, estos economistas han disfrutado positivamente del mercado libre desde hace más de cien años; de ese mercado mundial idealmente indiscriminado de toda limitación y fronteras, como un paraíso de la coexistencia de individuos y pueblos, fructificado en todas las esferas de la vida. El decepcionante resultado es bien conocido; sus rasgos económicos más característicos son: la proporción inarmónica de la producción industrial y agraria en todos los países, la nerviosa querencia hacia el proteccionismo y los territorios no desarrollados, es decir, los territorios oprimidos en su propia vida.

Además, la economía sólo como coexistencia de los economistas en libre competencia en el mercado, idealmente en el libre mercado universal, ¿podría ser sencillamente la gran ordenadora de las relaciones humanas entre los individuos y los pueblos? Está claro que, en estas circunstancias, en modo alguno puede considerarse al mercado como producto *(Gebilde)* social. En sentido liberal, el mercado se limita siempre, si es caso, al concreto punto de la formación de precios. Esta formación se consigue, naturalmente, por la libre competencia bajo el único principio operante de las tarifas aduaneras *(Grenzkosten)*, y de tal modo que siempre, en la oferta y la demanda, sólo una de ellas es realmente activa, mientras que el resto representa exclusivamente a la saturación. Así, pues, este mercado de la escuela ortodoxa liberal es el representante directo de un modo de coexistencia que carece de toda relación íntima entre los hombres y que es puramente aparencial y cuantitativo. Y, así, este mercado no constituye un producto social con finalidad específica, producto que, como tal hacer y dejar hacer, vincula prácticamente a todos los interesados y conduce a la formación de precios. Por ende, nunca un acontecer de esta formación, concebido tan puntual y mecánica-cuantitativamente, puede ser la base de creación de mercados según el tipo tradicional de comerciante libre y, por tanto, la de la creación de la

economía como fuente de toda ordenación entre individuos y pueblos.

Y aún hay más. Quien considere cabalmente al mercado como producto social, según las leyes de su formación, no puede pasar por alto el problema de su desarrollo. En puridad, no puede considerarse como respuesta a la cuestión el hecho de que el tradicional liberalismo ortodoxo se proclame partidario de la libertad formal, puramente negativa, del *homo oeconomicus* abstracto, frente a la injerencia social. Este hombre se ha vengado prácticamente al madurar aquel rasgo característico de resultado decepcionante, al que nos referimos con anterioridad. Pero asimismo nos ha puesto sobre las huellas que conducen a indagar las leyes formativas del mercado como producto social: leyes propias, en las que se estructuran las esferas de la producción y del consumo. Pero no nuevamente en las vastas proporciones de lo abstracto, sino en última instancia en las leyes que la propia Naturaleza impone a la producción y al consumo de un pueblo cuando no quiere limitar su economía a la metrópoli, sino que aspira también a colonizar, y no se quiere vivir sólo en un presente, sino en la seguridad de las generaciones venideras. Así, pues, la coexistencia aparencial, puramente formal-cuantitativa, en la economía se muestra, una vez más, insuficiente.

Esta realidad mantiene hoy día una validez absoluta si se considera que la función estructuradora del mercado libre, incluso como producto social, está condicionada especialmente por un increíble proceso económico de gran dinamismo. El desarrollo técnico, la producción ingente, la industria pesada y la coyuntura de ventas capitalizan el problema de la inversión y dificultan más y más la tradicional concepción de una libre coexistencia dinámica entre los economistas. Véase el problema que plantea a la coexistencia económica de los pueblos el simple hecho de que hoy los Estados Unidos de Norteamérica posean una elevada participación en el producto social del mundo, totalmente desproporcionada a su territorio y a la densidad de su población... Además, aún no se ha hecho mención de las diferencias de estructuración económica que existen en el Este y el Oeste, lo que en realidad no añade eficacia alguna a la coexistencia.

En resumen, se incurre en un falso realismo considerando a la economía, manipulada desde el *médium* de la coexistencia, como la gran ilusionista de la distensión. La economía—así lo ha señalado el Santo Padre—puede contribuir a ello, y ciertamente en

gran medida. Pero en este caso ha de considerarse exactamente como una fase del proceso vital de la sociedad humana; ha de verse comprendida en la integridad de los fines humanos, de la que ininterrumpidamente debe recibir los principios de su ordenación. Pese a toda la angustia de los realistas ante las llamadas ideologías, a todos nos alcanza, pues, con la economía una coexistencia en plenitud de valores.

Idéntica repugnancia ante esta coexistencia auténtica y la misma debilidad por la coexistencia cuantitativa, puramente formal e íntimamente desvinculada, muestran los realistas de la política. Esta gente muestra absoluta conformidad cuando el Estado expresa justamente su autoridad; pero cuando es materia de ideología y no de realismo, cuando en cada caso no se acentúa el poder. Porque—y así se ha declarado siempre sobre el contenido de la estructuración estatal—para los realistas es sospechoso no la esencia de la mera ideología en tanto que vacía de propia fundamentación objetiva, sino el oculto designio de una voluntad previa de poder. En conclusión, para ese realismo en su expresión más acendrada, el Estado es *solamente* poder, portador de poder y no otra cosa. La relación internacional es, por tanto, coexistencia puramente aparencial, moderadora del poder y cuantitativa.

Esta relación internacional cuenta sólo con dos posibilidades del llamado orden político realista: la coexistencia en equilibrio de fuerzas y la coexistencia de bloques de potencias con sus satélites. La primera posibilidad parece quedar a nuestras espaldas y haberse agotado, sobre todo porque el moderno lema de la ininterrumpida ascensión del nivel de vida no es compatible con los gastos de armamento, siempre crecientes. La otra posibilidad se alza ante nosotros, porque los inmensos bloques de potencias creen poder acabar de una manera u otra con aquella incompatibilidad mientras manipulan en parte con el *standard* de vida, particularmente de los satélites, y en parte operan asimismo en los Convenios de desarme.

Pío XII, en su Mensaje sobre la coexistencia, ha deplorado expresamente el fracaso de la Unión Europea de Defensa. Nos es dado interpretar su sentimiento sólo como aplicado al ámbito de los principios de la vida política, ni de la política cotidiana. El Papa vió claramente en la Unión Europea de Defensa un posible punto de partida para superar la coexistencia puramente aparencial, moderadora del poder y cuantitativa, de los pueblos. De las palabras pontificias se desprende con claridad que el Papa se man-

tiene como enemigo declarado de la Unión Europea de Defensa para gentes que quieren permanecer en aquella falsa coexistencia. Es más, quieren reintegrarla a su forma primitiva: el equilibrio de fuerzas con el peligroso juego de las alianzas mutables.

Como dice el Papa, se trata del juego político de los Gobiernos nacionales del siglo XIX, donde se politizaba el contenido en sí no político de la nación, y se libraba más o menos al Estado de toda relación trascendente, de manera que en la práctica esterilizaba también los últimos residuos de otras fuerzas políticas de Europa, conservados todavía en su tradición cultural y cristiana. La imagen física de Europa sufrió asimismo una deformación funesta en virtud de un simple reforzamiento de los rasgos del nudo poder y acaso de una civilización secularizada. La empresa toda de la reposición de aquella falsa coexistencia es—y así nos es dado interpretar al Santo Padre—imposible económica y militarmente; falsa por principio y un peligroso ejemplo del nacionalismo para el resto del mundo, grabando además con imagen desalentadora los explosivos confines que el nacionalismo creó y mantuvo con intransigencia.

Así, pues, ha de tacharse de seudorrealismo al restablecimiento de la coexistencia falsa y puramente aparencial, en el equilibrio de fuerzas. No otra cosa acontece con el criterio hoy en boga de la coexistencia, con la construcción de bloques de potencias y sus satélites. En nuestro caso, hoy como ayer vivimos con nitidez increíble un proceso político como proceso de potencias. Con los mapas que hasta hoy incluso representaron en su mayor parte las zonas de población de sociedades *(Familien)* bien organizadas, sucede al igual que con el técnico que en su estudio traza nuevas líneas sobre el papel en blanco. Desplazamientos forzosos de grupos enteros de población, la desconexión política por medio de zonas neutralizadas y la creación de satélites señalan el camino de los bloques de potencias hacia una novísima coexistencia puramente formal. La llamada política realista estriba en que los satélites fomentados por el exilio se encadenan por mero interés material al bloque de potencias, consolidando con las neutralizaciones el *status hic et nunc* entre los bloques de potencias. Esto es, afianzamiento de los menos poderosos, en virtud de la debilidad asegurada de los más.

Pero esta construcción no actúa libre de inquietudes. Porque está gravada por una vigilancia indispensable, por el permanente peligro de la injerencia, por la amargura de tener que velar a

largo plazo por el sacrificio parcial y por la unión igualmente parcial de los interesados. En esta construcción jamás interviene una genuina coexistencia portadora de una auténtica y consciente ordenación humana.

Nos hallamos ante el fracaso del seudorrealismo de una coexistencia puramente aparencial, formal-cuantitativa, tanto en la economía como en la política. No cabe pensar "gratuitamente" en cuestiones sociales, si es cierto que la sociedad como conjunto, y todas y cada una de sus esferas, constituyen una escala de valores y un orden último, y, por tanto, a través de toda casuística cuantitativa y objetivamente vinculada a sus fines. Por lo demás, lo cierto es que los políticos "gratuitos" del realismo se aíslan de los valores objetivos, pero jamás de las valoraciones subjetivas más terminantes. Cobden y sus partidarios vivieron del éxtasis ante el cosmopolitismo de los primeros liberales, o sea ante un producto objetivamente impugnable del racionalismo y de la ilustración. El historiador norteamericano Edgar Robinson, último intérprete de la labor presidencial de Roosevelt—el político que con tanta amplitud facilitó a los soviets el camino de la política coexistente de bloques de potencias—, opina que Roosevelt practicó su asombrosa política de concesiones frente a Stalin, fascinado por un sentimiento anticapitalista y antiimperialista conceptualmente discutible, que en puridad le hizo ver en el comunismo soviético un sistema de gobierno favorable al hombre medio. Escalofría pensar que el juicio de Robinson sobre el caso de Roosevelt tuviera que aplicarse también a la participación de los seudorrealistas en la política actual: la carencia de principios éticos y morales, al fallar la base de una "filosofía política".

3. LA COEXISTENCIA COMO PLENITUD DE VALORES CRISTIANOS

Para nosotros, la coexistencia consiste en una plenitud de valores cristianos, tanto como fundamento y contenido de la coexistencia general entre los hombres, cuanto como criterio firme en el que poder atacar el problema de la coexistencia Este-Oeste. Cuanto de positivo se ha referido al tema, fué expuesto claramente en lo principal en la primera parte de este trabajo, o sea en la crítica de la coexistencia como clima de nuestro tiempo y en la de la solución económica y política al problema de la coexistencia a través del seudorrealismo.

Hemos de arremeter con todos los medios contra el espíritu

contemporáneo de una coexistencia humana solamente aparencial, sin íntima relación y dada meramente en la cuantidad. El cultivo espiritual, la educación y formación y la ejemplaridad sostenida deben fortalecer en los hombres, ante todo, la conciencia de la realidad efectiva de la creación divina, que es, asimismo, su mundo redimido. El cimiento de la realidad social es, por consiguiente, la coexistencia de los hombres, en su íntima vinculación como personas, como réplica semejante y, sin embargo, siempre distinta de la imagen de Dios. De lo contrario—y así lo han mostrado nuestros argumentos—, la coexistencia se convierte en pesado lastre. El ateísmo teorético, y aún más el ateísmo práctico, constituyen hoy un peligro político, y, a decir verdad, el primer peligro político.

Es fácil predecir lo que sucederá en lo futuro si Occidente persiste en su debilidad espiritual y los planes de coexistencia del Este sólo se realizan en cierta medida. Si, en este caso, los occidentales tenemos acceso libre al Este, todavía caben posibilidades. Pero el Este podrá mostrársenos más que hoy gracias a la infiltración. Especialmente, las zonas neutralizadas se le mantienen abiertas, ya que el Este aceptará todo intento de limitación como pretexto de injerencia, y nuestros llamados políticos realistas sufrirán las protestas por los amenazados intereses culturales cristianos, como un lastre perturbador de la coexistencia. Así, pues, los occidentales deberán confiar en las propias energías internas de sus miembros. Pero si éstos continúan en su debilidad ideológica, Occidente nada espiritual tendrá que defender, y, sobre todo, nada propio que transmitir. Ante tales circunstancias, pensemos en que sería una ilusión considerar las zonas neutralizadas como puente posible entre el Este y el Oeste.

Hemos de ensanchar la cabeza de puente de la coexistencia en plenitud de valores cristianos y, sobre todo, fortaleciéndola en su intimidad. Europa tiene que ser. Tiene que ser la primera patria grande de la cristiandad, a la que fué conducida no a través de un transcurrir ciego de la Historia, sino gracias a la libre providencia de Dios, Señor de la Historia, desde que "el tiempo se hubo cumplido". Europa debe ser, según consta en el mundo entero, todo, no gracias a un poder externo, sino en virtud de la fecunda adaptación de la humanidad cristiana a la idiosincrasia de toda especie de pueblos y de razas. Europa debe ser lo que todavía persiste, tras el telón de acero, en los hombres que aún defienden el glorioso patrimonio cristiano o que en su *anima*

naturaliter christiana sienten nostalgias de la dignidad y libertad cristianas del hombre en todas las esferas de la vida. Esta Europa, que tiene su apoyo no en un Occidente unido y fortificado en lo político, sino en un Occidente que ha de unificarse y fortalecerse intelectual y cristianamente, es la cabeza de puente hacia la coexistencia, a cuyo través pueden encauzarse todos nuestros esfuerzos restantes, sin permitir, por otra parte, el paso a nuevas concesiones.

Todo esto no es, desde luego, cristianismo medieval en pleno siglo XX, ni una ideología del poder guarnecida religiosamente, a la que han falseado algunos historiadores del universalismo católico de aquella época. Tampoco es "catolicismo político", del que hoy se deriva un despreciable y falso supernaturalismo no para juzgar cristianamente un sistema social con ventaja sobrenatural, pero sí para sufrirlo en caso de urgencia. Pío XII hizo ya las debidas aclaraciones en la Navidad de 1945, y ante los nuevos cardenales en febrero de 1946: la Iglesia no fué nunca, ni tampoco hoy lo es, la portadora de un imperialismo; pero la Iglesia tampoco es un producto quietista en la Historia, sino que es—según el Papa—"el principio vital de la sociedad humana". Es coexistente con la sociedad humana, cuya estructura fundamental fué creada por Dios y sancionada por Él cuando el Hijo de Dios adoptó una verdadera naturaleza humana. Así es la Iglesia, en la que pervive el Hijo de Dios hecho hombre, coexistente desde la intimidad con la sociedad humana. En virtud de su propio *Dasein*, la Iglesia custodia la estructura fundamental de la sociedad y la protege y defiende, sobre todo gracias a la responsabilidad cristiana de cada creyente para la ordenación divina en todos los ámbitos del vivir. Quien pretenda una coexistencia sin o simplemente contra la Iglesia, sucumbirá, en perjuicio de la cuestión, a un sentimiento anticatólico que, por desgracia, influye más de lo que gusta confesar sobre la alta política. Pero la misma Iglesia ha confirmado prácticamente la renovación de su coexistencia cuando, en su alocución del 6 de diciembre de 1953, el Santo Padre esbozó los principios de la tolerancia en el plano del orden internacional moderno; pero esta aportación ¿se hará valer universalmente como núcleo de una coexistencia?

Mas toda clase de reflexiones sobre el tema nos retrotrae a la base y núcleo de la realidad social, a la coexistencia de los hombres en íntima vinculación como personas, como réplica igual y, sin embargo, siempre distinta de la imagen de Dios en la Huma-

nidad y en sus valores. Ello no significa una supervaloración de la fuerza jerarquizadora de la persona frente al apremiante poderío de los procesos objetivos de la economía y la política, promovidos por la técnica. No hay duda de que el liberalismo sobrevaloró la libertad de la persona en la estructuración humana. Pero su defecto consistió en que en aquella materia de la realidad social distinguió una separación material. Y ello condujo el mundo de los hombres a una magnitud puramente cuantitativa, a cifras de individuos de libertad e igualdad formales y hueras de contenido espiritual.

La división material parece vengarse por doquier en la naturaleza inanimada; en el mundo social del alma humana se ha vengado ciertamente. La imagen organizada del equilibrio social fué arrancada a la finalidad objetiva y suministrada a lo mecánico. Ello significó el desencadenamiento general de una tendencia hacia los valores divisorios cuantitativos y el fomento de la minimización de la unidad familiar, el socavamiento de la inmutabilidad de la dimensión media de la propiedad y la supremacía de la gran metrópoli. Y asimismo significó una valoración del principio de la subsidiaridad de la función sociológica el cambio de rumbo de la competencia de los representantes del orden, abandonando definitivamente la línea de abajo arriba y, por último, la desembocadura en el centralismo.

Pero si, en santo temor ante el orden creativo de Dios, mantenemos intacta la materia de la realidad social y aquella coexistencia fundamentante, personal e interna en la plenitud de valores humanos..., entonces la persona creada en autenticidad social no será abandonada a desarrollos defectuosos ni tampoco se le exigirá excesivamente en la función ordenadora, en esta era de la técnica. No puede originarse un vacío del orden allí donde, en definitiva, la tiranía de la sociedad destruye la libertad.

Esta depuración interna de la estructura social será decisiva en el intelectual para el destino de la coexistencia entre Este y Oeste. Porque en nuestras manos de occidentales está el fortalecer este destino en la plenitud de valores cristianos y—por utilizar la terminología de Theodor Litt—retrotraerlo de la sociedad "artificial" a la sociedad "natural". Pero si no sucede así, viviremos la tragedia de que una sociedad todavía fuertemente "natural" se transforme a ritmo acelerado en "artificial". Sin embargo, no es imposible que, con el tiempo, se anuncien en Occidente las fuerzas defensivas de una genuina Humanidad.

Con todo, empero, no cabe justificar hoy una actitud confiada respecto a la coexistencia Este-Oeste. Los occidentales seguimos obligados a alimentar una desconfianza y una depuración crecientes y a fortalecernos en la plenitud de valores cristianos. Nuevamente, pues, recae sobre los cristianos la gran responsabilidad. Pesimistas y optimistas enjuiciarán variamente los frutos del cristianismo en la estructuración de la sociedad humana. Pero sabemos que el resultado no es definitivo. El Señor mismo no lo tomó en consideración. Los cristianos debemos ocupar en la Historia el puesto que nos corresponde y ser "testigos" del Señor "hasta los confines de la tierra". Tal es la auténtica actitud del cristiano en la hora presente de Europa. Es indudable que el futuro pertenece también a nuestra responsabilidad; pero no está en nuestras manos. Porque está escrito: "A vosotros no os incumbe conocer los términos y los plazos que el Padre ha ordenado en su poder."

Gustav Gundlach, S. I.
Università Gregoriana.
ROMA (204), Italia.

DENUNCIA DEL TIEMPO FUTURO

POR

MIGUEL ARTOLA

El estilo no es nuevo. En todos los tiempos ha habido gentes inspiradas o fantásticas que han descrito con más o menos detalles, con mayor o menor acierto, la estructura y los sucesos del mundo futuro. Desde las lamentaciones de Jeremías, como antecedente más remoto—"Los cuerpos de los hombres muertos caerán como estiércol sobre la haz del campo, y como manojo tras el segador, que no hay quien lo recoja" (1)—a la presente literatura profética, puede seguirse una línea continua de ciertos y falsos profetas. Dejando de lado el análisis de sus características singulares, para considerar el sentido del fenómeno general, echamos de ver la posibilidad de agruparlos a todos ellos en dos grupos únicos, en cuyo seno todos tienen cabida. Y es que ante el hecho del futuro, descartado el indiferentismo que ni siquiera el suicida posee, no hay sino dos únicas posibilidades: esperar o temer. Hay, por tanto, profetas progresistas, profetas vocingleros que cansan el aire al anunciar las innumerables maravillas que deparará el tiempo futuro. Les precedieron y sucedieron otros, cuyo descanso y alegría se cifraban en la nostálgica mirada al pasado, cualquier pasado, que de su condición de tal extrae su carácter ejemplar.

Tan elemental planteamiento del fenómeno profético nos hace rozar dos cuestiones fundamentales, que hasta la fecha no han merecido la atención de ningún investigador que las ponga en claro. Y yo, desde luego, ni soy el escogido ni tan siquiera el llamado. Habría que dilucidar, en primer lugar, el mecanismo mediante el cual el hombre llega a formarse una imagen del pasado —y para el caso, tanto da, del futuro—y determinar la igualdad o semejanza de esta imagen que el hombre crea y luego ama con la realidad, tal cual fué o tal cual había de ser. Es evidente la existencia de un *proceso de simplificación*, en el que siempre se pierde gran parte de lo que fué o se ignora gran parte de lo que será. Y esta parte perdida del pasado o ignorada del futuro es siempre también la más enojosa. El que mira atrás admira la dulzura de

---

(1) *Jeremías*, cap. IX, vers. 22.

vivir, a que en cierta ocasión se refirió Talleyrand al hablar del Antiguo Régimen, al tiempo que ignora la a nuestros ojos intolerable suciedad de una época que, a pesar de todo, cuanto dejó escrito vivió realmente a espaldas de la Naturaleza. El que, por el contrario, otea el futuro piensa en los innumerables adelantos técnicos que sin duda le esperan individualmente a la vuelta de unos años o a la Humanidad a la vuelta de unos siglos, sin pensar en el precio que su espíritu y su libertad habrán de pagar en compensación.

El profeta negativo tampoco se libra de este proceso de simplificación, y como siguiendo la natural tendencia de los hombres a conformar los hechos a sus tesis, mejor que éstas a aquéllos, destacará con tintas deliberadamente negras cuanto dentro de la evolución lógica pueda suponer regresión en cualquier sentido.

Contar los sueños, esperanzas de la Humanidad, sería una curiosa historia por hacer; pero aún lo es más determinar el carácter positivo o negativo de las profecías de una época y los elementos determinantes y característicos que las integran. Y, entre todas las épocas, la más interesante, por natural egoísmo, será la nuestra. El hombre del siglo XX, de mediados del siglo XX, sueña así.

En primer lugar, en esto, como en todo, es el heredero de sus padres y abuelos. De entre todas las épocas, los pasados siglos XVIII y XIX son el paraíso de las esperanzas. La opinión de los pocos se ha extendido a los muchos, y todos sueñan con un mundo mejor, que no se cansan de anunciar los apóstoles de la Ilustración, del Liberalismo, del Progreso, de un progreso que ha tenido un principio, y gracias a ellos carece de final, pues a través de sucesivos estadios (cada uno de los cuales mejora al anterior) el hombre avanza indefinidamente hacia un mundo en el que la ciencia habrá abolido el trabajo; en que la medicina habrá suprimido la muerte y el dolor; en que la filosofía habrá eliminado la tristeza y la angustia, nueva torre de Babel que el orgullo de los hombres quiso levantar hasta el cielo, y que, al igual que entonces, resulta ahora imposible por la diversidad de lenguas que los hombres hablamos.

Durante más de doscientos años, el hombre colocó la Edad de Oro en el futuro, en un porvenir que cada generación pensaba si no alcanzar, al menos, como Moisés, ver muy de cerca. Wells será el mayor y último representante de esta tendencia.

Antes y después de estos años hubo y hay épocas en que la

profecía es de signo contrario, en que el tenebroso presente entenebrece aún más el futuro en la esperanza de los hombres. Desde el temor del Milenario a nuestros días se suceden, alternando con las precedentes, y en varias ocasiones mezclándose con ellas, las profecías tristes, agoreras, cuya expresión popular es aquel viejo refrán, que dice: "Cualquier tiempo pasado fué mejor."

En nuestro siglo (mejor aún en los últimos decenios), sin entrar de momento en el análisis de las causas que lo determinan, hay que señalar, de una parte, la súbita aparición de una extraordinaria serie de textos proféticos, y, de otra, el común carácter negativo de todos ellos. En la actualidad cabría hacer una más entre las muchas subdivisiones utilizadas en las literaturas al uso para incluir a la literatura profética.

Después de H. G. Wells, el último de los progresistas, se inicia el nuevo ciclo. Lo inaugura—1922-1924—Zamyatin, un ruso, un comunista. Es curioso anotar al paso la coincidencia de ser en Rusia donde se produce el primer intento moderno de divinización del Estado. *Nosotros*, que tal es el título de la primera de las nuevas profecías negativas, fué causa de la condena del autor, que tuvo la suerte de lograr escapar a Francia en 1931. Poco después, Aldous Huxley, una de las inteligencias más despiertas de Occidente, captó el angustioso problema del hombre sumergido y sometido a un Estado maquinista divinizado, y presentó en *Brave New World*—la aguda sátira de un porvenir que en cierto modo ya es presente—la imposibilidad de subsistir el hombre, en su auténtica esencia y realidad, dentro de un mundo al que, si Dios no lo remedia, nos aboca irremediablemente el tiempo. Citemos por esta época, aunque sólo sea de pasada, la genial obra de Charlot *Tiempos modernos* (1925), en la misma línea de la crítica huxleyana y con conclusión semejante a la de aquél, si se exceptúa el final, en que razones sentimentales de todos conocidas truncaron el lógico desenlace de la obra. Zamyatin, Huxley y Charlot son los precursores del nuevo estilo. La tesis común que mantienen, tan sólo fué posible a gente de tan aguda sensibilidad para distinguir el curso y la organización de la Historia cuando aún no lo es. Su obra coincide con la época de los ensayos y realizaciones socialista, comunista y fascista. El mundo progresa, y no parece que la socialización o la máquina puedan llegar a producir efectos negativos. Durante años, sus anuncios van a seguir olvidados de todos. Si sus obras no se olvidan, acháquese a lo que tienen de comicidad o de valor satírico, no a lo que tienen de anticipación.

Los grandes procesos de Moscú, la segunda guerra mundial, la cibernética, los sueros de la verdad, la bomba atómica, terminan con las ilusiones, y a partir de 1945 brotan con una frecuencia desoladora las obras anticipacionistas, cada una de las cuales ofrece un porvenir más negro que la anterior. Sin pretender citarlas todas, pues en este mismo momento en que comienzo su historia, desde luego prematura, se escriben cada vez más libros proféticos, mencionaré los más destacados.

Al frente de la nueva promoción de profetas hay que colocar a George Orwell. Luchó en España con las Brigadas Internacionales, y este pequeño contacto con el comunismo le bastó para escribir en muy poco tiempo una crítica demoledora de los Estados totalitarios del presente—*Animal Farm,* que en la Argentina ha sido editada con ilustraciones y formato de cuento de niños, y posiblemente la mejor entre todas las obras anticipacionistas publicadas hasta la fecha—, *1984.* Huxley, aturdido por las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, escribirá en su refugio en las montañas de California *Ape and essence,* dantesca descripción del mundo después de *la Cosa,* nombre con el que sus criaturas literarias designan a la explosión o explosiones de bombas, que, cambiando su constitución física, los transformaron en auténticos engendros poseedores de varias cabezas, brazos o piernas. En Suecia (impresionada sin duda por las noticias y publicidad en torno a los detectores de mentiras, sueros de la verdad y demás productos técnicos o aparatos destinados a privar al hombre de su voluntad e incluso de su más íntima personalidad, de cuya efectividad fueron prueba, entre otros, los ya citados procesos de Moscú, y más recientemente el resonante del cardenal Myscensky), Karin Boye escribe una novela, en que describe los efectos de la *Kallocaína,* terrible droga, que la libre imaginación de su autora permite hacer muy superior por sus efectos a todas las conocidas y tal vez—conservemos la esperanza—a las por conocer. Un español—Pedro Salinas—, sin duda impresionado como Huxley por las posibilidades de las nuevas bombas—la vida no le llegó para oír hablar de las *H. Bomb* y *C. Bomb*—, pero sin poder superar su condición y carácter de poeta, escribirá la regocijante y profunda historia que nos contó en *La bomba increíble.*

En Alemania, Franz Werfel—*Ster der Ungeborenen*—y Walter Jens—*El mundo de los acusados*—añadirán aspectos inéditos a un futuro descrito con extraordinario lujo de detalles. Finalmente, hace apenas unos meses, Jean Doutreligne—*La grande bagarre*—y

Arthur Koestler—*Ere of longing*, recientemente traducida como *La época del anhelo*—han aportado sus no despreciables pinceladas al cuadro de conjunto. Y éstos no son todos. Omito algunos —entre ellos, todo el género de la *Science fiction*, cuya sola enumeración considero labor casi imposible, y que, desde luego, poco tienen que hacer en esta Historia; e ignoro otros, sin olvidar las obras que en la actualidad se escriben sobre el tema.

Con todo, es posible utilizar lo ya existente a modo de material histórico y construir con ello, trasladándose aún a mayor distancia, y viendo el futuro como si ya fuera pasado, la historia de mañana.

Empezamos con un mañana que, aunque su autor lo pretende, tal no es sino el presente, al menos en su realidad esencial.

HOY. ARTHUR KOESTLER. "ERE OF LONGING"

El mundo por los años 50 del siglo XX era así: A Occidente en América; los Estados Unidos, el gran baluarte de la democracia; Europa, dividida por un telón de acero del lado de acá, del cual Francia vivía un clima "últimos días de Pompeya", en tanto del otro lado la Confederación de los Pueblos Libres, nuevo nombre de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se preparaba a engullir los restos de la pequeña Península europea, aún no asimilados. Las Misiones norteamericanas en Europa, siguiendo un sistema que parecía iba a hacerse tradicional en ellas, preparaban cuidadosamente la "Operación Noe", por medio de la cual salvarían en el último momento a aquellos pocos millones de europeos que más tarde servirían para preparar el desembarco y la ulterior "liberación" de los países ocupados por la Confederación de Pueblos Libres. Mientras tanto, los agentes diplomáticos de la Confederación preparaban listas no menos cuidadosas de aquellos ciudadanos que habrían de ser eliminados a la hora de la ocupación, a fin de imposibilitar todo intento de resistencia u oposición. La nueva Pompeya en que se había transformado la Europa occidental ofrecía, a pesar de todo, un extraordinario atractivo sobre las gentes del otro lado del telón, y eran frecuentes los casos de lo que, según la terminología de la época, se decía "pasar a Capua". De entre los casos célebres de evasión ocurridos por los años 50 cabe destacar el de Leo Nikolaievich Leontiev—"héroe de la cultura y alegría del pueblo"—, cuya mujer se suicidó durante una estancia de aquél en el extranjero, con la esperanza de libe-

rarlo y que escribiese el "único libro sincero de su vida". La posterior historia de Leontiev, su vida como recitador de poemas revolucionarios en un cabaret parisiense y su posterior extradición, acusado de malversación de fondos y de denunciar a inocentes, tuvo escasa resonancia, y poco después se olvidó en el mundo, preocupado por la inminente invasión de los "confederados". Sin embargo, tampoco todo marchaba bien del otro lado del telón. Una nueva secta—"los liberados del miedo"—había descubierto que la única razón por la que los hombres aceptaban la tiranía era el miedo, de donde habían deducido que si se liberaban del miedo, la tiranía sería sustituída por la libertad. Y puesto que los objetos del miedo son los sufrimientos físicos y morales, el camino para la liberación consistía en inmunizarse al dolor por medio de flagelaciones y automutilaciones, así como no crear ningún afecto o lazo de ninguna especie con otros individuos.

Entre la Confederación y el resto del mundo existía un estado de tensión permanente, que se manifestaba por una sucesión de crisis semestrales, en que se creía inminente la guerra. Tal situación había llegado a constituir un hábito, y las personas vivían, a pesar de ella, con grandes esperanzas durante el medio año de tranquilidad y en una orgía de angustias durante los días o semiedo, de donde había deducido que si se liberaban del miedo, manas de cada crisis. Y la vida seguía. Las reclamaciones diplomáticas eran tan frecuentes, que todos los países habían adoptado unos formularios impresos de protesta.

MAÑANA. JEAN DOUTRELIGNE. "LA GRANDE BAGARRE" (2)

Berlín estaba por entonces dividido en cuatro gobiernos, los más importantes de los cuales eran el americano y el ruso. La noche de Pentecostés de uno de los años 50, el mariscal que gobernaba la zona rusa, después de una brillante recepción, que tuvo por marco la antigua residencia de un canciller hitleriano, desarrollaba la ofensiva inicial de lo que se llamaría andando el tiempo guerra mundial número 3.

Los americanos y sus aliados, reducidos desde el primer momento a la zona del aeropuerto de Tempelhof, hubieron de formar el cuadro como en épocas aún más pretéritas, sólo que esta vez se hacía en el aire. Después de sacrificar todos sus tanques y una buena cantidad de sus bombarderos y hombres de guarnición en aquella trampa, el general que mandaba la zona americana logró

(2) Jean Doutreligne: *La grande bagarre*. París, 1951.

retirarse sobre Francfort. Entre tanto, los rusos no habían perdido el tiempo, y una flota aérea había destruído los aeropuertos de Alemania occidental, y todas las grandes bases de aviación del continente habían quedado machacadas antes del alba. El mayor esfuerzo, sin embargo, se concentró sobre las Islas Británicas e Irlanda, donde, a las tres de la mañana, "una alfombra de bombas atómicas—varios centenares—o de bombas de hidrógeno (aún no se podía precisar nada) había liquidado las Islas Británicas e Irlanda en algunos segundos (3). El litoral del continente frente a las islas había sufrido, hasta una profundidad de 15 ó 20 kilómetros, los efectos mortíferos de las radiaciones, y al borde de esta zona mortal se señalaban fantásticos movimientos de pánico que amenazaron el desarrollo de las operaciones militares.

A la misma hora, en Estados Unidos, de resultas de un sabotaje hábilmente preparado por la Embajada soviética y las quintas columnas comunistas, habían volado todos los grandes centros atómicos del país, y junto con ellos las quince mayores ciudades. El balance de la operación se calculaba en los primeros momentos —cifras que jamás hubo ocasión de confirmar—entre los 27 y 28 millones de muertos.

La situación en este momento se encontraba, dentro de lo previsto, en el "Plan Grogy". La reacción proyectada consistía en cortar Europa en dos, en el punto límite del avance soviético, por medio de un bombardeo atómico en tapiz, que cubriese Europa, desde Dinamarca a Venecia, "con una zona de reacción de una profundidad de 125 kilómetros" (4). En tanto llegaban las escuadrillas basadas en América, los aparatos que quedaban en Europa aplastaban Berlín, donde no quedaban sino tres millones de alemanes, que perecieron entre las ruinas de su antigua capital.

Horas más tarde, una inmensa flota aérea procedente de Estados Unidos realizaba con perfecta sincronía, con objeto de evitar las reacciones en cadena, el corte de Europa en dos, a excepción de la zona Colonia-Maguncia, donde la previsión del alto mando ruso había concentrado toda su caza, logrando mantener abierto un boquete, por el que, poco después, introducía sus divisiones blindadas. La operación resultó un fracaso, y costó, aparte de las pérdidas militares, la vida de unos 30 millones de hombres de diversas nacionalidades. Los rusos bombardearon en represalia la Ciudad Eterna. Murieron en el bombardeo el Papa y la mayor

---

(3) *Ibid.*, pág. 36.
(4) *Ibid.*, pág. 41.

parte del Colegio Cardenalicio, que permanecieron fieles a su misión, juntamente con varios millones de italianos.

Tras el bombardeo atómico, el frente activo quedó limitado al espacio Mosa-Mosela, donde ambos combatientes concentraron todas sus fuerzas. Los sabotajes y las rebeliones eran incontables, y pocos días después, cuando aún se luchaba en Luxemburgo, los comunistas franceses proclamaban la República Popular Francesa con sede en Valenciennes, entregándose a continuación a una orgía de sadismo, torturando, saqueando, violando y destruyendo todo lo que no estaba incurso en la más exaltada demagogia.

Después de la guerra atómica, excesivamente onerosa, ambos Ejércitos se limitaron al uso de las armas clásicas. América y las bases soviéticas de Europa y Asia se bombardeaban ininterrumpidamente con millares de bombas cohete, que caían por todas partes al azar, causando en ocasiones millares de muertos.

El mando americano, con objeto de poner fin al continuo avance ruso, proyectó un nuevo bombardeo atómico en tapiz sobre la línea Aisne-Mosela, que la progresión de las columnas rusas obligaron a sustituir por el Rennes-Orléans-Suiza, y más tarde, la revolución de Italia y la Francia del Sur por el Biarritz-Perpiñán, acompañado de la retirada del Ejército a España, a la que el abandono estratégico, consecuencia de premisas políticas más o menos remotas, había mantenido en una situación de atraso, que hizo decir al jefe supremo de las fuerzas norteamericanas a su llegada a la Península: "Hay sórdidos cálculos políticos que son verdaderos crímenes" (5).

En España, los aliados recibieron la ayuda del Ejército nacional, que en su primer combate rechazó, en un asalto a la bayoneta, a las divisiones rusas que avanzaban sobre San Sebastián después de ocupar Irún y Fuenterrabía. Entre tanto, el G. C. G. se estableció en Toledo, y preparó para la siguiente noche el bombardeo atómico del norte de los Pirineos. La operación (un éxito indiscutible) coincidió con otra semejante, por la que los rusos atomizaron la faja de tierra comprendida entre Asturias y la desembocadura del Ebro. El Ejército español, cogido entre ambos bom-

---

(5) *Ibíd.*, pág. 131. "Hemos negado a los españoles durante años—añadió— las máquinas de que tenían necesidad y de las que nosotros no sabíamos qué hacer, el trigo que quemábamos, las patatas que se pudrían, los productos de consumo que estábamos obligados a arrojar a la basura. Estábamos siempre dispuestos a prestar a los peores deudores, a entregarles nuestros motores, nuestro algodón, nuestros cereales; pero este pueblo debía perecer frente a nuestras riquezas, porque sus dirigentes no eran del gusto de algunos de nuestros jefes y porque su fe desagradaba a algunos de nuestros clanes" (*ibíd.*, pág. 130).

bardeos, resultó aniquilado. Al día siguiente, los rusos descendían en grandes masas sobre Andalucía, a la sazón prácticamente indefensa, y aquella misma noche comenzaban la ocupación de las ciudades del centro de España. Naturalmente, hubo que emprender la retirada, esta vez sobre el Océano.

Tras la guerra venía la organización. Los rusos se entregaron a la faena de liquidar no sólo a sus enemigos, sino también a los partidarios de la víspera, a los que sabían "ávidos de poseer, irremediablemente individualistas o anarquistas", llevando a cabo la promesa, muchas veces expuesta por el gobernador de Berlín: "Europa debería, también, volver a empezar desde la nada" (6). Las bombas atómicas, los motores, la represión, la habían casi reducido a cero. Los supervivientes—milicianos rojos y masas amorfas—fueron reunidos en las capitales, a fin de mejorar las razas eslavas y asiáticas, desapareciendo en dirección al Este. Las mujeres fueron ocupadas en enterrar a los muertos y en descombrar las ciudades. Meses más tarde comenzaron a llegar columnas de civiles, hombres y mujeres (ucranianos, polacos, húngaros, kalmukos, kirgisos, turcomanos, toda clase de individuos del oriente de Europa y de Asia), que se establecieron en *kolkhoses* instalados al efecto, y que fueron bautizados con nombres rusos. En la escuela no se enseñaba sino el ruso.

La guerra continuó aún durante varios meses, una guerra limitada al metódico bombardeo por cohetes, alternando con la liquidación de Moscú y Kiev en un afortunado *raid* americano. Existía un frente teórico de ambos lados del desierto del Sáhara, pero la guerra languidecía. Aprovechando la oportunidad, en Africa surgieron los Estados Unidos africanos.

VEINTE AÑOS DESPUÉS. GEORGE ORWELL. "1984"

A fin de caracterizar tan sólo los momentos fundamentales, habremos de dejar pasar veinte años. Veinte años más tarde, el mundo había cambiado mucho, pero siempre siguiendo las mismas directrices. En 1984, el mundo se había definitivamente escindido en tres grandes Estados: Eurasia, Oceanía y Estasia. "Con la absorción de Europa por Rusia y del Imperio Británico por los Estados Unidos, dos de las tres potencias principales estaban ya constituídas efectivamente. La tercera, Estasia, no apareció como unidad distinta hasta después de una década de luchas confusas. Las

(6) *Ibíd.*, pág. 165.

fronteras entre los tres Estados son en algunos sitios arbitrarias; en otros, variables, según la fortuna de la guerra; pero siguen, en general, las trazas geográficas.

"Eurasia comprende toda la parte norte de los continentes europeo y asiático, desde Portugal hasta el estrecho de Behring.

"Oceanía comprende las Américas, las islas del Atlántico, incluídas las Británicas, Australia y el sur de Africa.

"Estasia, menor que las otras y con una frontera occidental menos clara, comprende China, las islas del Japón, una porción importante, pero variable, de Manchuria, Mogolia y el Tibet" (7).

Entre las fronteras de los tres Superestados se extendía un cuadrilátero, cuyos vértices ocupaban aproximadamente Tánger, Brazaville, Darwin y Hong-Kong, que contenía alrededor de una quinta parte de la población del globo.

Desde 1959, los tres Superestados se encontraron en un estado de guerra permanente por la posesión del cuadrilátero central y del Polo Norte, según sistemas de alianza que variaban con mucha frecuencia, y en las que el equilibrio de fuerzas impedía alcanzar el final por la aniquilación de una cualquiera de ellas (8). En 1984, momento del que ahora hacemos la historia, Oceanía estaba aliada a Estasia y ambas en guerra con Eurasia. Hay que notar, sin embargo, que la guerra en ningún momento se extendía más allá del cuadrilátero mencionado.

Y ahora penetremos dentro de uno cualquiera de los tres Estados (9), y veamos los cambios ocurridos en estos veinte años. Tomemos por ejemplo Oceanía, y de Oceanía la ciudad de Londres, que por un destino milagroso ha conservado su nombre. El país está gobernado según un sistema dictatorial, a cuyo frente figuraba un ser que nadie había visto jamás, a no ser en el cine, la televisión o en los grandes carteles que cubrían la ciudad, y que recibía el nombre muy significativo de *Big Brother* (10). "*Big Brother* es infalible y todopoderoso. Todo éxito, toda realización, todo descubrimiento científico, todo conocimiento, toda sabiduría, toda felicidad, toda virtud son considerados como emanados direc-

---

(7) G. Orwell: *1948*, pág. 224, 5.

(8) "Las fuerzas están demasiadamente igual repartidas y las defensas naturales son demasiado formidables. Eurasia está protegida por sus vastas extensiones de tierra; Oceanía, por la anchura del Atlántico y del Pacífico; Estasia, por la fecundidad y la habilidad de sus habitantes" *(ibidem*, pág. 225).

(9) En los tres Estados existían partidos—Angsor en Oceanía, el Neobolchevismo en Eurasia, el Culto de la Muerte en Estasia—que tenían la voluntad consciente de perpetuar la falta de libertad y la desigualdad.

(10) "Nadie ha visto jamás a Big Brother. Es una cara en los periódicos, una voz en el telecran (pantalla de televisión)" *(ibid.*, pág. 251).

tamente de su dirección e inspiración" (11). Se creía que no moriría jamás, y existían dudas acerca de la fecha de su nacimiento.

Debajo de *Big Brother* está el *Partido Interior,* unos seis millones de individuos, aproximadamente un 2 por 100 de la población de Oceanía. Viene a continuación el *Partido Exterior,* considerado como las "manos" del Partido si se compara el Interior con su "cerebro". Más abajo aún, las masas amorfas, denominadas proletarias, constituyen un 8 por 100 de la población (12). Finalmente, en el escalón más bajo, las poblaciones esclavas de las tierras ecuatoriales no constituían un grupo permanente y necesario de la estructura general. El país se gobierna por cuatro únicos Ministerios: el Ministerio de la Verdad, que se ocupaba de las diversiones, de la información, de la educación y de las Bellas Artes; el Ministerio de la Paz, que se ocupaba de la guerra; el Ministerio del Amor, que cuidaba del respeto a la ley y al orden; el Ministerio de la Abundancia, que era responsable de los asuntos económicos (13). El Ministerio del Amor, considerado el más importante, era, según un testimonio contemporáneo, "el único realmente espantoso" (14). No tenía ninguna ventana. Nadie entraba en él a no ser por un asunto oficial. De él salían las cohortes de la Policía del Pensamiento, encargada de descubrir el delito de pensamiento, y en él se organizaban igualmente los diarios *Dos minutos del odio,* dedicados a estimular la disciplina interna y a fomentar la psicosis de sitio, considerada como la más conveniente para el mantenimiento de la autoridad.

El año 1984 no fué el término de la evolución, sino un momento de su desarrollo. Por ejemplo, en el lenguaje el *Novlangue* no suplantó en el uso diario al *Ancilangue,* antiguo inglés, sino hasta pasado el 2000; pero ya en esta época era el idioma oficial utilizado en la prensa y en los documentos públicos. La causa de la creación de la nueva lengua no era sólo el deseo de crear un modo de expresión particular a los miembros del Partido *(Angsoc),* sino el hacer imposible la expresión de pensamientos y sentimientos contrarios a la ortodoxia y que podían ser causa del delito de *doble pensamiento:* "La invención de palabras nuevas, la elimina-

---

(11) *Ibíd.,* pág. 207.

(12) Vivían en los suburbios y en los campos entregados a trabajos viles, abandonados a sus instintos, sin educación y sin otra vigilancia que la indispensable para eliminar de entre sus filas a los elementos que podrían llegar a formar un movimiento o constituir un peligro para el Partido. Por lo demás, como decía uno de los *slogans,* "los proletarios y los animales son libres".

(13) *Ibíd.,* pág. 15.

(14) *Ibíd.,* pág. 15.

ción sobre todo de las palabras indeseables, la supresión en las restantes de todo significado heterodoxo y, lo más posible, de todo significado secundario, cualquiera que fuese, contribuía a este resultado" (15). A más de la supresión de los vocablos poco ortodoxos, se consideraba como un fin en sí el empobrecimiento del lenguaje, y no se dejaba subsistir ninguna palabra de la que fuese posible prescindir (16).

Las relaciones entre los sexos habían sufrido enormes transformaciones, que merecen se les dedique un párrafo. El Partido no podía consentir que hombres y mujeres, especialmente sus miembros, se entregasen a una fidelidad y devoción distintas de la suya. De aquí el origen y creciente extensión del movimiento antisexo entre la juventud y la constitución de la Liga Antisexo de los Jóvenes, que se destacaba en las calles por sus uniformes y sus cinturones rojos con una banda, en que se leía el nombre de la Liga. Tácitamente, el Partido toleraba, o al menos castigaba levemente —cinco o seis años de trabajos forzados—, las relaciones con mujeres de una clase depravada y desheredada; lo que no consentía en ningún modo era el amor ni tan siquiera la atracción sexual entre miembros del Partido. "Todos los matrimonios—dice Orwell—entre miembros del Partido debían ser aprobados por un Comité asalariado, y aunque el principio no se hubiese establecido jamás con claridad, se negaba el permiso siempre que los miembros de la pareja en cuestión daban la impresión de encontrarse atraídos físicamente" (17). El único fin del matrimonio admitido era el de procrear hijos para el servicio del Partido, y siempre por parejas de las que existiese la certidumbre que se resultaban mutuamente desagradables.

Tal era la vida por los años de 1984.

EL ESTADO PERFECTO. A. HUXLEY. "BRAVE NEW WORLD" (18). ZAMYATIN. "NOSOTROS"

En primer lugar, es el Estado único. Aquellas anacrónicas divisiones que aún imperaban en el siglo XX han desaparecido. Hubo que hacer aún muchas guerras—*la gran guerra de los Doscientos*

(15) *Ibíd.*, pág. 360.
(16) Para más detalles acerca de los fines y medios del "Novlangue", véase el apéndice titulado "Los principios de la Novlangue", págs. 359 a 374.
(17) *Ibíd.*, pág. 84.
(18) A. Huxley: *Brave New World*, versión esp. publicada en Barcelona en 1947.

Años, la guerra entre la ciudad y el campo (19)—; pero, al final, se llegó a la realización de aquel sueño multisecular, puesto que —según pensaran los hombres—acabados los Estados, acabadas las guerras. Fuera del Estado no había nada si se exceptúan las grandes "reservas" de salvajes no asimilados, mantenidos en territorios remotos, aislados por la "gran Muralla Verde que rodea al Estado único".

El Estado único continúa manteniendo el sistema rígido que anteriormente se usara. A su frente, el sucesor de *Big Brother* era *Su Fordería* (Huxley), *el Benefactor* (Zamyatin). La jerarquización social ha avanzado mucho, y en esta época se produce desde antes de la formación de los seres en gigantescas fábricas estatales, donde son engendrados los futuros individuos de las categorías Alfa, Beta, Gamma y Delta en que se divide la sociedad, según los grupos Bokanovsky. Formados en gigantescas incubadoras, en que desde antes de su "nacimiento"—decantación—reciben una educación hipnopédica—repetición continuada durante el sueño de determinados principios morales—, "los niños Alfas van de gris. Trabajan mucho más que nosotros, porque son prodigiosamente inteligentes. La verdad es que estoy muy satisfecho de ser un Beta, pues no tengo un trabajo tan pesado. Y, además, somos mucho mejores que los Gammas y los Deltas. Los Gammas son unos tontos. Visten de verde. Y los niños Deltas, de caqui. No, no, no quiero jugar con los niños Delta. Y los Epsilones son aún peores. Son demasiado tontos para aprender..." (20). Modulan su espíritu de manera imborrable para toda su vida, y cuyo fin es, según palabras del director de una de las incubadoras, "hacer que cada uno ame el destino social, del que no podrá librarse" (21).

Cada casta vivía en un completo aislamiento con relación a las demás, alejados por el color de su piel y de sus vestidos uniformes: negro para los Epsilones, caqui para los Deltas y verde para los Gammas.

La alta dirección de la política corresponde a un Consejo de Inspectores, cuyos miembros, en número de diez, se dividen el gobierno del mundo según zonas geográficas.

Aun después de realizado el Estado único, el Consejo de Ins-

---

(19) Zamyatin: *Nosotros*. Ap. J. Pabón: "Bolchevismo y literatura", pág. 120.
(20) *Brave New World*, pág. 34: "Cien repeticiones tres noches por semana durante cuatro años. Sesenta y dos mil cuatrocientas repeticiones hacen una verdad."
(21) *Ibídem*.

pectores hubo de enfrentarse con numerosas disidencias internas. Las ametralladoras terminaron con ochocientos que practicaban la vida sencilla en Golders Green, por su oposición a las doctrinas económicas, cuya formulación hipnopédica era: "Vale más desechar que remendar. Cuanto más remiendo, más pobre me siento." Más tarde, la matanza del British Museum, en que fueron exterminados con gases de sulfuro de dicloretilo dos mil fanáticos de la cultura, llevó a los inspectores a la conclusión de que nada se conseguía con la fuerza, y que eran mejor los métodos lentos del acondicionamiento, de la ectogénesis y de la hipnopedia.

La diferenciación de castas fué otra conquista lenta. Primeramente se realizó en el año 473 de N. F. (nuestro Ford) un experimento en la isla de Chipre, que fué encerrada y recolonizada con una hornada de 22.000 Alfas preparada especialmente, a quienes se entregó maquinaria industrial y agrícola, y se les dejó la libertad de gobernarse por sí solos. El resultado fué una guerra civil en menos de seis años, como consecuencia de la igualdad de todos los individuos, que mató diecinueve de los veintidós mil, momento en que los supervivientes pidieron a los inspectores mundiales reasumieran el gobierno de la isla. Según palabras de uno de éstos, "la población óptima es como el iceberg: ocho onzas bajo el agua y uno encima" (22).

El progreso material producto de la ciencia llegó a ser tan extraordinario como para permitir la reducción de las jornadas de trabajo a tres o cuatro horas como máximo. Sin embargo, después de otro desgraciado experimento llevado a cabo en Irlanda, se acordó mantener las viejas jornadas para evitar el problema insoluble de las horas suplementarias de ocio.

El resultado fué el Estado perfecto, cuya característica más acusada era la estabilidad, la oposición a todo cambio en cualquier sentido (23), considerado como una añagaza a la estabilidad conseguida, oposición que se extiende a la ciencia pura, considerada como potencialmente subversiva.

Zamyatin nos describe aquellas realizaciones especialmente al tratar de las últimas realizaciones que precedieron a la estabilidad del Estado, de la extirpación de la imaginación, último obstáculo en el camino de la felicidad por medio de una triple aplicación de rayos X. Después de esto se llega a la plena realización

---

(22) *Ibid.*, pág. 177.
(23) "No hay civilización sin estabilidad social. No hay estabilidad social sin estabilidad individual" *(ibid.*, pág. 44).

de la felicidad, lograda a través del sacrificio de la libertad y de las consecuencias de ella derivadas (24).

Las vidas de los habitantes del feliz Estado mundial son exactamente iguales en ambos autores. Ambos coinciden en señalar la existencia de "reservas" salvajes fuera de las fronteras del Estado, salvajes alejados de los adelantos de la civilización. Dentro de las fronteras está todo científicamente regulado, desde el trabajo distribuído a cada individuo de acuerdo con su casta, hasta las diversiones e incluso el amor, que en ningún caso debe ser personal o permanente. Para superar los posibles momentos de crisis se creó el *soma*, maravillosa droga que produce el efecto del vino, o las drogas corrientes, sin tener, como éstas, consecuencias negativas o humillantes, cuyo uso fomentaban determinados textos hipnopédicos, como los siguientes: "Un centímetro cúbico cura diez pasiones" o "Un gramo te pone contento".

Y así se alcanzó la paz y la felicidad.

EL FIN DEL FUTURO. PEDRO SALINAS. "LA BOMBA INCREÍBLE" (25)

Pasaron muchos años, tal vez siglos, y todo seguía igual en el Estado feliz y pacífico que ahora se llamaba el E. T. C. (Estado Técnico Científico), que Huxley y Zamyatin describieran en sus obras, hasta que un día... Hasta que un día, en la *Rotonda de la Paz*, nombre que, debido a un curioso fenómeno de inversión de términos, mencionan todos los autores citados, y que no era sino un Museo de la Guerra, apareció una bomba que, por sus peculiares características, el mencionado cronista califica de increíble, y describe con las siguientes palabras: "La forma, muy extraña, más bien oval que esférica, algo así como un huevo, pero más aplastada. El color no era el frío brillante del metal, sino tirando a cárdeno" (26). Sin embargo, su ominoso interés radicaba en un latido interno, perceptible al pegar el oído contra la vitrina de cristal en que yacía.

La bomba fué dejando una estela de muertos entre las personas que entraron más íntimamente en su contacto: el conserje de la *Rotonda de la Paz*, muerto de la impresión; el director del mismo, electrocutado accidentalmente al ser sometido a la prueba de

---

(24) "Felicidad sin libertad o libertad sin felicidad. No hay otro sentido. *Tertian non datur*" (*ob. cit.* J. Pabón, *ob. cit.*, pág. 120).
(25) Pedro Salinas: *La bomba increíble*. Buenos Aires, 1950.
(26) *Idid.*, pág. 21.

un *veritectógrafo* (27). Finalmente fué entregada, después de un plebiscito nacional, a una Comisión de científicos, presidida por el doctor Mendía, decidido partidario de desentrañar el peligro encerrado en la bomba, sin preocupaciones por la posibilidad de una posible explosión que aniquilase el país.

Aún entonces, a pesar de la identificación del Estado con los límites geográficos del mundo, persistían dentro de sus fronteras grupos no asimilados, "adeptos a creencias desacreditadas por la ciencia positiva, pero de tan buen arraigo que se resistían a morir" (28), y que por un milagro evidente practicaban "el antiguo culto de la religión católica, tolerado como todos, pero en vía de desaparecer ya" (29). A uno de estos grupos pertenecía Cecilia Alba, personaje que pondrá fin a esta historia.

Después del victorioso plebiscito, dos sabios del país se hicieron cargo de la bomba, y con exquisitos cuidados, por temor a una explosión, la trasladaron a unos inmensos y remotos laboratorios de pirobalística, cercados por una alambrada electrificada y controlados permanentemente por escuadrillas aéreas de vigilancia y protección. Una vez alcanzado aquel refugio de la ciencia, comenzaron las pruebas a cargo de grupos de investigadores, que se relevaban cada seis horas.

Los resultados, sin embargo, no correspondieron ni a los adelantos de la ciencia ni a la fe que hasta entonces se había tenido en ellos; pudieron clasificarse, sin duda ninguna, en el turno de lo impar y portentoso. Cuando dos ayudantes, no sin cierto esfuerzo, acarrearon la bomba hasta una báscula de precisión, se inauguró el asombro. La aguja ni siquiera se estremeció. Aunque se rehicieron las pruebas una y mil veces, la báscula, tan sensible a cualquier otra masa, permaneció muda cuando en su lugar recibió la bomba. "Como si en una pantomima de circo dos ayudantes hubieran fingido colocar sobre ella algo que se suponía llevaban en unas manos realmente vacías" (30). Lo mismo ocurrió en las restantes pruebas. "Golpeado con un percutor, no devolvía son alguno; tocado con ácidos, no daba reacción de ningún género; y aquel ruido, el tictac incesante, que el oído más lerdo percibía golpe por golpe, no lo acusaba ningún registrador de sonido" (31).

(27) "Portentoso ingenio, a tal punto de perfección desarrollado, que averigua sin fallo si un hombre miente o dice verdad" (*ibíd.*, pág. 53).

(28) *Ibíd.*, pág. 80.

(29) *Ibíd.*, pág. 81.

(30) *Ibíd.*, pág. 118.

(31) *Ibíd.*, pág. 119.

La bomba no se reveló hasta el día en que Mendía, perdida su objetividad científica, la acuchilló en un momento en que su odio superó a su espíritu científico, causándose la muerte a continuación con el mismo cuchillo, feliz de haber logrado tan gran victoria final. Y entonces ocurrió lo más increíble: "De las bocas de las heridas salían, a par con el plañir, surtidores de burbujas rojizas, tan densas que parecían chorros de sangre... La bomba se fué abriendo, No es que estallara. Ni estampido horrísono, ni detonación descomunal; lo que le salía de dentro era un gemido de tal calidad que sólo en dolor y garganta de hombre podía originarse, porque inmediatamente se agrandaba, creciéndose a tal volumen, a tal desgarradora intensidad, que ningún pecho humano ni ninguna humana voz serían bastantes a emitirlo" (32). Lo que brotaba era el dolor de toda la Humanidad, los lamentos de cuantos murieron de muerte inicua en el tiempo pasado.

Las burbujas comenzaron a expandirse lentamente hacia los cuatro puntos cardinales, sin que ni muro ni puerta alguna bastase a detenerlas. Su efecto no era sensitivo o irritante, y tan sólo se manifestaba por el oído. "No sofocaban la respiración, sofocaban el alma" (33). Afectaban únicamente a los hombres y a las máquinas; pero bajo su manto multicolor seguían brotando las plantas y viviendo los animales.

Vencidos los hombres, desprestigiada la ciencia, no quedó sino la fuga, una inmensa fuga, en que todos los hombres y mujeres se unieron en una marcha común, a excepción de Cecilia, que, indiferente a las realidades de aquel mundo, emprendió el camino que remontaba hasta el origen de aquella perturbación, hacia la bomba. Después de varios días de marcha llegó hasta ella, y, obedeciendo a un mandato interior irresistible, se abrazó a todo el dolor del mundo para estrecharlo contra su pecho. "Apenas podía abarcarlo, pero en cuanto lo tuvo unido, apretándolo contra sí, se ablandaba, iba cediendo, mermando; su tamaño se ajustaba al afán de abrazar, como si saliera al encuentro del abrazo y lo hubiera estado esperando... Lo sintió igual que un corazón junto a su corazón, fundiéndose ella en él." Y las bocas se cerraron y se hizo el silencio, y aquel misterioso cuerpo, bomba, objeto X, corazón, se fué como vino. Ni visto ni sabido.

A partir de entonces comenzó la nueva vida.

---

(32) *Ibíd.*, pág. 153.
(33) *Ibíd.*, pág. 157.

El autor, por su misma condición, se ha permitido ciertas libertades con objeto de engarzar en una estas historias, momentos fundamentales del futuro, según los hombres de hoy. Y hablando desde hoy, y narrando ya la anécdota, distinguimos la trascendencia que cada una de estas historias oculta.

En primer lugar, la fundamental falta de imaginación del hombre, pues ahora como siempre se llama imaginación a lo que es simple habilidad matemática de multiplicar, resultando aquélla tanto mayor cuanto mayor es el multiplicador empleado. Igual que en Julio Verne o H. G. Wells, en nuestro tiempo el hombre no sabe sino hacer más altas las casas, más rápidos los ingenios mecánicos, más mortíferas las armas, más eficaz la ciencia.

Y, a semejanza de la evolución provocada del mundo material, dan una impulsión al espiritual. La dictadura, cien mil veces más efectiva y rígida; una Policía cien mil veces más temible; una intervención de la ciencia y el Estado acrecida en igual proporción. Tal es el método seguido para trazar este cuadro del futuro.

Un pensamiento, un problema común, prueba indiscutible de la comunidad de los espíritus. La imposibilidad de subsistencia del hombre, del auténtico hombre, en el mundo que describen. Leo Nikoliavich huirá en busca de la libertad, que le permitirá escribir su única obra sincera. Winston Smith, la criatura que Orwell coloca en el mundo de 1984, no logrará subsistir si no es a cambio de la destrucción de cuanto en él recordaba el hombre, después de la terrible prueba de la sala 101, en que renuncia al amor. El *D-503*, de Zamyatin, se dejará extirpar la imaginación por igual razón, y la *T-330* será exterminada en la Campana de Oro. John *el Salvaje*, de Huxley, se verá abocado al suicidio. Tan sólo Cecilia Alba, la criatura católica de Pedro Salinas, estará por encima del mal, y logrará salvarse y salvar el futuro.

Finalmente, en cada uno de los autores estudiados y en todos los mencionados, una extraordinaria agudeza para discernir el sentido de la evolución, y en medio de la desesperación que anuncian, la esperanza de que su denuncia contribuya a evitarla.



ARTE Y PENSAMIENTO

SCHILLER, ARCANGEL DEL IDEAL

POR

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

A todos pertenece lo que piensas; solamente es tuyo lo que sientes. Si debe ser tu propiedad, siente, pues, el Dios que piensas.

SCHILLER.

PRELUDIO

Se dice que la tragedia del artista es no poder realizar su ideal. Pero la verdadera tragedia que sigue los pasos de muchos artistas —afirma Stendhal—es que lo realizan demasiado plenamente. Pues el ideal cumplido queda despojado de su misterio y maravilla y se convierte simplemente en un nuevo punto de partida hacia otro ideal.

Este es el caso de Schiller, el que quiso vivir lo eterno en lo fugaz. Siempre inconforme de la grandeza de sus sueños, satisfecho siempre por la elevación de su quehacer. Vida y obra cumplen en el gran alemán órbita análoga: van de ascenso en ascenso, rectas, llameantes, como espada de virtud. Si el hombre se educa bajo el sol de la perfección moral, el artista se baña en la luna trágica de la voluntad y del destino, maestros enmascarados de la vida. La fusión tan difícil, y por lo mismo tan extraña, de hombre y artista se realiza en él con naturalidad encantadora.

Es el poeta de la juventud. El revolucionario de las ideas. El tierno amigo de la Naturaleza y de los corazones.

Podemos aspirar a escribir como Goethe, a mandar como Federico el Grande, a ver la Historia con la visión mayestática de Mommsen; pero quisiéramos "ser" Schiller. Porque en el plano ético, en la escala de valores estéticos, no hay artista tan penetrado de su misión ennoblecedora ni alma tan consciente de su dignidad humana. Es el arquetipo del artista creador.

Más que un poeta alemán, es un genio universal. Su vida, corta y activísima, es un mensaje de fe. Romántico, rebelde, generoso, pinta el mundo, idealiza el arte. Juventud y madurez no se cansan de aprender su lección: fué un maestro de sana varonía. Luchó

sin tregua contra la injusticia y la ignorancia. Removió tantas ideas, sacudió tan hondo a los hombres, que uno de sus biógrafos pudo decir estas palabras que podrían servirle de epitafio: "A Schiller lo sorprende y abate la muerte en pie. Así acabó sus días este hombre a quien ni en energía ni en valerosa voluntad nadie ha llegado a superar."

Esta es la virtud mayor del gran poeta: supo ver, supo conmover. Transcribió el mundo con tal realismo y belleza, hirió las cuerdas del alma con tan fina pulsación, que todo aquel que ama su sueño y quiere dar sentido a su vida se va, anhelante, detrás del visionario maravilloso. Enseña, subyuga, eleva y apacigua. Transmutó el dolor en alegría. Pintó la tempestad de las pasiones con genio grave, sombrío; pero supo cruzarla con rayos fulgurantes de amor y de belleza. Y nos entregó la clave de toda juventud en este verso inmortal:

¡Volad, volad con alas temerarias!

Hablemos, pues, de Schiller: Arcángel del Ideal.

PÓRTICO

Tamayo, nuestro Tamayo, cuya cultura tanto debe a la "Alemania hiperbórea de los ojos azules", tiene dos septetos homeopáticos en su *Scherzo sinfónico*, en los cuales define a dos de los mayores genios germanos.

Dice de Goethe:

Su horóscopo sin dolo
se trazó en rúbricas
olímpicas y lúbricas
D'Hermes y Apolo.
¡Hado sin nombre,
Si no era un dios por poco,
¡fué todo un hombre!

Dice de Beethoven:

¡Jamás dolor más noble
vibró en la fibra!
¡Así insonoro vibra
el alto roble!
¡Era Beethoven
dolor siempre sonoro
y siempre joven!

No ha compuesto Tamayo un septeto especial para Schiller. Pero en sus *Nuevos Rubayat* hay un cuarteto que podríamos aplicar a este poeta. Dice así:

Tendida como un arco el alma tuve
y un deseo como águila que sube.
Partió la flecha y se perdió en el aire.
Tendióse el ala y se escondió en la nube.

¿Por qué he buscado la triple relación simbólica entre almas tan sublimes?

Beethoven es todo el arte; Goethe, el mundo todo. Entre mundo y arte, polariza Schiller su fuerza creadora. He aquí un pensamiento genial del autor de *Wallenstein*, que parece sintetizar la estética de los otros dos gigantes:

> *Tan sólo por las claras puertas de la belleza*
> *entrarás en el reino de la sabiduría.*

Toda la ciencia del dolor humano está en el solitario de Bonn. Toda la sapiencia de la persona, en el hombre de Weimar. Schiller, voluntarioso, idealista, transfigurador de la realidad, es el tercer hermano en la trinidad heroica de los semidioses alemanes. Sin la delirante sabiduría goethiana de la vida, sin el profundo *pathos* atormentado beethoveniano, no se comprende bien el genio dichoso y dolorido a un tiempo del creador del *Don Carlos.*

Beethoven: la voluntad. Goethe: la inteligencia. Schiller: el sentimiento. ¿Quién se alzó más alto y más lejos? Dicícil decirlo. Yo quiero verlos así, unidos, no separados. Porque sólo en la aproximación de estas tres cimas augustas podemos comprender la grandeza y pesadumbre del genio tudesco, todo hecho de inteligencia, de voluntad, de sentimiento. El *Fausto,* el *Wallenstein,* la *Novena,* son los tres dramas representativos del espíritu moderno.

No hay genios solitarios. El grande es más grande todavía entre grandes. Así quiero ver a Schiller: resistiendo victoriosamente la presión de los dos titanes del siglo XVIII. Diurno, apolíneo el uno; nocturno, dionisíaco el otro. Dijérase las estatuas del Día y de la Noche talladas por la garra de Miguel Angel para ornar el sepulcro de quien creía en la belleza divina del mundo a pesar del sufrimiento y del dolor.

Algún día se hará el estudio comparado de las tres figuras ilustres. Se comprenderá su eterna vigencia, su perenne modernidad. He buscado el amparo de las sombras protectoras de Goethe y de Beethoven para hablaros de Schiller, porque juntos fueron los tres mayores revolucionarios en la historia de la cultura europea. Y para los tres rige este pensamiento schilleriano:

> *Es poco probable que tenga tiempo de acabar en mí*
> *la grande y total revolución de mi espíritu.*

Veamos ahora la vida y la obra de Federico Schiller.

¿De dónde viene Schiller? Viene de una edad de oro. Del siglo XVIII, siglo de las luces, acaso la centuria más dichosa que el hombre conoció porque creyó pisar el umbral de la verdad. Es la época radiosa de la Ilustración. El hombre se siente hijo de la razón, padre del progreso. No existen trabas a su genio ni límites para su ambición. El ideal del bienestar universal se impone. Etica y conocimiento se dan la mano. Ciencia y literatura se miran cenitales. El imperio de la conciencia, la armonía de la sociedad, el perfeccionamiento del hombre, son metas accesibles. Humanismo y Reforma desembocan en la sobrestimación del intelecto. Es el tiempo de la cultura activa, de la ciencia ufana, de la filosofía trascendental. Nunca el hombre se sintió más seguro de sí y de su porvenir. Epoca armoniosa a la que parecen aludir estos versos de Schiller:

El reino de los espíritus y la máquina del universo
marchan hacia su meta movidos por una sola rueda.

Escribir no era entonces sólo misión de belleza o particular regocijo. Había que convertirse también en paladín de la Humanidad, uno que aspira a elevarse y ayudar a elevarse a los demás. Los apasionados y rebeldes del *Sturm und Drang* son únicamente una expresión nacional de la conciencia europea, toda ella orientada a la mudanza. Vivir es pensar y luchar. Combate y pensamiento llevan a la felicidad. La Ilustración. ¡Qué panorama embriagador!

Y para coronar época tan hermosa, poetas, sabios, pensadores, tienen frente a sí al gran antagonista: el absolutismo declinante ya, pero todavía poderoso, inmenso, que les dejará ejercitar sus energías creadoras en la batalla por un mundo mejor.

Shaftesbury, nacido el siglo anterior, influye en el XVIII con su ética del hombre excepcional. La filosofía de Locke abre campo al liberalismo. Hume, escéptico moderado, estima que la verdad sólo se ha de encontrar en las matemáticas y en la experiencia. Diderot sistematiza el estudio de los conocimientos. Voltaire reduce la metafísica a moral: la conciencia es la verdad necesaria. Rousseau, filósofo sentimental y naturalista, influye en la joven Europa con sus ideas precursoras del socialismo teórico. Leibniz, llamado el "Padre de la Ilustración" por la amplitud y profundidad de su saber, plantea que habitamos el mejor de los mundos posibles. El idealismo crítico de Kant da nueva fundamentación

a los estudios filosóficos. Lessing y Winckelmann sientan las bases de la estética científica. Y la sombra de Goethe, poderosa y magnánima, se proyecta como prototipo de saber y producir.

Esta revolución espiritual sólo al finalizar el siglo conmueve la sociedad europea. La Revolución Francesa cierra una época y abre otra. Pero antes de ella el poeta puede cantar:

Como el hijo maduro de los tiempos,
libre por la razón y fuerte por la ley.

En ese siglo de las luces, llamado también el siglo de Federico; en esa centuria donde libran su mayor encuentro reacción y revolución; en ese paraíso de las ideas que ha de engendrar la tormenta política y social del XIX, ha de actuar Federico Schiller, criatura de Alemania, hijo de Europa, ciudadano del mundo por la universalidad de su genio y el vuelo tempestuoso de su fantasía.

HOMBRE

Corta fué la vida de Schiller. Nace en 1759, en Marbach; muere en Weimar en 1805. Sólo alcanza a vivir cuarenta y seis años.

Su niñez transcurre en Lorch; su juventud, en Ludwisburg y en Mannheim; después reside en Leipzig y en Weimar. Delicado de salud, fuerte de espíritu, sobrelleva un destino adverso que sólo en la última época se torna favorable. Estudia milicia, leyes, medicina. Es amigo de Goethe y de Humboldt. Profesor de Historia en Jena, se revela esteta en su revista *Las Horas* y crítico mordaz en *Genios*. Wieland, Winckelmann, Herder, Goethe son sus maestros. Abraza la historia, la filosofía, la estética, el ensayo con renovado vigor. Comienza poeta y termina dramaturgo. Polemista y reformador, se interesa en todos los problemas de su tiempo. Investigación y fantasía son los dos polos de esta mente lúcida; arte y estudio, sus metas memorables.

Alma idealista, desde la mocedad planta su pendón de lucha. Dice en su poema *Anhelo:*

Has de tener fe y audacia,
que los dioses no dan eso.

Luego, en *La canción de los jinetes,* ágil, rítmica, saturada de belicosidad, expresa su concepción heroica de la vida:

Tan sólo el que la muerte desafía,
solamente el soldado es hombre libre.

Bondadoso en la vida privada, intransigente en la amistad, se torna rebelde e impetuoso en cuanto concierne al arte y a la sociedad. Era tan inquieto, tan extremadamente sensible, tan desarmónico de temperamento, que Goethe, a pesar de profesarle profundo afecto, confiesa: "Estaba en constante movimiento y no conseguía fijarse. Yo tenía que hacerme una fuerza enorme de resistencia para soportarlo."

En 1790 casa con Carlota Lengefeld, compañera amante y comprensiva, que lo hace dichoso. A los veintitrés años publica *Los bandidos,* su primera obra dramática, que lo malquista con la corte y con los ricos. *El Almanaque de las Musas,* donde aparecen sus epigramas, y su revista teatral *Reinische Thalia,* le valen los primeros enemigos. Finalmente, ambas publicaciones fracasan. Schiller tenía—sostiene María Schmitt—un sentido trascendental, bíblico, de la justicia, unido a una rebeldía ingénita contra la imperfecta ley humana. Vive, pues, luchando con todo y contra todos, porque todo le parece mal.

Es el revolucionario del alma, como lo ve Prampolini. Su tono profético de maestro y apóstol, aunque a veces tendencioso, era siempre noble y elevado, apasionado. Elegido ciudadano honorario de la Revolución Francesa por la forma como cantó a la libertad, rompe con ella cuando del trance heroico pasa a la violencia corruptora.

"Si grande fué la intensidad de su pensamiento, acaso mayor el fuego de su espíritu", afirma otro de sus biógrafos. Podemos imaginarlo a través de sus obras y sus luchas como un atleta olímpico que quiere reducir el mundo a cenizas para reconstruir otro mejor sobre sus ruinas.

Su vida habla a la conciencia; su teatro, al corazón. Idealista y moralista vale cuanto poeta y pensador. El hombre es tan grande como el artista. Schiller mismo se define en dos frases geniales.

Dice sosegadamente:

Amo la gracia tranquila de la obra de arte perfecta.

Luego se indigna, para proferir:

La oposición radical que alza todo mi ser
contra la época y contra todo lo mediocre.

Es el escritor con mayor conciencia social de su tiempo. Demoledor, renovador, su pluma está al servicio de la Humanidad. De aquí su permanente actualidad.

Dilthey sintetiza magistralmente esta vida admirable: "Hay temperamentos que sólo saben marchar erguidos. Schiller es el hombre erguido, erecto, que se alza como una llama. Esta imperiosa majestad de su alma hace que sienta su potencia creadora. La impresión fundamental de su espíritu es la grandeza."

Esta vida transcurre en la gigantesca lucha del deber. Su trabajo activo y tenaz no decae un instante. Una dura firmeza embellece esta existencia consagrada al bien, a la verdad, a la belleza.

En su poema *Fiestas de Eleusis*, el poeta define este magisterio de la conducta:

Y solamente por sus nobles hábitos
podrá ser poderoso siendo libre.

Y en los versos fulgurantes del *Don Carlos* dice del marqués de Posa, personaje que es la sublimación del hombre Schiller:

Su corazón palpita por la Humanidad entera,
por el mundo y las razas futuras.

Así debemos recordar a Schiller: severo y bondadoso a un tiempo mismo. Tranquilo y profundo en sus sueños; vehemente, atormentado en sus luchas. Dulce para el amor y la amistad, riguroso en el estudio y en la crítica. Bañado en el oro de los días, recorriendo solitario bosques y colinas, o sumido en el ébano de la noche en pos de los enigmas de la incomprensible Naturaleza. Como hombre digno, respetable. Como artista imponente, venerable. La sustancia angélica de la poesía, en pugna con el arrebato demonial del drama. Adalid del ideal, de la libertad, de la suprema dignidad el hombre, irradia el heroísmo de la virtud cotidiana, que es el más difícil de los heroísmos.

Afirma un pensador que la forma de la vida de Goethe es el círculo, una línea cerrada, completa, que abraza todo su ser, una eterna vuelta a sí mismo. Yo diré que la forma de la vida de Schiller es la flecha, una línea que sube, siempre en tensión de altura, que alza el espíritu y lo remonta más allá de sí mismo. La partida infinita.

POETA

Schiller es uno de los mayores poetas de la lírica occidental. Señoreó las formas poéticas: balada, oda, ditirambo clásico, poema

rimado. Majestuoso, elocuente en las descripciones, logra también el estilo ajustado y lapidario. Como cuando expresa:

¡También lo hermoso debe morir!

El vate alemán parte del naturalismo filosófico y va hacia el más alto idealismo poético moral. Es—cosa difícil—un cantor didacta y un mago del sentimiento. Dijérase que música y matemática rigen sus versos. La idea noble y la forma bella son connaturales a su espíritu. Para unos su poesía filosófica supera a su lírica amorosa. Para otros fué príncipe del poema descriptivo. ¿No es *El anillo de Policrates* una joya de poesía narrativa? Sus baladas frescas, de ternura indecible, transcriben los tesoros del reino emocional. En su *Canción de la campana*, en la que ha querido ver una representación simbólica del suceso humano, tiene el poeta hallazgos expresivos. Dice así:

¡Firme como la tierra está la casa
ante el poder de toda desventura!
....
El adorno mejor del ciudadano
es el trabajo.
....
Que su boca tan sólo se consagra
a las cosas eternas y elevadas.

¿No se dijo que poesía es imagen, símbolo, metáfora? Oíd estos versos de Schiller:

Y discurren los años como flechas.
....
Y el suave oleaje de los trigos.
....
Se desliza el verde juego de las centellas del río.

Cierto que unos versos fragmentarios no dan idea de la armoniosa arquitectura de un poema. Pero el poeta alemán es tan concentrado de pensamiento, de forma tan depurada, que aun mútilo y breve deja entrever la potencia conceptora de su inteligencia, el juego rítmico de las imágenes. A través del verso aislado, aristado, que se desprende del poema-madre, su imaginación brilla siempre joven, hermosa siempre.

Escuchémosle. Aun así, distante, apenas entrevisto, aminorado en la traducción, es el arquero divino de la belleza. Canta en *Paseo:*

Salve azul, lleno de calma, que te extiendes sin medida
....
Mientras la piedad eleva la piedra a vida más alta.
....

Bajo los mismos azules y bajo los mismos verdes
vagan juntas las remotas y las cercanas progenies,
¡y mira, para nosotros, también ríe el sol de Homero!

En *Los dioses de Grecia* hace un elogio del mundo pagano tal vez no superado. Con frase alada nos habla de:

Las bellas danzas donde se revela el espíritu.
....
La multitud serena de los dioses antiguos.
....
¡Oh magníficos seres del reino de la fábula!
....
Maravillas extrañas y nunca comprendidas
que llegan a nosotros de aquellos viejos mundos.

Dicen que oír a Schiller recitado en alemán es comprender cómo Orfeo, el citaredo, detenía a los ríos y apaciguaba a las fieras. Tiene la poesía embrujos y deliquios que alcanzan los remansos nocturnos de la música. Pero es en *Los artistas* donde el genio culmina. Su lectura, como apunta Humboldt, revela que Schiller estaba enlazado del modo más íntimo con el pensamiento en todas sus cumbres y profundidades. Es el canto de la vocación más noble y más hondo que ha escuchado el hombre. Este platónico que, como el padre de la filosofía, identifica el ideal con la belleza perfecta; este soñador para quien la Naturaleza misma es solamente una idea del espíritu que no cae jamás bajo los sentidos; este rebelde que con su *Himno a la Alegría* dió a Beethoven el tema final para la más grandiosa de sus sinfonías, llega en *Los artistas* a perfecciones increíbles. Y aun así, truncado, en lengua extranjera, sometido al destello fugaz del fragmento, vibra otra vez el milagro que hizo posible la columna jónica. Canta Schiller:

Vuela el aire ligero de la vida del hombre
suave, como se comban las más hermosas líneas.
....
Y el pensamiento el grande y sublime extranjero.
....
Que el hombre liberado piense ahora en sus deberes,
que adore la cadena que sus pasos dirige.

Toda su moral de hombre está en este verso:

Y el hermoso derecho de ser libres.

Todo su orgullo de artista en este otro:

Y en el canto se hicieron eternas las hazañas.

Schiller enciende todo lo que toca. La materia se vuelve espíritu al influjo de su lira. Nada de artificio ni rebuscas pirotécnicas. Todo sale puro, desnudo de su pluma, como la creación el día primero. El motivo más humilde luce igual que el más elevado tema: sólo hay vibración gozosa en su canto. Poesía es, para él, divinidad. Por ello pudo afirmar—y perdonémosle la exageración en gracia a su sinceridad—que sólo el poeta es el hombre verdadero y que el mejor de los filósofos, a su lado, no es sino una caricatura.

Es el cantor de la verdad, del sentimiento. Su poesía durará lo que el mundo dure, porque resplandece como la naturaleza clara y sencilla, aunque, como ella, sea también honda y misteriosa, incomprensible en sus últimos designios. Esta inteligencia "caviladora y poderosa en pugna con el mundo", cuyo tono grave brota de una concepción filosófica y a veces sombría de la existencia, cuando coge la fina ballesta de los versos se transforma: su natural melancólico y heroico, reconcentrado, se reconcilia con el destino. Estalla en jubiloso amor a la vida. Se conmueve por la hermosura de todo lo creado. Se dispara a la lejanía del ideal. Su voz es el canto del mundo, transmitido en himnos poderosos de belleza y de alegría.

Schiller, poeta, es la pasión intrépida sujetada por una voluntad gigante. El coro de mil voces que, como en la polifonía de Bach, cubre con su juego dialéctico las excelsitudes contrapuestas del arte y de la vida.

Es el milagro.

EDUCADOR

Se ha dicho que mientras Goethe atiende principalmente a la formación de su persona, Schiller se desinteresa de ella para sumergirse en las grandes ideas. Es el auténtico educador de los hombres: menos le interesa el mundo que el espíritu. Si Goethe parte siempre de la Naturaleza, Schiller brota del orden moral. No aspira a dominar, sino a servir a la Humanidad. Pudo decir de su oficio de artista:

> *No conozco vocación más elevada y grave que aquella*
> *que tiene por objeto regocijar a los hombres.*

O estas otras, plenas de contenido religioso:

El cristianismo, en su forma más pura, no es otra cosa que la belleza moral, la encarnación de lo santo y lo sagrado en la naturaleza humana; esto es, la única religión verdaderamente estética.

Buscaba—como lo ha visto el análisis diltheyano—"el ideal de una Humanidad en que se reconcilien lo sensible y lo espiritual, para lo cual predica la cooperación entre vida, arte y filosofía". Quiere una "Humanidad bella". Y esto le hace manifestar que el mejor camino para convertir al hombre sensible en hombre racional consiste en hacer de él, previamente, un hombre estético.

Sus *Cartas sobre la educación estética del hombre* tienen vigencia todavía por la agudeza de sus planteamientos. Influído por el idealismo kantiano, sostiene que la belleza es un camino que lleva a la verdad y que los artistas son los mejores educadores del género humano.

¡Poderoso y frágil Schiller, tan potente de pensamiento, tan delicado y tierno en la emoción interior!

Expresa un crítico que era el poeta de las ideas, "un espíritu plasmador que aspiraba a comprenderlo todo y organizarlo en formas armónicas". Aunque idealismo y materialismo se destrozaban en su mente, pudo vencer del conflicto secular, del pesimismo heroico que nos insufla el combate contra el destino, merced a su alma enérgica, que revertía a su propio centro.

Los artistas—dirá en otro pasaje—*se sienten violentamente replegados sobre sí mismos, y rechazan los objetos que los rodean.*

Por alta que vuele su imaginación, no pierde el sentido de lo concreto esa pedagogía activa del mundo real que no suele ser patrimonio del soñador. Y el poeta Schiller, el cantor armonioso del alma y del paisaje, el dramaturgo inflamado por la libertad y la ambición, es también el magister sosegado que nos recuerda que el hombre es, ante todo, una responsabilidad. Entonces afirma:

La causa responsable de la pérdida del héroe es menos el destino que el hombre.

Este cuerpo vencido por la enfermedad y la extrema sensibilidad nerviosa, y este espíritu azotado por la adversidad, no sucumben como Nietzsche o Schopenhauer al pesimismo radical. Schiller fué protagonista de una doble y trágica lucha: con el mundo que rechazaba sus ideales elevados y con la Naturaleza que le impedía el pleno disfrute de la dicha de vivir. No obstante, él es un profesor de carácter, un maestro de idealismo. Jamás se rendirá.

Conoce profundamente a los hombres. Por boca del rey Felipe profiere estas palabras, que valen para siempre:

¿Hay algo que se olvide tan fácilmente como la gratitud?

Mas a poco trecho el idealista vence del escéptico con estas otras, que constituyen su credo moral:

La mayor felicidad: la fe en la virtud del corazón humano.

Hoy es fácil hablar de justicia social. Pero considérese la época en que actuó Schiller, precursor y airado reivindicador de los derechos del pueblo; la audacia con que desafió al absolutismo; el valeroso espíritu civil que opuso a clases poderosas, impávidas, que podían aniquilarlo. Su genio lo salvó. Luchador infatigable, tuvo la pasión de las buenas causas.

Fustiga, polemiza, hace política de gran estilo sin intervenir en militancias partidistas. No transige con la iniquidad ni con el vicio. Parece un profeta escapado del Antiguo Testamento, para imprecar a una sociedad descompuesta ya en su estructura moral.

Como Sócrates, como Goethe, obedece a su *daimon*. Dice sibilinamente:

Yo obedezco, con pasividad, a una fuerza que me es extraña.

Y la verdad es que su vida, toda esa fuerza, le manda distribuir energías entre los deberes del hombre y los anhelos del artista. Fué revolucionario y reconstructor; manejó la piqueta social con la misma eficacia que el puntero del maestro. Pudo demoler, pero supo también crear. Cuando los déspotas piensan que la ley es su capricho, el poeta los apostrofa:

El objeto y el fin del gobierno es el ciudadano.

Schiller fué un educador eminente: enseñó los ideales preclaros del espíritu. Si por su formación cultural es un clásico, por su imaginación romántica es un moderno. Lo veremos, pues, siempre como epigono de un mundo que se derrumba y como profeta de otro que nace.

Pensador, filósofo, crítico, moralista, reformador, esteta, cultivó tantas disciplinas que su obra, en conjunto, es una brújula. Poseído por un *pathos* ético, quería rehacer el mundo sobre bases mejores. "Todos sus dramas y poesías—anota Klabund—obedecen a una necesidad moral." Fué un soldado de la verdad. Un defensor de la conciencia jurídica de los pueblos. El campeón de su libertad política, sin aspirar al poder.

Pedagogo del intelecto, educó con su pluma y con la propia conducta. Diré, pues, que fué un griego del tiempo heroico y un europeo eminente del siglo de las luces.

DRAMATURGO

Abarcar el teatro de Schiller sería materia de un libro más que de una conferencia. Tal es su amplitud y grandiosidad. Me limitaré a rozar el tema.

Hay quienes piensan que el poeta alemán no tuvo experiencia de la escena; que sus personajes son desmedidos; los monólogos, excesivos; que el lenguaje exagerado degenera en una "retórica schilleriana" perniciosa; que las ideas se inflaman al calor de las pasiones y tornan tendencioso lo que pudo ser libre y natural. No estoy con ellos.

Es posible que el hombre de hoy, en cierto modo deshumanizado, frío, cruel, morboso, ahito de sensaciones más que de sentimientos, no guste de los dramas de Schiller. Es posible. También lo es que Esquilo y Shakespeare no son representables en la mayoría de sus obras, lo que no impide que sigan siendo los mayores trágicos de la Humanidad. Y es que el artista—en este caso el dramaturgo—debe ser medido en su circunstancia y en su medio.

Creo que el romanticismo no ha dado teatro de mayor proyección filosófica, de más hondo contenido humano que el de Schiller.

El drama schilleriano—apunta un crítico—"descubre la pugna de los caracteres heroicos a través de la Historia. Convierte la lírica en símbolo y expresión del más alto contenido ideológico de su tiempo y crea un lenguaje imperecedero de imágenes para la filosofía trascendental". Es que el gran alemán quiso llevar el drama a la más alta representación de la vida humana. Abarcó no sólo el retrato de grandes personajes, la pugna de pasiones, sino también el flujo de las fuerzas históricas, la tensión encontrada de épocas e ideas. De aquí que, a pesar de ser el cantor de la individualidad heroica, sea asimismo un poeta del pueblo, un intérprete de las masas.

Schiller—expresa Dilthey—nos hace comprender el mundo histórico por medio de grandes y tajantes relaciones antitéticas. "Es cruel, como la Naturaleza misma, en sus dramas histórico-idealistas. La vida no es el supremo bien para él, sino el sacrificio voluntario por una idea moral. Es un poeta trágico que aporta

un nuevo modo de valorar la vida: el modo heroico, guerrero, movido por la conciencia de la propia fuerza del hombre, de la necesidad interna de libertad frente al mundo."

Pero ¿no es Schiller, por ventura, el genuino dramaturgo?

La peripecia humana no tuvo mejor intérprete. Nadie analizó con más penetración los conflictos desgarradores de la conciencia; la lucha del hombre con el mundo y con los hombres. Sus obras son vastos frescos de vida que exploran zonas ocultas al historiador y al crítico. Maestro en el juego escénico y en el desenvolvimiento de la acción, da la sensación de un novelista moderno ansioso de suscitar expectación. Sabe narrar, sabe despertar las fibras íntimas del alma. Su lenguaje a veces declamatorio, sus monólogos extendidos, no reflejan solamente la retórica romántica; si bien se mira, los hombres de hoy seguimos siendo analistas y grandilocuentes cuando las pasiones nos acosan. Schiller quiere explicar la vida y el destino a través de la riqueza y complejidad del hecho humano: de aquí la extensión y profundidad de sus parlamentos. Es persuasivo, elocuente, reiterativo, porque no busca sólo deleitar, sino enseñar y prevenir.

Piensan algunos que sus caracteres son entidades metafísicas, encarnación de ideas abstractas. *Wallenstein* sería el poder; *Fiesco,* la ambición; *Guillermo Tell,* la libertad; *Don Carlos,* el amor a la Humanidad. Otros creen que sus protagonistas y antagonistas son personajes reales, verdaderos y nada más. Claro está que la Historia no los conoció tan deslumbrantes; pero ése es el hechizo del poeta: elevar tema y sujeto, embellecer el relato, dar aliento y vibración simpática a la arcilla creadora.

El drama schilleriano es drama para el tiempo. Brota de las profundidades del corazón, se desenvuelve en la vastedad multiplana del mundo y regresa siempre al reino del sentimiento, allí donde hombre y destino resuelven su pelea.

Una fuerza moral. Un magisterio de la inteligencia. Un sacerdocio de belleza. ¿No se diría la augusta herencia de Sófocles?

Oigamos al poeta alemán:

En vano piensa el hombre realizar actos libres;
al obrar, es siempre el juguete de fuerzas ciegas.

....

El artista queda pagado con la gloria.

....

Breve es el dolor, eterna la gloria.

....

Un alma grande sufre en silencio.

¿Qué tratan los dramas de Schiller, qué dicen al hombre? En *Los bandidos* estalla la protesta encendida contra el absolutismo. *Don Carlos* glorifica el sacrificio por un gran ideal. *La conjuración de Fiesco* es el conflicto entre libertad y ambición. *Cábalas y amor* denuncia los vicios de la nobleza corrompida. *La doncella de Orleáns,* tragedia romántica, sublima el milagro de la fe. *Guillermo Tell,* drama épico, de masas, retoma el poderoso tema de la libertad. *La novia de Mesina* revive la tragedia griega: la fatalidad cruza sus aires. En *María Estuardo* la política y la rivalidad femenina conducen al derrumbe final. La trilogía de *Wallenstein* es la tragedia de la ambición y de la lucha por el poder, el triunfo y la caída del héroe. *Demetrio,* drama inacabado, reitera el conflicto de una conciencia: el luchador heroico se enfrenta al impostor.

No son muchas obras, pero son todas significantes. Un drama schilleriano no se olvida nunca. Es un trozo ardiente de vida. La energía interior de sus personajes deslumbra; la belleza de su estilo cautiva. Sus protagonistas son amigos ideales. Veamos uno: el Marqués de Posa en el *Don Carlos,* prototipo del buen amigo, idealista sublime que inmola su vida por la redención de Flandes. Símbolo del reformador social, pregona así su fortaleza moral:

La virtud lleva su precio en sí misma.

Y antes de morir, recomienda al Infante de España:

Que cuando llegue a hombre, respete los sueños de su juventud.

Veamos otro: Fiesco, el conspirador contra los Dorias. Primero soñador, generoso; luego, ambicioso. Quiere extirpar la tiranía y de pronto se siente ganado por "el sol deslumbrante del Poder". El monólogo de la escena II del acto III, de corte y grandeza hamletianas, dice así:

> *Obedecer, reinar, monstruoso abismo que da vértigo. Quien pudiera medir, sin sentir vértigo, la distancia que separa del infinito al último serafín... sólo éste mediría la profundidad de esa sima... ¡Oh, ser Príncipe un instante! Toda la esencia de la vida se halla concentrada aquí; que no vale ésta por lo que dura, cuanto por lo que contiene.*

Pero sin duda el personaje cumbre es Wallenstein, carácter tan complejo y elevado como Fausto. Pensaba Schiller que sólo un gran tema es capaz de remover el fondo profundo de la Humanidad. A través de la figura enigmática del caudillo de la Guerra de los Treinta Años aborda el problema del hombre y su destino en

su máximo esplendor. Aquí están ambición y castigo, ascenso y caída, la lucha con el mundo y con la propia conciencia, la guerra y la política, el amor, la amistad, la traición, el interés, la intriga. Un ensayista lo retrata así: "Era Wallenstein una voluntad, un alma dominadora. Sólo era feliz viviendo y obrando en la conciencia de poder. Se rodeaba, como todo carácter mayestático, de soledad y de silencio. Jamás necesitó de consejo; toma sus decisiones por sí solo. Gran organizador de ejércitos, sabe siempre cómo obrar y cómo dirigir."

Hay en el *Wallenstein* versos que, destinados al caudillo germano, anticipan proféticamente la proeza napoleónica. Son éstos:

Soy el hombre del destino.
....
A todos los conduce con una sola rienda.
Es él, dentro de muchos millares de hombres.
....
Ha unido su destino a las estrellas
y se asemeja también a ellas en su camino,
prodigioso, misterioso, eternamente incomprendido.

La eterna juventud del genio schilleriano se remoza sin descanso. Cada nuevo drama es una nueva forma de plantear y resolver el asunto. Si la verdad teatral consiste en crear personajes, no los hay más humanos ni más veraces. Si radica en describir conflictos de ideas y pasiones, nunca corazón y conciencia lidiaron en palenque más sublime. El poeta abarca historia, sociedad, costumbres con ojo penetrante. Añádase aún la apropiación de lenguaje, la elevación moral de pensamiento, el tono lírico que clarifica los pasajes trágicos, los nítidos contrastes psicológicos, la verdad del diálogo, la naturalidad de los caracteres, y se comprenderá por qué Schiller es el dramaturgo del alma y del mundo.

Quiso el gran poeta formar al pueblo alemán por medio de la escena. Baste recordar su famoso ensayo *Del teatro como institución moral.* Por eso hará del protagonista un símbolo, del símbolo una lección trascendente de humanidad. Vislumbra en las vidas una relación profundísima entre libertad y destino: tan pronto se inclina por la una como por el otro. La presencia de este terrible misterio en el acaecer humano lo obsesiona. Sabe que somos criaturas del Dios que rige el mundo, y del semidiós que nos labra por dentro. Adivina lo angélico del pensar, lo demoníaco de la acción. Es un revelador del espíritu.

Recordemos todavía al cantor de la vida doméstica, de las cosas

sencillas, de la gracia femenina. Tuvo culto caballeresco por la mujer; la evocó con ternura y encendida admiración. Si debe pintar también caracteres malignos, se complace con mayor frecuencia en describir mujeres superiores: fuertes como las pide la Biblia, honestas como lo manda el deber, nobles y abnegadas como las exige el hogar. ¿A cuál elegir? ¡Son tantas, tan hermosas y ejemplares! Acaso ninguna iguale a la virtuosa y tierna Leonor, la bella esposa del conjurado Fiesco, que se empeña vanamente en arrancarlo de la política para conservarlo como soberano de su hogar. En boca de Leonor pone el poeta estas palabras sutiles, que repetirán las mujeres felices:

> *Sécase bien pronto en las agitadas regiones del poder*
> *la flor delicada del amor. El corazón del hombre es*
> *estrecho para contener las dos divinidades poderosas*
> *que se aborrecen mutuamente.*

Goethe, venturoso y poderoso, fué un renovador de ideas. Schiller, desdichado y exaltado, lo es de las pasiones. Este hombre que ilumina la Historia y subyuga el teatro con su genio idealista puede ser llamado con justicia el primer dramaturgo de la época moderna.

ALLEGRO

¿Cómo debemos ver a Schiller, poeta de la rebeldía y el entusiasmo? ¿Cómo imaginar al humanista que preconizaba una cultura basada en la moral y la belleza? ¿Cómo comprender al hombre, al artista, al luchador?

La grandeza heroica del visionario alemán fluye de la totalidad de su vida y de su obra; no se la puede percibir por aspectos aislados.

Creo que Dilthey en lo psicológico y Jagermann con el lápiz, son los que con mayor fidelidad trazaron su imagen. Permitid que los siga para intentar un esbozo del personaje.

Imaginad una hermosa cabeza desafiante, en actitud de águila joven. La frente remontada. Ojos grandes, penetrantes, bajo el severo marco de las cejas que se pliegan allí donde nace la nariz altanera. El cabello, alborotado, cae en graciosos bucles sobre los hombros. La camisa entreabierta insinúa el pecho libre. Toda ella respira un aire de energía y libertad, de osadía y altivez. En esta fisonomía inteligencia e imaginación libran batalla permanente.

Es el guerrero del destino, siempre erguido contra el mundo, replegado en sí mismo. No se detiene en lo presente y circundante, porque su mirar alado se dispara a horizontes lejanos: el centelleo del ánfora griega bajo el cobalto de las islas ilustres o la llamarada de los amaneceres en un tiempo que nadie conoce todavía.

Esta voluntad augusta se encamina a grandes cosas. Es un espíritu que vive conmovido. Es un meditar tenso que abarca la vida toda. Una imaginación voraz, insaciable, sometida a múltiples tensiones. Se trata de una fuerza impetuosa que pretende dominar la materia, transmutarla en arte fuerte y activo. El rostro varonil, modelado en líneas nerviosas, habla de un enérgico plasmador de ideas, de un soñador apasionado y trémulo.

Un Prometeo retador arde en sus ojos. Un serafín caído duerme en su pecho.

Goethe pudo ser más inteligente, pero Schiller era más noble. Y muchas veces la intuición de éste cubría en relámpago los largos aprendizajes de aquél. Si en el primero buscamos al maestro, para el segundo reservamos el doble laurel del amigo y del artista; el que hace sentir la belleza radiante de la vida a través del tenso y doloroso camino del pensar.

Federico Schiller, sí: el Poeta de la Conciencia, el Cantor del Ideal. Apolíneo, gozoso, como flecha que sube en el mar de la juventud. Nocturno, misterioso siempre si se lo ve caer en las colinas de la madurez.

No es únicamente el vate melodioso que propone la meta soñada:

Tender las alas de oro
hacia donde se dirige la sonora alegría,
donde la silenciosa tristeza se recoja,
donde la pensativa meditación habite,
para abarcar en un callado triunfo
el imperio sin límites que el espíritu tiene.

Yo lo veo cruzar con planta dura y ágil el sendero del Tiempo. No es sólo de Alemania: al mundo pertenece. Hijo de las musas, sangró su corazón en límpidos rubíes para ennoblecer el mundo de los hombres. Amó, soñó, luchó, padeció con rapto de héroe. Y sus alas de arcángel proyectan una sombra sagrada en la memoria de las generaciones, porque fueron hechas con la fiebre olorosa en que se tallaron los dioses antiguos, y con el lino impoluto que anuncia las razas futuras.

¡Salve, Germania inmortal! El genio de Schiller te redime de tus yerros y caídas. Que la trompa bélica enmudezca para siempre. Y que tus escuelas vuelvan a enseñar lo que predicaron tus pensadores y tus artistas: Paz, Justicia, Libertad.

Fernando Díez de Medina.
Casilla, 13.
LA PAZ (Bolivia).

EXPERIENCIA ANSIOSA Y VOCACION RELIGIOSA (*)

POR

JUAN J. LOPEZ-IBOR

El carácter de llamada que se supone implícito en toda vocación hace pensar en una inclinación íntima, directa e irremediable, que lleva a cada individuo a elegir una determinada profesión. El ideal de los psicotécnicos sería contribuir a una solución definitiva de este problema, contraponiendo un registro de caracterogramas a un registro de profesionogramas, de tal modo que con facilidad se pudiera establecer una correlación entre ambos. A padres y pedagogos preocupa también hallar una fórmula que permita preparar precozmente a los adolescentes para lo que ha de ser su profesión futura.

El clínico español Huarte de San Juan ya se formuló la misma pregunta con una sagacidad y penetración inusitada para los tiempos en que escribía su libro *Examen de ingenios.* Pero aunque tal deseo sea loable, y aunque se monte sobre un principio que posee una cierta dosis de verdad, hay en todo este planteamiento más de error que de mentira. Porque las profesiones no son formas de vida tan concretas que puedan reducirse a esquemas, y mucho menos lo son los individuos. Pensemos en cualquier profesión, por ejemplo, la de médico. ¡Qué gran variedad de formas profesionales internas nos ofrece! Se dirá que en la Medicina es consustancial el deseo de ayudar al doliente; pero en esto se comete un grave error cuando se traslada esta fórmula al plano psicológico. He oído decir a un gran cirujano: "El enfermo es nuestro enemigo." Evidentemente que, a pesar de esta exclamación tan brutal en apariencia, él ayudaba a sus enfermos con su pericia quirúrgica; pero en el análisis de su conducta se revelaba más agresión que compasión o amor, aunque tampoco éste se hallaba ausente. Las profesiones, pues, no tienen una forma psicológica única que resulte la adecuada para ejercerlas más o menos airosamente. Incluso una inadecuación puede ser creadora en el ámbito profesional. Velázquez tuvo grandes cualidades como pintor, pero su vocación era

(*) *El presente estudio tiene por base el texto de una ponencia en el Symposium de psiquíatras, psicólogos y teólogos celebrado en Solbad Hall (Austria) del 5 al 11 de septiembre de 1954.*

otra: la de ser un noble, un caballero español. Procedía de familia noble venida a menos, y su niñez debió de pasar en ese anhelo por la tierra perdida. Ortega y Gasset ha ensamblado estos dos hechos: capacidad para pintar y vocación de nobleza, en una interpretación profunda y maravillosa de su modo de pintar. Su pintura fué escasa y distante, y en toda ella transparenta la cualidad de lo noble. Sin embargo, fué terriblemente revolucionario para su tiempo. Abandonó la temática clásica (pintar una historia, escenas bíblicas o mitológicas) e inventó una nueva forma de realismo aparencial, que es la forma más pura de pintar. Por eso se dijo que fué un "pintor para pintores". He aquí, pues, por qué caminos maravillosos toma cuerpo una vida a soslayo de una vocación.

No resulta cierto, tampoco, suponer que la presencia de una vocación se halle determinada por la posesión de unas capacidades. Grandes vidas han cuajado, precisamente, en la lucha contra esas incapacidades que limitaban o amputaban, al parecer, un ángulo de su perímetro vital. Aparte de que no es tan fácil el análisis de las capacidades, en cuanto se quiere poner en relación con su aplicación profesional. Henos, por ejemplo, ante un niño con una superlativa capacidad de calcular. ¿Qué va a ser después? ¿Para qué le va a servir ese pequeño cerebro electrónico que parece tener incrustado en su propio cerebro? No es forzoso que sea matemático. He visto alguno que ha sido gran financiero y otro que quedó en débil mental y que pronto hubo de ser internado en un manicomio. La relación, pues, entre profesión e individuo no es una relación estática, como las piezas de un mosaico. Se trata de un proceso dinámico que va cristalizando en el curso de la vida, pero que en modo alguno es una función lineal.

La razón es bien clara. La vida se nos da, y en esa dación vienen incluídos los dones o talentos con que venimos al mundo; pero no se nos da hecha. Lo esencial de la vida humana es el estar haciéndose, y este proceso no tiene más límite que el de la muerte. Lo importante es, pues, la existencia en cada vida de un proyecto vital. Esta expresión "proyecto vital" necesita un esclarecimiento desde el plano psicológico. Para entrar de bruces en el problema diríamos que la pulpa de la cuestión estriba en saber si el proyecto vital se elabora en el plano consciente o inconsciente. Y precisando más, si dentro de la zona extraconsciente procede del *ello* o del *super-yo,* empleando, provisionalmente, la carta topográfica de la personalidad establecida por el psicoanálisis.

Es evidente que la vida es un tejido de decisiones conscientes,

pero también lo es que éstas emanan muchas veces de planos más profundos de la personalidad. Las motivaciones inconscientes, prevalentemente instintivas, contribuyen a formar la trama vital; pero no es cierto afirmar que el esquema de la vida procede de ahí. Toda vida es una apertura hacia el futuro. Pero ¿qué es el futuro en el plano psicológico más que un esquema o una idea? Futuro es posibilidad, pero la posibilidad es una categoría ideal que en cuanto aparece como posibilidad en el plano psicológico ya tiene tendencia a realizarse, puesto que ya presiona sobre el presente imprimiéndole una dirección. La vida humana pertenece, pues, a aquel tipo de realidad que existe en tanto mantiene sus poros abiertos al mundo irreal de lo posible. Es una realidad muy peculiar, de carácter fronterizo. La frontera no se constituye de un modo vago e indefinido, sino que tiene para cada individuo su coeficiente personal.

Aun los actos más triviales de la vida se hallan socavados por el poro de la posibilidad, que es el hiato que circunda todas las manifestaciones vitales. El juego de la posibilidad no es más que el juego de la libertad. Y con ello aparece el gran tema. Cada vida es un proyecto vital, pero si éste fuera rígido la libertad quedaría anulada. La rigidez de los proyectos vitales aparece en las enfermedades, sobre todo en las mentales. Toda enfermedad constituye una limitación en el proyecto vital. Una psicosis grave llega en su reducción a límites insospechables: aquellas en las que impera el mundo del automatismo orgánico. El proyecto vital se halla, por consiguiente, siempre inacabado y siempre amenazado. Cuando vemos una vida terminada, tenemos la impresión de una línea continua que se ha desarrollado sin dudas ni titubeos. Lo que al propio sujeto viviente pudieron parecer movimientos inseguros, decisiones arriesgadas, al biógrafo le parecen momentos o actos ineludibles de la vida que se estaba haciendo. La muerte que la termina impregna de inercia a la vida, aun antes de acabar. En la vida de los enfermos esa inercia de la muerte adquiere relieves inconfundibles.

Pero la vida transcurre, envuelta en esas amenazas, sin que el sujeto esté continuamente en situación de alerta. Incluso hay vidas que se desarrollan sin haber conocido ninguna escaramuza, ni ninguna sorpresa, como una sinfonía pastoral. Parecen vidas prefabricadas. Niños adaptados desde su primer momento, que eligen la profesión que sus padres tienen, la mujer que ellos le preparan, etcétera, etc.

Alguna problemática interna deben de tener, pero de tan escasa capacidad de oscilación, que apenas se revela al exterior. En punto a la vocación profesional hay que tener presente que muchas se realizan y se cumplen bajo el signo de lo cotidiano. Es demasiado doloroso vivir la vida en un continuo espasmo.

En muchas vidas no ocurre así. Hay crisis, hay espasmos vitales, y de ésos quiero ocuparme más detenidamente en relación con el problema de la vocación religiosa.

La crisis vital por excelencia es la crisis de angustia. Mucho se ha escrito sobre angustia y existencia en estos últimos años; pero renunciemos a un planteamiento filosófico u ontológico del problema e intentemos mantenernos en el terreno de la realidad psicológica. La observación nos demuestra que existe una angustia normal y una angustia morbosa. Es posible que el análisis de esta última nos proyecte alguna luz sobre la verdadera entraña de la angustia normal. En la angustia morbosa el sujeto se siente presa de una situación de ánimo cuya característica fundamental es la amenaza, la inseguridad, el peligro. Es una peligrosidad difusa la que le envuelve; pero no sólo le envuelve, sino que también le impregna. Está fuera de él y dentro de él. He dedicado muchas horas al análisis de las vivencias angustiosas de los enfermos y he llegado a la conclusión de que, cualquiera que sea la máscara con que se presente, en el fondo es siempre *el espectro de la nada* el que aparece ante el angustiado. Hablo de la nada en el plano psicológico. Y ¿qué es la nada, desde este punto de vista? La nada es *la anulación del yo;* quizá esta expresión no sea suficientemente reveladora de la vivencia. No se olvide que se trata de lo que *por dentro* vive el enfermo. Y, por dentro, percibe que su vida—su existencia concreta—es algo tan fino y débil que se reduce a la expresión "yo vivo", la cual contiene ya un pleonasmo inútil, puesto que el "yo" sólo existe para él en cuanto vive. La vida, que parece tan rica a través de la conducta exterior o de las complicaciones interiores, resulta que se halla apoyada en un tenue punto arquimedeo—la vivencia del yo—que en la crisis se siente amenazado con desaparecer. La *nihilización de la vivencia del yo,* que no ocurre más que en el coma profundo, vivida por dentro—lo cual no llega a tener lugar en una súbita pérdida de conocimiento—es una experiencia atormentadora, a la que llamamos crisis de angustia. En otra parte he demostrado que, en principio, casi todas las máscaras con que se reviste la angustia morbosa pueden reducirse a dos: el miedo a la muerte y el miedo a la locura, que son dos formas a través de las

cuales se expresa el proceso psicológico de la nihilización de la vivencia del yo.

La perspectiva vital cambia, por consiguiente, en la crisis de angustia. Los objetos del mundo pierden valor e importancia ante el angustiado. El mundo amenaza con borrarse. Cada objeto o suceso del mundo en torno adquiere una significación para el sujeto. Precisamente la significación se halla irradiada desde el centro personal que es toda vida humana. En el angustiado el mundo se relativiza y las cosas cambian de significado. Resulta impresionante ver formular este principio a un campesino casi iletrado, como tenemos ocasión de oírlo constantemente en la consulta médica. "Nada me atrae, todo está cambiado: mujer, hijos, campo, no son para mí la misma cosa."

La arquitectura del mundo cotidiano se quiebra en la crisis angustiosa y comienza a poblarse de fantasmas, que son las fobias. Un objeto determinado pierde su vulgaridad para convertirse en un objeto mágico. El mundo del angustiado se privatiza y se torna mágico.

¿Qué significa esa conmoción frente al mundo del hombre normal? Significa, en el fondo, un proceso de *des-racionalización del mundo normal.* Examinemos desde este punto de vista lo que llamamos vida cotidiana. ¿En qué consiste? En hacer y proyectar en virtud de la experiencia pasada. Pero pasado, presente y futuro se enlazan por una relación racional y lógica, aunque no sea lógica pura, sino vital. Es lógico que uno pueda preparar una lección o conferencia para el día siguiente o un viaje para el futuro. Es lógico que se preocupe por sus hijos o por sus impuestos. La vida cotidiana constituye una trama sólida, de la cual tenemos un plano como el de una ciudad y nos movemos por ella como por la ciudad en la cual habitamos. Lo que no ocurre es que nos demos cuenta de que esa ciudad está montada en el aire, como un avión misterioso que nos conduce inexorablemente a la nada de la muerte. Cuando el hombre normal y sano se da cuenta de esta inexorable situación de viajero hacia la nada, se angustia.

Pero ¿qué hace el yo para no angustiarse a pesar de esa fragilidad de su montaje? No hay más que una evasión posible: la creencia. La necesidad de creer es ineludible. Se satisfará de una manera u otra, pero es tan necesaria a la vida del yo como el agua a las células del organismo. El neurótico se defiende de la angustia mediante la creencia en el mundo mágico de las fobias.

El espasmo de la angustia lo que hace, pues, es remover íntima-

mente las seguridades vitales, en las cuales se halla inserta la vida cotidiana, para abrirle hacia la presencia del mundo suprasensible. Claro es que una vida bien ordenada supone la coexistencia, íntimamente enlazada, entre ambos mundos. El hombre que juega al billar o al balón puede preguntarse, en un momento determinado, para qué lo hace; para distraerse, se contestaría. Pero ¿por qué el hombre necesita distraerse? Esta es la pregunta pascaliana. Porque le amenaza el vacío del aburrimiento. La nada de la angustia y el vacío del aburrimiento no existen si el hombre sabe traspasar el solipsismo ingente en el cual se forjan. El solipsismo roto lleva, quiérase o no, a ponerse en presencia de la realidad sobrenatural.

Hace pocos años murió en Madrid un destacado profesor de filosofía, Manuel García Morente. Por la profundidad de su conocimiento, y por su extraordinaria capacidad pedagógica, ejerció una influencia considerable en la Universidad española hasta el año de la guerra civil de 1936. Su posición filosófica era próxima al idealismo alemán, con gotas de bergsonismo. Durante la guerra, estando en Madrid, sufrió una gran desgracia familiar: su yerno, a quien quería mucho, ingeniero joven y con espléndido porvenir, fué asesinado en el Madrid rojo. A pesar de sus simpatías republicanas, emigró a París y allí experimentó un profundo y maravilloso proceso de conversión religiosa, del cual ha dejado un diario publicado en la biografía del P. Iriarte, S. J. Manuel García Morente se convirtió al catolicismo y abrazó el estado religioso. Como sacerdote, volvió a explicar filosofía en Madrid, a partir de 1940.

Morente vivió muchos años de su vida viviéndola como si el proyecto vital que la informase fuese una exclusiva creación suya. Estando en París sufre una crisis en la que se le aparece claro que en la vida hay algo que se escapa. Una parte es obra de uno mismo. ¿Y la otra? A esta antinomia no se encuentra más que una solución: "Algo o alguien distinto a mí hace mi vida y me la entrega, la adscribe a mi ser individual. El que alguien o algo distinto a mí haga mi vida, explica suficientemente el porqué mi vida; en cierto sentido, no es mía."

He aquí cómo aparece en un filósofo un conocimiento—que ya debiera tener o del que algo debería haber oído—que se ilumina con una luz nueva. Multitud de hechos, de conocimientos, llegan a nuestra mente todos los días; pero sólo algunos adquieren el carácter de verdades personales porque nos revelan las entrañas de nuestra propia existencia. Morente explica también en esas páginas

su método de trabajo filosófico: toma una idea como punto de partida y examina sus pros y sus contras. En aquella ocasión también baraja su tesis—el conocimiento filosófico que tenía de su existencia aprendido como una lección de filosofía, y su antítesis—: la nueva verdad existencial que se le revelaba. Dice: "En seguida advertí—y esto es lo estupendo y extraordinario—que mi corazón no estaba con las tesis, sino con las objeciones, y que las puerilidades eran de mi agrado más que las supuestas sapiencias de una estricta determinación causal... Baste decir que, al llegar la noche, había sufrido una pequeña crisis de mi dispositivo intelectual."

El dispositivo intelectual se halla, pues, a merced de los estados de ánimo; éstos conceden carácter a las verdades que eligen porque las transforman en verdades operantes para la vida. Así se llega al verdadero saber, que flota por encima de meridianos y paralelos históricos.

He aquí cómo en una crisis vital lo trascendente aparece con nueva luz. No es un descubrimiento. Buena parte del occidente europeo cree y vive en una atmósfera cristiana; pero la situación actual, incluso en los ambientes religiosos, es que la creencia en Dios y sus verdades reveladoras no adquieren, como dice Reuss, el suficiente carácter de realidad ni de valor.

Tomemos bajo la lupa del análisis un hombre medio de los que nos rodean. La vida cotidiana está montada sobre un proyecto cismundano. Sabe que existe la muerte, el más allá, Dios, la revelación, etc. Incluso conforma su vida, en buena parte, a los preceptos morales que ha aprendido en su niñez. Pero lo que en ella tira y domina son los valores cismundanos: el triunfo en su profesión, su carrera académica, incluso si se quiere algo tan loable como el porvenir material de sus hijos; pero sus antenas para la realidad del otro mundo se hallan, si no recogidas, sí al menos en mal estado. En un momento determinado viene una crisis y, entonces, el acento en la escala de valores se desplaza.

Con crisis o sin ella existen personalidades cuyo proyecto vital consiste en la impregnación de este mundo de las llamadas que provienen del otro: éstos son los que tienen vocación religiosa. ¿Podemos asignarles una determinada estructura personal? Oír una llamada no basta, sino que se necesita ser *testigo* de ella en el desierto del mundo. *Vox clamantis in deserto.*

Porque en el fondo de la crisis vital se necesita oír la voz del espíritu. Muchos sufren o pueden sufrir una crisis vital. Pero no

todos la elaboran de la misma manera. En la elaboración es donde aparece el coeficiente personal. La crisis vital, como tal, se mantiene en el plano del hombre anónimo; pero representa el punto arquimideo que le sirve para saltar al *plano personal.* Van Gogh, cuando estaba en el asilo de Remy, en 1881, escribía a su hermano: "Je suis étonné qu'avec les idées modernes que j'ai, moi, un ardent admirateur de Zola et de Goncourt et des choses artistiques, j'ai des crises comme en aurait un superstitieux et qu'il me vient des idées réligieuses embrouillées et atroces, telles que jamais je n'en ai eues dans ma tête dans le Nord." Establecer la claridad en "esas ideas religiosas, embrolladas y atroces" es la tarea espiritual. En este momento aparece clara en la vocación religiosa la acción de la gracia; pero esa unión de gracia y persona rebasa los límites del análisis psicológico. Constituye la expresión de la fórmula más misteriosa de la libertad que lo apetece todo, negándose a sí misma.

Lo primero que exige una vocación religiosa es una cierta madurez en el desarrollo de la personalidad. "Cuando he llegado a hombre, escribe San Pablo a los cristianos de Corinto (I Corintios 13/14), he dejado allí lo que era de niño." ¿Qué distingue al hombre del niño? La disponibilidad sobre sí mismo. El niño vive incrustado en su mundo narcisista; el desprendimiento de sus apetencias es tarea larga y difícil. Pero tal distancia no puede crearse en vacío. En el desarrollo del proyecto vital no se abandonan porque sí las fases anteriores de la vida, como el riñón abandona su orina segregada, sino en virtud de la atracción del futuro, de la imagen del yo o de la propia personalidad, en cuya busca y captura se halla el secreto de toda vida. La disponibilidad ha de ser extrema con respecto a la vida instintiva; la vocación religiosa exige convertir en cotidianidad esa renuncia que a algunos les parece heroica. La distancia interior con respecto al mundo de los instintos es extrema. La estructura personal debe poder ofrecer esa creación de un espacio y una distancia interior. Con frecuencia se habla de personalidades armónicas y disarmónicas, pero se confunde el uso de los conceptos. La armonía no procede de una determinada distribución cuantitativa del polígono interior de fuerzas, como lo expresa la idea de la *diátesis* griega, entre otras razones porque las fuerzas de la personalidad no son acciones en vacío, sino con contenido. El científico podrá hacer abstracciones para su mejor uso de los utensilios descriptivos, pero la vida en realidad no es así. El asceta rompe el equilibrio interior de fuerzas. La unidad, pues, no procede de un equilibrio cuantitativo, sino del blanco hacia

el cual sale disparada la flecha de la vida. Lo importante es que la meta esté dentro de las posibilidades, aunque sean necesarios desgarraduras interiores y dolor para conseguirlas. La idea de la diátesis y de la armonía vital es la de una vida eufórica, sin dolor. Un modo de vida narcisista...

Precisamente esto ha de evitar el que abraza la vida religiosa: ser una personalidad narcisista. Su negación personal consiste en esta negativa del hombre instintivo, del hombre viejo, para buscar el *hombre pneumático*, el hombre nuevo. No importa, pues, que la personalidad sea inarmónica o que esté al borde de la psicopatía en el lenguaje psiquiátrico. Digo al borde, porque transponer sus fronteras es comenzar a perder grados de libertad, y, por consiguiente, de madurez psicológica y de capacidad para realizar una vocación. El abandono del narcisismo no se hace sin crisis ni sin dolor. La maduración de la personalidad es un modo de desarrollar el gran teorema de la angustia originaria del ser. Esa angustia desarrollada que apenas se manifiesta en el plano vivencial es la fuerza psicológica capaz de ordenar las tormentas instintivas. La fuerza inhibidora de la angustia se canaliza en esta dirección. Si la vida instintiva produce angustia no es porque se reprima, sino porque instantáneamente despierta la idea de pecado. La manifestación de la sexualidad, la satisfacción libidinosa, en cuanto penetra en la conciencia, se acompaña del sentimiento de desorden. El ser humano es inseguro desde que nació. Cualquier actividad en cuanto es suya crea la conciencia de responsabilidad y, por tanto, de pecado. Cuanto más libidinosa sea una satisfacción resulta más desordenada a los propios ojos del ser y, por tanto, más pecaminosa. En la estructura personal del sacerdote debe darse esta posibilidad de inclinar la balanza de un lado y de absorber e integrar la sexualidad no sólo no entorpeciendo la maduración personal, sino, al contrario, favoreciéndola e imprimiéndole una determinada línea evolutiva.

La vida humana suele medirse por el rasero de las realizaciones. En la vida profesional, el baremo está en los éxitos y en el rendimiento. El proyecto vital está, pues, muy determinado por los contenidos, que siempre son contingentes y temporales. La vida del sacerdote no puede medirse con arreglo a este baremo. La imagen de su vida es la vida de Cristo; por un lado, habrá, pues, en ella, psicológicamente hablando, una especie de despersonalización. Pero no se trata de eso, sino de ser él en Cristo. No es un rendi-

miento, sino asimilar un esquema, una imagen vital. Tal asimilación no puede lograrse más que en profundidad.

En el descenso hacia las capas interiores de la persona nos tropezamos con la vivencia del yo; el yo es, en verdad, un lugar vacío, una abstracción psicológica. Lo que existe es el "yo-mismo", el *selbst*, el cual ya no está vacío, sino que existe como una continuidad en la que se encuentran asimiladas todas las experiencias de la vida pasada. Ese "yo-mismo" es el que en el sacerdote ha de sufrir un proceso de elaboración para que sea la *imago-Dei*. Cuando Jung habla del proceso de individuación describe este mismo camino. Ahora bien: esa instancia tan plástica y transparente que llamamos el "yo-mismo" es el lugar donde se halla el secreto de la persona, donde el alma toca al cuerpo, podríamos decir en sentido figurado. Allí se elabora la fórmula personal.

El sacerdote recibe por su propia vida espiritual, y precisamente en sus años de preparación, un adiestramiento peculiar de su visión interna que le permite adivinar, y a veces palpar, los contornos de las recónditas realidades interiores. En él debe existir esa posibilidad de desnudar al "yo-mismo", de quitarle la máscara y de darle una forma a imagen de Dios. La imagen de Dios en nosotros es el alma. El sacerdote realiza una vida en la que las calidades de lo humano del hombre—un alma unida sustancialmente a su cuerpo—aparecen traslúcidas. Este proceso de asimilación le convierte a él en testigo de la presencia de Dios en el mundo. Y esa experiencia le capacita también para descubrir ese núcleo en las demás vidas personales, por dura que sea la costra que las cubra. No es la compasión ni otro género de inclinación que pueda tener su fuente en el "Ello" lo que le mueve—aunque se hable de sexualidad sublimada—, sino la búsqueda de la presencia de la imagen de Dios en los demás, o sea, la caridad.

Juan José López-Ibor.
General Goded, 19.
MADRID.

EL DESOCUPADO :-: EL PESCADOR

DOS CUENTOS DE

JORGE C. TRULOCK

EL DESOCUPADO

—¿Hay trabajo, señor?

—¿Trabajo?

—Sí, señor, trabajo.

El desocupado era un muchacho joven, de edad indecible: veinte, veinticinco, treinta años. Quizá no tuviera edad, ninguna edad. Acaso fuera simplemente un hombre, un hombre joven, sí, pero sin edad. Mejor con una edad irrepresentable. Vestía correctamente, con toda la corrección que puede gastar un desocupado. ¿Corbata? Realmente llevaba corbata, o, al menos, desde cierta distancia, se veía algo ligeramente coloreado sobre el pecho; desde la barbilla hasta donde ese algo se entraba debajo de la chaqueta. La chaqueta desvaída de color y los pantalones de diferente tela hacían el perfecto traje para el desocupado. Todos los parados llevan atuendos similares. Al caer en desgracia el ocupado y hacerse, del día a la noche, un desocupado, lo primero que hace es buscar, ¿un uniforme?, para estar dentro de esos dulces cánones previamente organizados.

—Trabajo, ¿para qué?

—Para trabajar..., para comer.

—El trabajo es difícil de encontrar. La comida es difícil de encontrar. Todo es difícil de encontrar. ¿Usted no sabe? Usted no sabe lo difícil que es encontrar algo. ¿Usted ha encontrado algo... alguna vez?

—Yo, señor..., no, no...

El capataz, el patrón, no era más que el organizador. Nadie sabía cómo era. Los patronados, los albañiles, los carpinteros; todos, aun haciendo un gran esfuerzo, eran incapaces de decir media docena de palabras con cierto sentido acerca del modo, manera, carácter, etc., del patrón. Usaba...; ni sé qué usaba. Llevo seis meses trabajando con él y todavía soy incapaz de distinguirle entre diez personas. Pasa alrededor de los obreros, observa los tra-

bajos, da pequeños consejos, pequeñas órdenes, pero nadie le mira; todo lo más, desde lejos, alguno lo ha visto.

—¡El patrón!

—¡El patrono!

—¡El!

El desocupado se quedó quieto, absorto, delante del patrón. Sin mirar a nada, con la vista perdida entre los ladrillos, los perros, los cubos, los patronos.

—Vuelva mañana, ahora todavía no sé si hay un hueco. De todas formas hay que consultar, siempre hay que consultar. Las arcas del dinero no son estirables, no ceden, son de hierro. Hay que contentarse con lo que nos dan. Después de todo, yo tengo que consultar, que preguntar a los superiores, sobre la conveniencia de admitir... ¿Un peón?...

—Sí.

—... Por mí, usted podría empezar a trabajar ahora mismo. Cualquiera podría hacerlo. El echar una mano, siempre se agradece. Por mí, todo el mundo podría empezar a trabajar hoy mismo.

—Claro.

—No afirme usted tanto... a todo. Yo no soy partidario de los peones que afirman todo, poco consecuentes. Amigo, la consecuencia, el ser consecuentes, es una de las grandes virtudes que debe poseer un buen peón, un peón consecuente. La consecuencia..., ¿qué le diría yo sobre ella?, además de ser una gran virtud que enriquece al hombre, al peón, a usted, hermano; además de todo esto, que no es poco, entronca directamente con las más puras esencias de la Revolución Francesa, de la gloriosa, la definiría yo en una sola palabra.

El peón seguía mal el hablaje de su posible patrono; sin gran interés, como por obligación. Su vista continuaba perdida entre las mil cosas de una obra.

—Claro... El ladrillo es un gran material, es un material hasta noble; noble en su hechura, en su conformación; noble en su contenido, en su color, en su aspereza; es el material más noble que he conocido. ¡Déjeme usted de piedra! La piedra mata, la piedra salta como un demonio... ¿Quiere usted que le hable sobre mis preferencias en cuanto a materiales de construcción?

—Sí, ya lo creo; no es mala idea. Así conoceré sus posibilidades y sus conocimientos como peón.

—El ladrillo y sólo el ladrillo, lo demás son tonterías...; la piedra, ¡bah! El ladrillo es noble en todo..., etc.

—Estuve la mañana recorriendo, pateando. Estuve en seis obras, y nada. Que mañana. Que pasado. Que al otro quizá. Que no desesperara. Que es usted joven. Que yo, a su edad...; vamos, que yo, a su edad, estaba enfermo y ni siquiera podía mendigar trabajo; en cambio, usted, joven, fuerte, no debe entristecerse; tiene toda la vida por delante para trabajar. El trabajo edifica las casas, el trabajo levanta el espíritu. El holgazán es la lacra de la sociedad. Yo decía que sí a todo; a mí qué más me daba decir que sí o que no.

—Claro.

—Es aburrido; la vida es aburrida, todo es aburrido. Las mismas obras, las mismas caras feas. Las casas, abortos de casas. Los obreros, abortos de obreros. Los patronos, abortos de patronos. Todo es igual. ¿Qué desea? Trabajo. ¿Qué desea? Trabajo. ¿Qué desea?... Al final ya no decía nada; por lo menos ya no pedía trabajo. ¿Qué desea? Nada: ver, observar cómo trabajan los obreros. Yo ya tengo trabajo; tengo un trabajo horroroso; un trabajo que no puedo con él. Ahora he salido a descansar; a ver trabajar, que es lo que más descansa.

—¿Qué toma?

—Tinto.

—Sobre todo, ver trabajar las excavadoras. Son monstruosas: una dentellada y medio camión de tierra. Lo que más descansa es ver trabajar a las excavadoras. Usted se sienta en una lomita cercana, lía un pitillo, lo enciende, da la primera chupada y después mira cómo trabaja la excavadora. Mira despacio, poco a poco, sin entusiasmarse, sin darle importancia, y verá cómo todos los músculos se extienden. Al rato, el pitillo se ha apagado, y usted está en la gloria, como en el otro mundo; vamos, que está como soñando. Y la excavadora sigue convulsa arrancando tierra y llenando camiones.

—¿Qué va a ser?

—Blanco.

—El hombre se ha espabilado mucho, no hay duda. ¿Usted nunca ha visto una excavadora? ¿No? Pues el truco es muy sencillo: es como una mano que se va para abajo, y luego, metiéndose en la tierra, se levanta lentamente lamiendo el talud. Es un espectáculo como para pagar.

—Y del trabajo, ¿qué vas a hacer?

—Mañana, por lo pronto...; pues no, porque ya es viernes. Luego que si tal, que si cual..., sábado..., y ¡domingo!...; el lunes. Sí; el lunes volveré a la carga. Para ese día ya se habrá despejado el asunto. Los lunes siempre son buenos para empezar. Es el mejor día para empezar. Por algo la semana empezará en lunes, ¿no te parece?

EL PESCADOR

En la isla, desde la altura, arriba de un monte, desde una altura enorme para una isla, y al lado del mar, se veía a los pies, nada más terminar la falda de la montaña, en cuanto las piedras, esas piedras caídas y ahora fijas en posiciones inverosímiles; en cuanto esas piedras dejan tan difíciles posturas, se veían, digo, a los pies de todo esto, las ligeras y blancas casas del puerto.

El puerto parecía aburrido, parecía que siempre estaba dormido, dormido día y noche. Con la luz, las velas no pescadoras, las velas blancas de los balandros, iban de aquí para allá sin ningún interés manifiesto desde lo alto. Abajo, junto al mar, quizá una mujer, un reflejo, una ligera brisa en la quietud del aire, fuera motivo de tanta correría marítima. Las velas dormidas, los hombres dormidos, los perros, los carros, todos dormidos, iban lentamente, sin prisa, de un lado a otro, dormidos para un espectador desde la altura. Desde la altura también se podrían haber visto mecerse en olas los campos de cereales; pero lo cierto es que no había campos de cereales en los alrededores del puerto. Desde otras alturas, según testimonio de lugareños, los cereales, el trigo, el centeno, la avena, son visibles. En el fondo, en la bajura, el puerto dormía, duerme constantemente para un espectador montañés.

El pescador, cansado, trabajado de toda la noche, amarró el bote en el pequeño muelle, en el mollet. Un cabo a la argolla del muelle; un cabo al flotador, al corcho, sujeto al profundo muerto del mar. Cargó los aperos de pesca, los sedales finos, las poteras de múltiples púas, etc., y saltando de bote en bote llegó a las piedras del muelle. Ya en tierra se fué hacia su casa pensando en el descanso, en la mujer, en la casa..., en muchas cosas.

—¿Qué tal la noche? ¿Pescaste?—dijo una mujer.

—Poco..., algo muy extraño—dijo el pescador.

—Déjame ver.

El pescador abrió la cesta, y la mujer pudo ver una masa informe de carne marítima oscura.

—¿Qué es?

—No sé...; es extraño.

La mujer del pescador oyó la voz de su marido desde la casa. Cuando llegó a ella estaba esperándole en la puerta.

—¿Qué tal fué, hombre?—dijo su mujer.

—Vaya, mujer, algo extraño. Solamente uno y raro—dijo el pescador, destapando la cesta y sacando el animal—. Un bicho entre calamar y sepia, pero sin pluma, como los pulpos... Algo muy extraño. No sé de dónde habré podido sacar esto tan difícil...; no va a quererlo nadie. Al museo debía de ir.

—Alguien lo comprará... Miguel, el de la taberna... Se lo puede dar a los clientes como pulpo, y nadie se entera de nada.

—Es extraño—siguió el pescador—, no tiene pluma y se parece al calamar. Me costó trabajo sacarlo. Se revolvía como algo difícil, y le había enganchado bien, con tres pinchos. Pero el animal se revolvía como un demonio... Dame comida, tengo hambre.

El hombre se echó en la cama, esperando la comida. Al llegar la mujer de la cocina con el potaje, se lo encontró dormido.

Era la mañana entrada y la isla dormía. Dormitaba soñolienta, desperezándose lenta, muy lentamente. Para un espectador desde lo alto, el puerto pasaba la duermevela de la vida. Unos puntos móviles, allá en el vacío, que apenas se movían, daban al dormitar del pueblo un sueño inquieto. Una tenue y débil desazón, que desde la altura hacía pensar en mínimos y celulares movimientos, en traslados internos del gran cuerpo.

—¿Qué es eso, madre?—dijo el hijo del pescador.

—Un bicho, un animal raro, hijo. Anda, vete al muelle a jugar... Vas a despertar a tu padre.

"Voy a dar una alegría a Toni. Vendo el animal, y cuando despierte se lo digo." La mujer cogió el bicho, lo metió en un saco y se fué a la calle.

Miguel, el de la taberna, le compró la pesca. Tres kilos, a veinte pesetas, sesenta en total.

María, al dar la vuelta a la esquina del muelle, oyó la voz de Toni, de su marido.

—¡María! ¡María!

—¡Voy!—chilló la mujer.

—Oye, María, tráeme el bicho...

—¡A la cama!... Por Dios, cómo te voy a llevar el bicho a la cama... Lo he vendido.

—¿Lo has vendido? ¿A quién?

—A Miguel, por sesenta pesetas.

—Vaya, hija mía, podías haberme preguntado.

—Pero ¿no lo ibas a vender?

—No sé, me parece que no lo hubiera vendido. Era un bicho raro, y muy hermoso. Quizá no lo hubiera vendido. Antes lo hubiera enseñado a la gente. Miguel ya lo habrá partido para comerlo. Es una pena. Mi animal por sesenta pesetas, y comiéndoselo los veraneantes. Debiste haberme consultado antes. ¡El trabajo que me costó atraparlo! La gente ya se habrá comido la mitad, y la otra estará en trocitos. ¡Mi bicho raro! ¡Mi animal! Ya casi comido. ¡Adiós, animal raro del mar!

—No te pongas así, hombre. Si lo llego a saber... Lo hice con buena intención... No sabía... Perdona—dijo la mujer.

—Ya no hay remedio; déjalo..., no te preocupes. A lo mejor hoy pesco otro.

Desde cualquier altura de cualquier isla, desde cualquier alto de cualquier tierra, deben de verse cosas parecidas. Desde un monte se ven cosas idénticas que desde otro monte. Desde un sitio se ve lo mismo que desde otro. Todos los paisajes son iguales. Desde las alturas, con sólo fijarse un poco, se ve en el valle, se ve en los valles, en todos los valles del mundo, los hacinamientos de hombres. Las repulsivas reuniones humanas. Todo, con un ligero vaho, con una ligera baba envolviendo a los hombres, y a sus casas, y a su iglesia, y a su Ayuntamiento, y a su cuartel. Abajo, entre esas babas, desperezándose durante toda la vida, el hombre sueña en cosas mejores, en mejoras humanas, en porvenires limpios, suaves, dulces...; todo entre las babas, esas babas que no dejan moverse con facilidad, que estorban al hombre en sus movimientos.

—Según parece lo cogió a poca profundidad—decía un hombre, señalando lo que estaba comiendo—. Tiene una luz muy potente; iba mirando y lo vió en un claro de arena; echó la potera, y ¡zas!, casi al momento lo enganchó. Toni no es mal pescador, no. Le mata el orgullo que tiene. "Yo soy el mejor pescador, yo soy el mejor pescador." Y quizá sea verdad; pero eso no se debe decir. Después de todo, allá él.

—Miguel, ponme un trozo del bicho, a ver a qué sabe eso...

¡Hum, no está malo!... ¡Qué cosas tiene Toni! ¡Qué cosas pesca! Un día lo mismo nos trae un pez espada o un tiburón. Su oficio es ése; pero qué cosas nos trae. Y ¿dónde está el héroe?

—No sé, no se le ha visto el pelo. La mujer, cuando me lo trajo a vender, dijo que estaba durmiendo. No vendrá, ya sabes que se le ve poco. Estará durmiendo, y luego se irá otra vez al mar. Es un buen pescador...

Un pescador desde la altura, un bicho raro, un animal extraño desde el alto de un monte, ¿qué son? ¿Qué representan? Desde lo alto, un pescador es algo mínimo que apenas se mueve; el animal, un trozo de materia indecible. Mirando desde la montaña, cualquier cosa no representa nada: un objeto flotando en el vaho del vacío, un objeto oscuro y nebuloso. En el vacío, un objeto puede ser un pescador, un cadáver, un pez; en el vacío, un objeto quizá sea un gran pescador, quizá sea simplemente un trecho de vacío más compacto, un hombre muerto, cualquier cosa.

Toni se levantó estirándose y, como en un barco dando bandazos de babor a estribor, salió del cuarto.

—¡María! La comida, la cesta...

—Ya está todo preparado. En la puerta.

—¿En la puerta? Ayer también me lo dejaste en la puerta. ¿No podías variar un poco? Un día dejas las cosas en la puerta; otro, en el comedor. Pero varía un poco, mujer, que si no... ¡es tan aburrido!

—Bueno...—dijo María, mustia.

Toni, sólo por aquello de una de cal y otra de arena, besó a su mujer cariñosamente.

—Hasta luego.

—Cuidado, Toni. Hasta luego..., que se dé bien la pesca.

Toni, al salir de la casa, cogió al hijo un momento en brazos, luego siguió su camino al mar.

Desde la altura, el mar era un plato oscuro y monstruoso, una gran oscuridad tapando el abismo.

Desde la orilla se veían las pequeñas olas espumosas junto a las piedras.

Desde la altura, un pescador es un insensato que se monta en un bote mínimo y se larga a buscar comida.

Abajo, en el puerto, un pescador es Toni, es Manuel, es Juan, es un hombre moreno que vive con su familia de la pesca, que sale todos los días al mar para poder vivir... ¡Hasta cuándo!

LA REVOLUCION MEXICANA, ACONTECIMIENTO CULTURAL

POR

JAIME DELGADO

REVOLUCIÓN EN LAS IDEAS

El movimiento liberal mexicano, que informa más de los dos primeros tercios del siglo XIX, tiene dos momentos característicos, de los cuales el segundo, de sentido antirracionalista, da paso directamente a la etapa positivista. Esta, en realidad, fué preparada por los liberales de la Reforma, y abarca en la historia de México desde 1867 hasta 1910, pero con dos fases sucesivas que Leopoldo Zea ha caracterizado de este modo: combativa la primera, constructiva la segunda.

Estas dos fases del positivismo mexicano pueden verse marcadas con suficiente claridad en Gabino Barreda, el hombre que introdujo en México la filosofía positiva, y no hay entre ellas transición violenta, al igual que sucede con el cambio o evolución que va desde la Reforma al Positivismo. Esta evolución es, por otra parte, perfectamente lógica. Porque terminadas las luchas que precedieron a la implantación del liberalismo y alcanzado así el orden, ante México se abría la posibilidad de lograr el progreso. Fué, en efecto, el propio Juárez quien inició la nueva época al encargar a Barreda la reforma de la educación pública, cuyo contenido está expresado en la ley del 2 de diciembre de 1867. Y no hay que olvidar que Barreda ya había declarado antes—en su *Oración cívica*, pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de ese año—su trilogía fundamental: "Libertad, orden y progreso", que él explicaba así: "La libertad, como medio; el orden, como base, y el progreso, como fin."

Con esta divisa no podrá extrañar ya la alianza de Juárez con el Positivismo. Aquel caudillo, en efecto, adoptó para su gobierno, una vez vencido Maximiliano, el lema de paz y orden, y es lógico que encomendase a un positivista el restablecimiento del

orden social. En consecuencia, en el momento en que México iniciaba su reconstrucción, estabilizaba la economía y fomentaba el desarrollo industrial, el Positivismo era la doctrina que defendía y orientaba esa reconstrucción. Por otra parte, es aquél el instante en que se desarrolla la clase media, y el Positivismo—como señala Zea—viene a ser la expresión ideológica de la burguesía mexicana.

Pero Gabino Barreda había heredado de su maestro Augusto Comte la actitud frente a la concepción individualista de la libertad. Según él, pues, los principios liberales extremistas sólo conducían al desorden. Así, los derechos de la persona estaban limitados por las leyes del orden social, y únicamente en el caso de hacerla compatible con la seguridad social, la libertad individual tendría sentido. De ahí que Barreda, conocedor de la realidad mexicana, oriente todo su programa hacia la destrucción de la anarquía y asigne al Estado una función fundamental: la de guardián del orden público.

Para la consecución de estos fines, Barreda confiaba plenamente en la educación. Así lo afirma claramente en carta a don Mariano Riva Palacio del 10 de octubre de 1870: "Una educación —dice—en que ningún ramo importante de las ciencias quede omitido; en que todos los fenómenos de la Naturaleza, desde los más simples hasta los más complicados, se estudian y se analizan, a la vez teórica y prácticamente, en lo que tienen de más fundamental; una educación en que se cultive así, a la vez, el entendimiento y los sentidos, sin el empeño de mantener por fuerza tal o cual opinión o tal o cual dogma político o religioso, sin el miedo de ver contradicha por los hechos esta o aquella autoridad; una educación, repito, emprendida sobre tales bases y con el solo deseo de hallar la verdad, es decir, de encontrar lo que realmente hay y no lo que en nuestro concepto debiera haber en los fenómenos naturales, no puede menos de ser, a la vez que un manantial inagotable de satisfacciones, el más seguro preliminar de la paz y el orden social, porque él pondrá a todos los ciudadanos en aptitud de apreciar todos los hechos de una manera semejante, y, por lo mismo, uniformará las opiniones hasta donde esto sea posible. Y las opiniones de los hombres son y serán siempre el móvil de sus actos. Este medio es, sin duda, lento; pero ¿qué importa, si estamos seguros de su eficacia? ¿Qué son diez, quince o veinte años de la vida de una nación, cuando se trata de cimentar el único medio de conciliar la libertad con la concordia, el progreso con el orden? El orden intelectual que esta educación quiere

establecer es la llave del orden social y moral que tanto habemos menester" (1).

Pero las consecuencias de este sistema educativo no fueron, ciertamente, las que había soñado el ilustre padre del positivismo mexicano. En primer lugar, por el contrario, la educación positivista no fué tan neutral ni aséptica como Barreda pretendía, ni logró, en consecuencia, la unión social que se buscaba. El sistema, en efecto, benefició tan sólo a la clase media, a la burguesía, cuyo derecho al poder y a los privilegios justificaba y defendía. Y esta clase social trataría, después de su victoria, de imponer a toda la sociedad sus ideas y utilizaría la filosofía como instrumento al servicio de su poder político. De este modo, en definitiva, se explican las tesis de un Macedo o de un Manuel Ramos, que identificaban a los hombres superiores con los económicamente poderosos, ya que la riqueza era signo también de superioridad social y moral.

Estas teorías, que vinculan a México con el proceso histórico general del mundo hispánico en el siglo XIX (2), constituyen, por otra parte, la base de la dictadura ideológica y política de Porfirio Díaz. Para ello, el positivismo mexicano de Barreda, que modificaba el comtiano teniendo en cuenta la realidad histórica, social y política de México, recibió una inflexión spenceriana, necesaria para justificar la libertad de enriquecimiento y el acceso al poder de la burguesía, y, por otra parte, el gobierno de un dictador, ya que éste impondría el orden público, que era la condición previa e imprescindible para la implantación de la libertad política.

Orden y progreso fueron, pues, los dos pilares básicos del régimen porfirista. Orden político y progreso económico, que contaron con dos seguros medios de realización: el positivismo y la dictadura, los "Científicos" y Porfirio Díaz.

* * *

Conocido su ideario, a nadie asombrará saber que el positivismo tuvo que enfrentarse, aun en pleno período de triunfo, con una fuerte oposición procedente de dos campos fundamentales: el

---

(1) Para el estudio del positivismo mexicano hay dos obras fundamentales de Leopoldo Zea, a quien sigo en este esquema: *El positivismo en México* [México], El Colegio de México [1943] y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (ídem íd., 1944). Véase también Patrick Romanell: *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México. 1910-1950* [México], El Colegio de México [1954], págs. 52-65. La cita de la carta de Barreda, en Alfonso Rubio y Rubio: "La filosofía mexicana actual. Los antecedentes: el positivismo y la generación del Centenario" (en *Revista de Indias,* Madrid, XIII, núm. 52-53, abril-septiembre 1953, pág. 311).

(2) Véase mi ensayo "Algunas ideas sobre el constitucionalismo hispanoamericano", de próxima publicación en *Revista de la Universidad de Madrid.*

pensamiento católico y la ideología liberal. En cuanto al primero, tres prelados figuran en primera línea: don Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán; don José de Jesús Díaz de Sollano, obispo de León, y don Emeterio Valverde y Téllez, también obispo de León, quienes resucitaron el tomismo en México y llevaron a cabo—especialmente el último de ellos—una labor bibliográfica y crítica de gran envergadura.

El liberalismo, por su parte, actuó contra la filosofía positiva desde tres puntos de partida distintos: el de los jacobinos o exaltados, el de los liberales moderados y el de los krausistas. Entre éstos últimos, que siguen a Krause a través de Sanz del Río, sobresale Hilario Gabilondo por la polémica que sostuvo en defensa de la *Lógica*, de G. Tiberghien, krausista belga, que al fin se impuso como texto oficial en la Escuela Nacional Preparatoria. En cuanto a los liberales medios, José María Vigil es su principal figura y el intelectual que más dura crítica hizo, quizá, a la escuela positivista, a la cual llamó la *anarquía positivista*. Vigil, en efecto, señaló la incongruencia que suponía tratar de fundamentar el orden en una doctrina cuyos tres pensadores fundamentales —Comte, Stuart Mill y Spencer—no habían podido ponerse de acuerdo entre sí. Por otra parte, el positivismo, que carecía de carácter científico y era una doctrina empirista y sensualista, era también contrario a las instituciones y libertades mexicanas (3).

Pero el ataque al positivismo, como doctrina filosófica y como realización política, no tuvo consecuencias hasta cumplida la primera década del siglo XX. Fué en 1910, en efecto, cuando se produjeron dos acontecimientos trascendentales. El uno, en el orden de las ideas, fué doble. Por una parte, un golpe de escepticismo batió al sistema ideológico vigente desde el interior de su propio recinto; por otro lado, nuevas ideas se agitaron fuertemente contra el positivismo. En cuanto al segundo acontecimiento, fué una conmoción políticosocial de gran envergadura, que liquidó la etapa porfiriana e inauguró el México actual: se llama la Revolución Mexicana.

En el aspecto intelectual, el positivismo recibió el golpe definitivo, desde su mismo seno, cuando don Justo Sierra, el servidor más honesto y sabio de la Administración porfiriana, pronuncia su discurso—año 1908—en honor de Gabino Barreda y cuando, dos años después, vuelve a hablar en la inauguración de la nueva Universidad mexicana. En aquellas dos ocasiones Sierra falló la condena-

(3) Alfonso Rubio y Rubio, *obra cit.*, pág. 315. Zea: *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, págs. 112-118 y 159-186.

ción del positivismo como doctrina oficial y proclamó la urgente necesidad de restaurar los estudios filosóficos. Pero, frente a lo que se ha venido afirmando generalmente, y en especial por los contemporáneos del viejo maestro, éste no dió entonces un viraje repentino a sus ideas. Porque Justo Sierra—como escribe Agustín Yáñez—"buscó en el positivismo un método científico. Y rechazó —ya desde 1874—el contenido doctrinario del sistema, tachándolo de exclusivista y dogmático". "No parece aventurado—continúa— atribuir la búsqueda del método científico al empeño de acrisolar los datos de la intuición emocional, hasta cerciorarse de que no eran caprichos de un subjetivismo sentimental o sensibleros, términos por él opuestos a los de "sensible" y "sentidor", en certera caracterización filosófica; es decir: se ponía en guardia contra los espejismos románticos, contra la improvisación consuetudinaria, contra el inveterado verbalismo y el tropicalismo, principalmente en materia política, pedagógica y de crítica literaria e histórica. Buscaba lo objetivo." Y aun como método, Sierra había demostrado ya sus divergencias con la doctrina vigente al pronunciarse por la historia en vez de por la sociología, como remate del sistema y al reclamar contra el olvido y la exclusión de la filosofía.

Hizo, pues, crisis en Sierra su anterior fe en la ciencia, cuyas falibilidad y deficiencia afirmó terminantemente. "Dudemos—dijo—; en primer lugar, porque si la ciencia es nada más que el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si ésta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua discusión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico o no se discute en estos momentos?" Y en el discurso inaugural de la Universidad insiste: "Pedimos a la ciencia la última palabra de lo real, y nos contesta y nos contestará siempre con la penúltima palabra, dejando entre ella y la verdad absoluta que pensamos vislumbrar toda la inmensidad de lo relativo." Hay, pues, algo más: está el espíritu. "Partidarios ardientes del método positivista en la enseñanza—había dicho Sierra en 1874—, no lo somos de la filosofía de la Escuela. Creemos en la existencia del espíritu." Y he aquí, en 1910, el nuevo son de estas palabras: "¿Será que la ciencia del hombre es un mundo que viaja en busca de Dios?" (4).

Fueron, en definitiva, los mencionados discursos de don Justo

---

(4) Agustín Yáñez: *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950, págs. 189-190. Zea: *Apogeo y decadencia...,* cit., págs. 252-254.

Sierra los que hicieron el primer impacto directo en la ideología oficial del porfirismo. Para México, desde entonces, se abrió—como dice Alfonso Rubio—un "escepticismo de transición". Pero esta vez no cayó en el vacío ni quedó ahogado por el coro estatal. Vino, por el contrario, a respaldar con su autoridad la línea doctrinal de una nueva generación de intelectuales que ya habían dado públicamente fe de vida. Por eso ha podido escribir Alfonso Reyes, aludiendo a Sierra, que "el educador adivinaba las inquietudes nacientes de la juventud y se adelantaba a darles respuesta. Salía al paso de aquel sentimiento de angustia e insuficiencia con que irrumpía la nueva generación y le ofrecía "la verdad más pura y más nueva". ¿Quiénes formaban esa juventud y cuáles eran sus inquietudes?

En el año 1906, un grupo de jóvenes intelectuales fundó una revista que fué el órgano de expresión de su intento: "romper el cerco de una cultura que ya no les satisfacía". Y ya en el mismo título de la publicación—*Savia Moderna* se llamaba—aparece explícito el espíritu que animaba a sus fundadores—Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto y Luis Castillo León—, que fueron los primeros en manifestar las inquietudes de la nueva generación, es decir, en hacer públicas las diferencias que la separaban de su antecesora. Un año después, en 1907, otro grupo de jóvenes fundó la Sociedad de Conferencias, antecedente inmediato del Ateneo de la Juventud, fundado en México el 28 de octubre de 1909.

Para Pedro Henríquez Ureña, el año 1907 fué decisivo, ya que en su decurso el grupo rebelde eliminó todo lo que en él pudiese haber de reminiscencia positivista, afirmó su ideal de restaurar la filosofía y sus derechos y dió evidentes muestras de sus aspiraciones humanistas con su constante atención a los clásicos griegos. Al mismo tiempo, la nueva generación demostró un gran interés, desconocido en el pasado más inmediato, por el mundo latino y especialmente por las letras y la cultura españolas. "Al amor a Grecia y a Roma—escribe Zea—se vino a sumar el amor por las letras y cultura españolas. A diferencia de la generación positivista, que despreciaba lo latino, considerándolo como una desgracia racial, el nuevo grupo trató de reforzar las despreciadas cualidades de la raza latina: la imaginación. Imaginación, libre examen, creencia en lo maravilloso del espíritu humano, tales fueron los ideales de la nueva generación. Al ideal de un mundo práctico como el sajón, se opuso el ideal de un mundo teórico y soñador como Grecia. Al orden que se apoya en el dogma religioso

y filosófico se opuso el libre examen de Grecia, fuente de toda cultura y de toda evolución científica y filosófica." Era lo que, concretado al plano filosófico, expresaba el propio Henríquez Ureña, uno de los más prominentes del grupo, con estas palabras: "Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fué nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James y a Croce" (5).

Pero fué 1910 la fecha cumbre. En ese año el Ateneo de la Juventud organizó, con motivo de la conmemoración del centenario de la Independencia, una serie de conferencias, que se celebraron en los meses de agosto y setiembre. Pues bien: la última de aquellas conferencias estuvo a cargo de José Vasconcelos y versó acerca de "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas". En ella, el joven filósofo, aun admitiendo los aciertos del sistema barrediano, hizo una dura crítica al positivismo por su limitación, por su anquilosamiento y por su fracaso. La repetición de un viejo pensar—afirmaba Vasconcelos—"nos pone en incertidumbre, en inquietud y como nostálgicos; porque, no importa cuán grandes sean las expresiones del misterio insondable la humanidad vuelve a sentir, periódicamente, la necesidad de preguntar otra vez, de escuchar por sí misma, de interpretar por su cuenta". A la nueva generación le había tocado "vivir en un tiempo en que, lejos de comentar sin fruto el pasado, los espíritus ahondan con impulso propio el misterio fecundo, edifican la novedad que ha de ser nuestra expresión, y de esta manera el ideal se realiza, obra en el alma, esclarece el exterior". Por otra parte, el positivismo era incapaz de comprender ciertos tipos de conocimiento y se limitaba a la ley de los tres estados, el teológico, el metafísico y el positivo, en la cual el paso de uno a otro significaba un progreso. "Mas no reflexiona el positivismo—comenta Vasconcelos—que el sentido poético es una manera de interpretación que no corresponde a un período determinado, sino a la naturaleza misma del entendimiento, que usa la analogía en sus investigaciones fre-

---

(5) Zea: *Apogeo y decadencia...*, pág. 256. La cita de Henríquez Ureña en Alfonso Reyes: *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1941, pág. 47. También en Rubio, *ob. cit.*, pág. 320, y en Romanell, *obra cit.*, pág. 71.

cuentemente con más eficacia que cualquier otra forma de raciocinio, y con ella desarrolla especialmente el arte, poder transformador que perfecciona y exalta la representación." Y el sentido poético, al que Comte llamó teológico, "sigue prestando servicios utilísimos al desenvolvimiento de la civilización en lo más positivo y fundamental de su desarrollo" (6).

Por lo demás, los ideales filosóficos de la generación del Centenario abrían nuevos caminos al saber, resucitando la preocupación metafísica y concediendo preferente atención a la esfera de lo espiritual, desdeñada por el positivismo. Y junto a esto, un nuevo ideal moral es levantado frente a la ética positivista. "Al orden finalista del positivismo se ha opuesto una evolución creadora y libre de toda finalidad. A una moral egoísta por finalista se ha opuesto una moral desinteresada por lo ilimitado de sus fines. A una concepción social limitada a proteger intereses de grupo, se opondrá una concepción más generosa y menos limitada." Ideas que Antonio Caso, otra de las personalidades más señeras del grupo, resumirá después en el título de uno de sus mejores ensayos: "La existencia como economía, como desinterés y como caridad" (7).

Fué, pues, una honda conmoción ideológica, una verdadera revolución cultural, la llevada a cabo por los intelectuales del Ateneo de la Juventud. Ahora bien: esta revolución en las ideas vino a coincidir con la fermentación políticosocial que dió por resultado la caída de Porfirio Díaz. ¿Qué relación cabe establecer, por tanto, entre ambos movimientos? Porque los jóvenes del Ateneo expresaban, sin duda, además de una posición cultural contraria a lo existente, una situación social de descontento. "El descontento que sentía la sociedad mexicana contra un orden que llevaba ya cerca de medio siglo de duración; un orden que había ido reduciendo las libertades en provecho de un grupo cada vez más estrecho. El positivismo, que había justificado un orden deseado por la sociedad mexicana, no justificaba ya la permanencia del mismo, una vez que la sociedad mexicana no estaba ya interesada en él. El positivismo había dejado de ser solución y se había convertido en obstáculo. La situación de crisis social presentada por los posi-

---

(6) Las citas de Vasconcelos en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, 1910, págs. 138-139 y 142-143 (apud Zea, *ob. cit.*, págs. 263 y 265).

(7) Zea, *ob. cit.*, págs. 269-286. La concepción moral de la nueva generación está expuesta en la conferencia de Antonio Caso "La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ya cit., páginas 27 y sigs. Véase también José Gaos: *En torno a la filosofía mexicana*, México, Porrúa y Obregón, S. A.; Colec. México y lo mexicano, núm. 7, t. I, 1952, páginas 61-66, y Romanell, *ob. cit.*, págs. 83 y sigs.

tivistas mexicanos había desaparecido; la nueva crisis la planteaban sus propias tesis [...] Lo realizado conforme a la doctrina positivista no satisfacía ya, ni a la burguesía mexicana ni a las clases sociales que habían tomado conciencia de sí mismas: las de los campesinos y obreros. El orden sostenido no era ya el orden de la burguesía mexicana, aunque lo fuese de una parte de ella, ni era el que deseaban los explotados hombres del campo o de las fábricas. La primera deseaba un cambio político, los segundos un cambio social; ambos estaban conformes en el primer cambio, a reserva de disputar sobre el segundo" (8).

Pues bien: quizá al principio los intelectuales del Ateneo se preocupasen tan sólo del movimiento cultural, y así parece indicarlo Henríquez Ureña cuando dice que el Ateneo fué, en el orden de la inteligencia pura, el preludio de la gigantesca transformación políticosocial que iba a operarse en México. Lo mismo, por otra parte, deja entender Alfonso Reyes acerca de esta apoliticidad del grupo ateneísta, cuando escribe: "Los muchachos de mi generación éramos—digamos—desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez.* Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra oficial hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de "Pax Augusta". Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado—inconscientemente—en la impostura. A veces abríamos la historia de Justo Sierra y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugestiones audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un ministro. El Positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la Matemática clásica vacilaba y la Física ya no se cuidaba bien de la Metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las Humanidades en nuestros programas de estudio. Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura de los escritores modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad... Sabíamos que los autores de nuestra política—acaso con la mejor intención—nos habían descastado

(8) Zea, *ob. cit.*, pág. 260.

un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América Española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado—torvo de problemas provisionalmente eludidos—nos arrojara de golpe al camino al que pronto habríamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma—única manera que reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos" (9).

No hubo, por tanto, una explícita ni organizada intención política en los intelectuales del Ateneo de la Juventud. No todos sus miembros, por otra parte, tenían el mismo credo político, ya que Antonio Caso, por ejemplo, seguía siendo porfirista, según cuenta Vasconcelos, y no cambió de ideas hasta después del asesinato de Madero. Mas esto no fué obstáculo para que la acción intelectual por ellos desarrollada pudiera constituir ese preludio de la revolución políticosocial de que habla Henríquez Ureña. Porque no hay que olvidar que el positivismo fué en México la doctrina oficial de un determinado régimen político, la "base ideológica—como dice el citado escritor dominicano—de las tendencias políticas en el poder". Y como, según se ha visto, la nueva generación postulaba un pensamiento antipositivista, al minar las bases intelectuales del porfirismo preparó la caída de éste.

En consecuencia, aunque la adopción de la nueva filosofía no tuviera un carácter señaladamente político, esa nueva filosofía fué necesaria para combatir y destruir el orden sustentado por el sistema filosófico anterior. En este sentido, puede afirmarse que la Revolución Mexicana no tuvo un sistema filosófico único, como lo había tenido la revolución liberal triunfante en 1867, pero no que careciese de una base ideológica previa o de una filosofía en sentido amplio—la antipositivista—, que la preparó y fundamentó. Esto, claro es, no quiere decir que los intelectuales de la generación de 1910 fueran los caudillos de la Revolución, pero sí que ellos fueron sus mentores, sus teóricos y, en muchos casos, sus directores políticos también, hasta donde las circunstancias—no siempre fortuitas, como en el caso de Vasconcelos—se lo permitieron (10).

---

(9) Alfonso Reyes: *Pasado inmediato*, ya cit. Véase Alfonso Rubio, *ob. cit.*, páginas 319-320.

(10) La posición política de Antonio Caso, en Vasconcelos: *Ulises criollo*, 4.ª edic., México, Botas, 1935, pág. 464. En lo referente a las relaciones entre los intelectuales del Ateneo de la Juventud con la Revolución Mexicana, Zea no ha visto bien el problema. Reconoce, en efecto, por un lado, que para des-

Habrá de concluirse, pues, que la revolución ideológica precedió a la revolución política y le dió fundamento teórico, gracias al cual la Revolución Mexicana fué un acontecimiento cultural y no un mero movimiento militar y político, por amplias y brillantes que fuesen sus manifestaciones bélicas y aun concediendo toda la hondura que realmente tuvieron a las transformaciones políticosociales que implicó. Porque, aun en su aspecto social, la Revolución tuvo una inspiración intelectual que no se puede desconocer, a menos de incurrir en el absurdo, o en la evidente exageración demagógica, de conceder al instinto una virtualidad organizadora y constructiva que está muy lejos de poseer.

Por eso, porque para México tuvo alcance históricocultural, la Revolución de 1910 puede ser llamada Mexicana por antonomasia y descubrir a los mexicanos extensas zonas de su realidad cultural que antes les eran desconocidas. Y por eso ella "inició la rehabilitación del pensamiento de la raza", como ha dicho Vasconcelos, e hizo posible el *descubrimiento* de México por los mexicanos y la *recuperación* de México para los mismos mexicanos. De ahí que si la Revolución fué preparada por pensadores y realizada por políticos, ella misma fuera capaz de hacer posibles, como frutos suyos, a pensadores, políticos y artistas, que hallaron materia de pensamiento, acción e inspiración en la realidad que la propia Revolución les mostró (11).

LA REVOLUCIÓN, TEMA LITERARIO

"La Revolución—ha escrito Octavio Paz—es una súbita inmersión de México en su propio ser. De su fondo y entraña extrae, casi a ciegas, los fundamentos del nuevo Estado. Vuelta a la tradición, re-anudación de los lazos con el pasado, rotos por la Reforma y la Dictadura, la Revolución es una búsqueda de nosotros mismos

---

truir el orden porfiriano fué menester una filosofía que apoyase el cambio, pero niega, por otra parte, que existiese esa filosofía. Además, afirma que los intelectuales del Ateneo no fueron los teóricos de la Revolución, aunque concede que acaso lo fueran en el aspecto político, si bien nunca en el social. De acuerdo en este último punto, distingo, en cambio, en el anterior. Porque hubo miembros de la generación del Centenario, tan destacados como Vasconcelos, que sí fueron teóricos políticos y que incluso ejercieron una acción política directa. Queda al margen, por el momento, lo relativo al problema de si la Revolución hizo posible a los pensadores o éstos a aquélla (véase *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, pág. 261). Romanell, *ob. cit.*, pág. 75, incurre en el mismo error que Zea, a quien sigue siempre.

(11) Vasconcelos, *ob. cit.*, pág. 465. Romanell, *ob. cit.*, pág. 77. Sólo en el sentido que indico puedo estar de acuerdo, pues, con algunas de las afirmaciones de Zea, cuya tesis general no comparto (véase su libro *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Porrúa y Obregón, S. A.; Colec. México y lo mexicano, núm. 2, 1952, págs. 24-30).

y un regreso a la Madre. Y, por eso, también es una fiesta: la fiesta de las balas, para emplear la expresión de Martín Luis Guzmán. Como las fiestas populares, la Revolución es un exceso y un gasto, un llegar a los extremos, un estallido de alegría y desamparo, un grito de orfandad y de júbilo, de suicidio y de vida, todo mezclado. Nuestra Revolución es la otra cara de México, ignorada por la Reforma y humillada por la Dictadura. No la cara de la cortesía, el disimulo, la forma lograda a fuerza de mutilaciones y mentiras, sino el rostro brutal y resplandeciente de la fiesta y la muerte, del mitote y el balazo, de la feria y el amor, que es rapto y tiroteo. La Revolución apenas si tiene ideas. Es un estallido de la realidad: una revuelta y una comunión, un trasegar viejas sustancias dormidas, un salir al aire muchas ferocidades, muchas ternuras y muchas finuras ocultas por el miedo a ser. ¿Y con quién comulga México en esta sangrienta fiesta? Consigo mismo, con su propio ser. México se atreve a ser. La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo mortal, al otro mexicano" (12).

He aquí una bella y acertada interpretación de la Revolución Mexicana. Pero esas palabras son susceptibles de una más honda lectura que nos dé un más íntimo y profundo significado de aquel acontecimiento. Así leídas, quieren decir que la Revolución Mexicana entraña una transformación total en el ser nacional de México; una transformación que implica, fundamentalmente, la pugna del país por encontrarse a sí mismo, por hallar su expresión nacional auténtica. De ahí, en consecuencia, que el movimiento políticosocial no sea más que un aspecto de otro más hondo y amplio que alcanza a remover toda la cultura mexicana.

Se produjo primero, sin duda, en el orden temporal la subversión política, económica y social, fundamentada y preludiada —según se vió más atrás—por una previa revolución ideológica. Ahora bien: una vez estallado, el movimiento comenzó a dar sus frutos culturales, manifestados sobre todo en el arte y en la literatura, que fueron como el desenvolvimiento último o las últimas consecuencias del pensamiento que lo había producido. De ahí que sea imprescindible, o al menos muy conveniente, estudiar antes, para entender su desarrollo cultural posterior, el proceso de la revolución políticosocial (13).

---

(12) Octavio Paz: *El laberinto de la soledad*, México, Cuadernos Americanos, 1950, págs. 145-146.

(13) Véase mi estudio "La Revolución Mexicana", en *Estudios Americanos*, núm. 38-39, Sevilla, noviembre-diciembre 1954, págs. 403-437.

La Revolución es, en definitiva, un modo de ser, de pensar y de actuar, y por eso se distingue en la historia de México de cualquier otro movimiento revolucionario y ha podido llamarse mexicana por antonomasia. Así, pues, los escritores de México no podían permanecer ajenos a esa crisis de su pueblo y vertieron en sus obras —tanto novelas como poesías— el acontecer mismo revolucionario, en el que supieron ver la raíz y los caracteres del ser nacional y de sus manifestaciones en todos los aspectos espirituales y materiales. Sólo así se comprende, por ejemplo, el significado poético de González Martínez y los versos delicados y angustiosos del místico y erótico Ramón López Velarde.

La poesía de López Velarde aparece, en efecto, en el momento crucial de la Revolución. Su primer libro, *La sangre devota,* se publica en 1916, y tres años después, *Zozobra;* en 1921, por último, *El son del corazón,* aparecido muy poco después de la muerte del poeta, que le sorprende a los treinta y tres años de edad. Pues bien: en López Velarde se evidencia ese regreso a la Madre, que es la Revolución, según Octavio Paz. Su poesía está siempre, en efecto, "en el materno regazo—de la amorosa tierruca". Es un volver la inspiración a la tierra propia:

Al fin te ve mi fortuna
ir, a mi abrigo amoroso,
al buen terruño oloroso
en que se meció tu cuna.
Los fulgores de la luna,
desteñidos oropeles,
se cuajan en tus broqueles,
y van, por la senda larga,
orgullosos de su carga
los incansables corceles.

....

Surge la ciudad nativa:
en sus lindes, un bohío
parece ver que del río
el cristal rompen las ruedas,
y entre mudas alamedas
se recata el caserío.

....

Por las tapias, la verdura
del jazmín, cuelga a la calle,
y respira todo el valle
melancólica ternura...

La poesía ha regresado a la casa solar, bajo un cielo cruel y sobre una tierra colorada, donde se pueden cantar las vetustas cosas y las añejas ilusiones soñadas sobre el brocal de un viejo pozo:

El viejo pozo de mi vieja casa
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces
se clavaba de codos, buscando el vaticinio
de la tortuga, o bien el iris de los peces,
es un compendio de ilusión
y de históricas pequeñeces.

Y con la vuelta al terruño, a la provincia, a la patria chica, el reencuentro con la patria grande, con México, en el que el poeta llega a un entrañable entendimiento de su país:

Suave patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.
Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.
El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.
Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.
....

Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.
....

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.
Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz, la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono
a la intemperie, cual una sonaja:
¡la carreta alegórica de paja!

La Revolución modeló, en efecto, a sus escritores y artistas, quienes iniciaron entonces, gracias a ella, el cultivo de lo propio y vernáculo. Fué como un darse cuenta, por primera vez, de los valores espirituales y psicológicos de su pueblo, que yacían antes soterrados bajo una densa capa de cultura importada, de imitación servil a lo europeo, que el régimen porfiriano había superpuesto a lo propiamente mexicano en su originalidad mestiza. Porque desde entonces los escritores de México, conscientes de su propia libertad ante las formas extranjeras, libres de la impregnación y del des-

lumbramiento de esas formas, se entregaron a la tarea de crear otras nuevas para expresar su propia cultura. Y así nació, de cara a la realidad y ahondando en ella, la novela de la Revolución.

Novela de la Revolución se ha dicho, y no novela, o literatura, revolucionaria, porque si bien las obras de este género lo son por su tema, no todas, ciertamente, pueden llamarse revolucionarias por su espíritu, ya que muchas de estas novelas expresan la desilusión, la requisitoria y aun el desafecto a la ideología general que aquel movimiento significa. Pero hay que advertir, por otra parte, que ninguna de ellas sintetiza por sí sola toda la Revolución. Por el contrario, todas las novelas son parciales, partidista o temáticamente, y fragmentarias, nunca totalizadoras, y ni aun combinadas o añadidas llegan a dar una visión del conjunto revolucionario. Es que la Revolución es, en realidad, inabarcable y múltiple, variada y compleja en hombres, ideologías, tendencias e intereses. ¿Cómo señalar, por ejemplo, una línea común entre Zapata y Carranza, entre Madero y Orozco, entre Villa y Angeles? (14).

Es posible, no obstante, señalar unas características comunes, valederas para la mayor parte de estas novelas. Casi todas ellas, en efecto, se presentan más como crónicas o Memorias que como verdaderas novelas. Son casi siempre—en frase de José Luis Martínez—"alegatos personales en los que cada autor, a semejanza de lo que aconteció con nuestros cronistas de la Conquista, propala su intervención fundamental en la Revolución, de la que casi todos se dirían sus ejes". Por otra parte, a todas las une el tema, la Revolución, ya sea en forma de relato más o menos biográfico de un caudillo, ya protagonizando en la masa, en el pueblo, la narración de los acontecimientos, o ya, por fin, adoptando la perspectiva autobiográfica o prefiriendo, aunque en menos casos, el relato objetivo. De ahí que todas las obras de este género presenten una homogeneidad que las hace diferenciarse notablemente de las escritas antes y después; a lo cual contribuye también, en buena medida, el hecho de producirse casi todas, en líneas generales, a raíz de dos sucesos importantes: la reedición de *Los de abajo,* de Mariano Azuela—tres veces en España y una en Buenos Aires—, y la aparición, en Madrid, de *El Aguila y la Serpiente* y *La sombra del caudillo,* de Martín Luis Guzmán; acontecimientos que tuvieron lugar entre los años 1928 y 1930.

Pero en la aparición de la novela mexicana de la Revolución

---

(14) Véase Manuel Pedro González: *Trayectoria de la novela en México,* México, Botas 1951, págs. 92-93.

y en la técnica de esta novelística no cabe desconocer la posible influencia del arte de la pintura. Excepción hecha de *Los de abajo,* que es posible influyese en la obra del pintor José Clemente Orozco, la escuela mexicana de pintura mural, comenzada hacia 1920 y ya universalmente reconocida diez años después, dejó su huella en la novela. Ya se ha dicho que ésta comienza a producirse entre 1928 y 1930, y para entonces ya la pintura era una "expresión colectiva", un movimiento artístico vigoroso y dotado de un impulso creador no interrumpido desde una década atrás. Durante ese período, los pintores mexicanos habían sabido dar a la Revolución forma y color, imperecedera expresión plástica del alma popular, protagonista del movimiento. Sencilla y dramáticamente Orozco, con mayor barroquismo y bastante falsedad Diego Rivera, habían elevado a la masa revolucionaria a la altura del Arte. Pues bien: estos pintores, con la temática de la Revolución como fundamental motivo inspirador, descubrieron a los nuevos novelistas las inmensas posibilidades que aquel movimiento contenía; les enseñaron su propia creación, resultado social del desarrollo histórico mexicano, es decir, la epopeya de la Revolución.

La pintura, por otra parte, lleva su influencia sobre la novela al plano de la técnica. "Como la pintura—escribe Manuel P. González—, la novela revolucionaria se escribe a base de masas, de pueblo y para el pueblo. Es una novela en la que se prescinde de todos los convencionalismos atingentes al género—héroe, heroína, enredo amoroso, argumento, etc.—para elevar a ese personaje indefinido y amorfo que es la masa a la categoría de protagonista." Esto hizo la pintura y esto hizo también Azuela en *Los de abajo* y *Las moscas.* Cabría preguntarse, en último término, si los escritores derivaron sus obras directamente del acontecer histórico o si fueron los pintores y Mariano Azuela quienes les indicaron la técnica (15).

En cualquier caso, sin embargo, es interesante señalar la coincidencia. Y lo es también, igualmente, continuando por este camino de las comparaciones entre pintura y novela, anotar una curiosa diferencia relativa a los personajes que aparecen en los murales y en las obras literarias de la Revolución. Si se repasan éstas, se comprobará que en ninguna de ellas—exceptuando el caso de *La negra Angustias,* de Francisco Rojas González—aparece como protagonista la mujer, y que, cuando aparece, es presentada siempre como un componente más de la masa revolucionaria, inmersa en

---

(15) Manuel P. González, *ob. cit.,* págs. 99-102.

el mundo caótico, agitado y envilecido de las más bajas pasiones humanas; es decir, sin representar nunca, o las más veces, un contrapunto de ternura en la atmósfera de horror que casi siempre se describe. Recuérdese, en cambio, la pintura, concretamente la pintura de Orozco, con los manchones blancos, serenos, doloridos y piadosos de las mujeres envueltas en sus rebozos, que tienen el valor de ropajes clásicos. Mariano Picón-Salas lo ha visto con agudeza:

"Junto a los paredones de fusilamiento—escribe—, erguidas con suprema piedad contra el muro blanco, comparecen envueltas en doliente rebozo aquellas hembras del pueblo, *las soldaderas,* a las que el arte de Orozco diera valor de símbolo universal. Representan frente al tumultuoso drama histórico—revolución, desborde de las masas—, aquella final consolación humana, lo que siempre subsiste contra la discordia de los hombres. Son las Ifigenias que vinieron a enterrar sus muertos y a seguir a sus soldados, con su leve y constante pasito indígena, por entre espinosos caminos de cactus, sobre suelos ocres, bajo cielos violáceos de espanto. Espigas que se sostienen contra la siega de muerte; cariátides sobre cuya inconmovible eternidad transcurre el drama del mundo, mientras los hombres son arrollados por la *hybris.* Y en un extraño equilibrio de ritmos, a la fuerza desatada de esos conjuntos masculinos de Orozco, a ese como inmenso torrente de pasión que crea la unidad del grupo revolucionario y aporta a la vida burguesa de nuestros días la presencia de los monstruos y de las máquinas diabólicas, se opone la actitud estática; la calmada vigilancia de estas figuras femeninas. Son como el "coro" griego que pide tregua y piedad mientras ocurre la catástrofe. Van ellas con su atado a la espalda detrás de la tropa insurrecta; encienden la vela de la plegaria o parecen sostener como columnas aquel agitado lienzo de muro donde el trágico fresquista ha contado una historia de guerra, de injusticia y de odio. Los grandes manchones blancos de las mujeres de Orozco, la luz de sus túnicas junto a las sombras de los frenéticos desfiles masculinos, representan a la vez la compasión y la eternidad; el alba que debe abrir después de una noche de rencores" (16).

Pero volvamos a la literatura. Se trata, pues, en la novela de la Revolución, de un fenómeno incorporativo, mediante el cual un tema tan complejo y abigarrado, pero tan popular y nacional como la propia subversión, pasa a la literatura. Es, en realidad, un aspecto

---

(16) Mariano Picón-Salas: *Gusto de México.* México, Porrúa y Obregón, S. A., Colec. México y lo mexicano, núm. 9, 1952, pág. 15.

tan sólo de un hecho general y más hondo, que abarca a todas las facetas de la creación artística del hombre. César Garizurieta acertó al describirlo: "Cuando estalla la revolución—escribe—se rompen todas las normas sociales, políticas, jurídicas y también las estéticas. Los sentimientos del pueblo no temen a los rurales de la gramática que arrestan a indefensos sustantivos, a los generales de la sintaxis que fusilan a los pobres adjetivos y a los escandalosos gerundios y a los jefes políticos de la ortografía que persiguen a las tres clases de verbos. En este aparente desorden, el pueblo hace su arte; nacen la canción y el corrido, brotados de su más pura expresión, como agua virgen, del corazón del propio pueblo. Desaparecen las colombinas, los pierrots, princesas y condesas que beben champán o coñac Martell; es el pueblo que hace sus propias y anónimas canciones; aparecen amores reales en los maizales; se desafía con valor a la muerte; se paladea en la lengua el tequila junto a la acogedora fogata que tiñe el cielo de rojo; el campesino sueña un mundo mejor en la pirotecnia del trueno verde de la marihuana. Su canción es la realidad del mundo que vive y de sus ensueños rampantes en la tierra. El arte nace ahí en su forma prístina, nutrido con las esencias espirituales y las mejores vivencias nacionales; es la ruta que las artes deben seguir, no queda otro camino; todo lo que el pueblo siente en su paisaje interior y exterior se canta en "La Valentina", "La Cucaracha", "La Adelita"; se canta y se baila con música que hace el pueblo, sin mixtificaciones" (17).

La historia revolucionaria se hace, pues, tema literario. Pero la Revolución pasa a la novela sin truculencia, sin apelación al melodrama, aunque sí con todo su escalofriante dramatismo. Los escritores saben captar la realidad tal como es, con la hiriente veracidad con que los mismos acontecimientos se la presentaron a sus ojos. Así quedan plasmados en las páginas el dolor y la muerte, la vida con sus alegrías y sus tristezas, la ferocidad de la guerra, el culto al valor, el desprecio absoluto, inconsciente o lleno de indiferencia, con que el hombre se inmola, quizá tan sólo por fanfarronería o por una necesidad de autoafirmación personal. Toda la agitación revolucionaria, en suma, queda retratada en las novelas sin adulteraciones ni fantasías, con una sencillez, un realismo y una eficacia descriptiva que hacen pensar en la mejor novela picaresca.

---

(17) César Garizurieta: *Isagoge sobre lo mexicano*. México, Porrúa y Obregón, S. A., Colec. México y lo mexicano, núm. 8, 1952, págs. 79-80.

Sin embargo, a pesar de los aciertos parciales, puede y debe afirmarse que la gran novela de la Revolución está todavía inédita. Y esto no por falta del novelista genial que pudiera llevarla a feliz término, sino porque los escritores—empezando por el propio Azuela—se han dedicado, hasta ahora, a *los de abajo*, es decir, a expresar la acción y los sentimientos de los personajes que actuaron en la Revolución guiados tan sólo por el apetito y la ambición. Pero la Revolución tuvo también *los de arriba*, y de la acción, las ideas y los sentimientos de éstos puede y debe salir—ahí están un Vasconcelos o un Martín Luis Guzmán para escribirla—la obra literaria maestra, la gran novela que espera todavía la Revolución Mexicana (18).

Jaime Delgado.
Almagro, 10.
MADRID.

(18) Esta es la tesis del maestro Vasconcelos, expresada en el prólogo a mi obra *La novela mexicana de la Revolución*, todavía inédita. El propio Vasconcelos, según información personal al autor, está preparando esa gran novela, precisamente con el título de *Los de arriba*.

LA PINTURA EN NUEVA YORK: FLEISCHMANN

POR

DARIO SURO

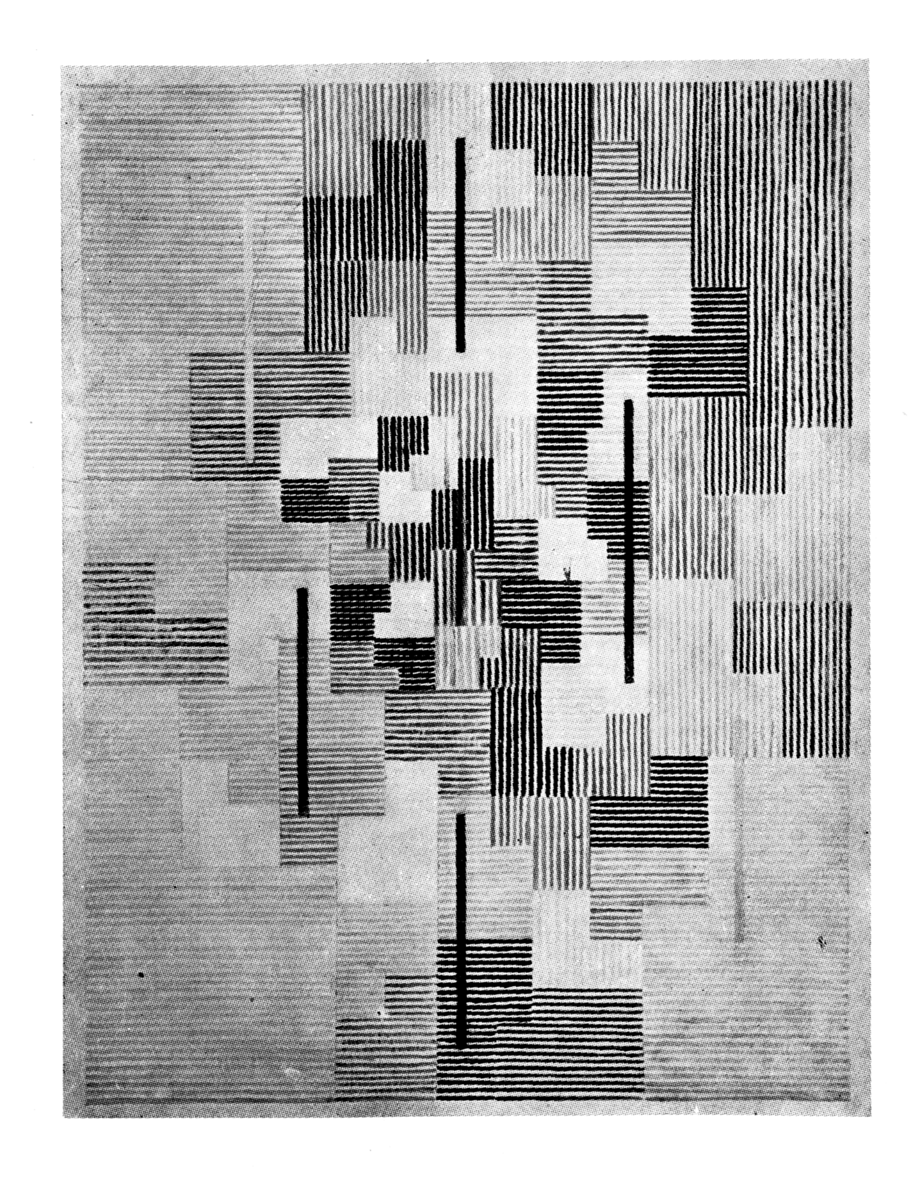
Las obras expuestas por Fleischmann en la Rose Fried Gallery (28 marzo-23 abril, 1955) han dado a conocer en Nueva York a uno de los más importantes pintores abstractos contemporáneos que tiene Alemania, después de Hartung, sin dejar de reconocer las exploraciones de Baumaister y las aportaciones de Winter y Werner en el expresionismo abstracto alemán.

Si Picasso ha cerrado las puertas a la pintura figurativa realizada desde las cuevas de Altamira hasta nuestros días, Mondrian inaugura —no como precursor, sino como creador absoluto de una nueva manera de ver y de pensar en pintura—toda una época de ilimitada duración visual. Las obras expuestas por Fleischmann en la Rose Fried Gallery son un extraordinario ejemplo del camino abierto por Mondrián en el siglo XX.

El idioma de Mondrian no me parece "peligroso de adoptar", como ha señalado James Johnson Sweeney en el catálogo de la exposición "Jóvenes Pintores Europeos", celebrada en el Guggenhein Museum el año pasado, si el pintor que sigue a Mondrian lleva la personalidad de un Glarner o de un Fleischmann. Yo diría que su idioma es difícil de adoptar, pero no peligroso. El camino de Mondrian es el más abierto y, al mismo tiempo, el de más porvenir. No basta ser original para recorrerlo: es necesario ser intenso. Lo importante de la creación artística no es la originalidad de la idea, sino el grado de su intensidad. Intensidad para mí es profundidad, es decir, perdurabilidad de la imagen creada.

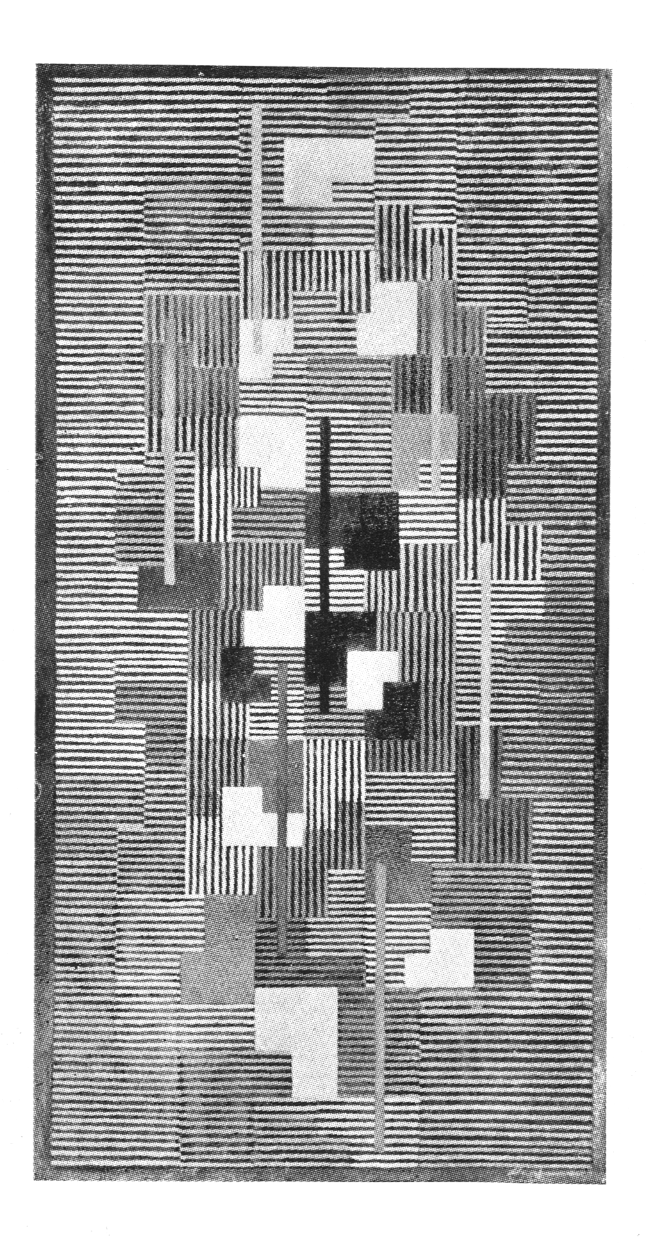
¿Hasta qué punto se es original en pintura? ¿Es original Picasso? ¿Es original Mondrian? Ni Picasso ni Mondrian son pintores originales. Ningún gran pintor ha sido original. Como tampoco lo ha sido ningún gran poeta. ¿No sería ridículo pensar en un Dante y en un Shakespeare "originales"?

En pintura nos estremece la profundidad filosófica de un Rembrandt, la frialdad hermética de Velázquez o la dura geometrización escultórica del mundo de Piero. Nunca he visto la peligrosa originalidad de los pintores americanos, la originalidad manual, en aque-

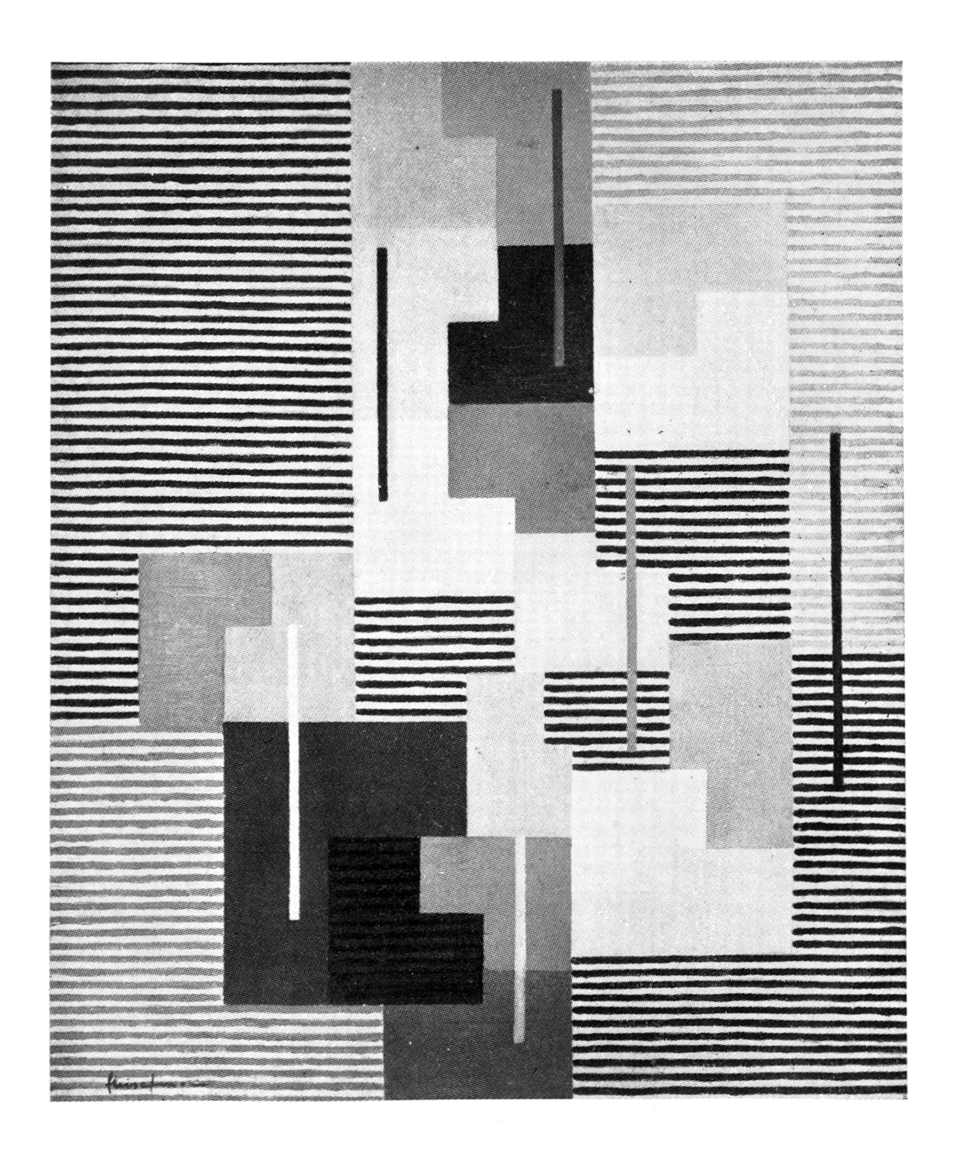


FLEISCHMANN

Composición (1952)

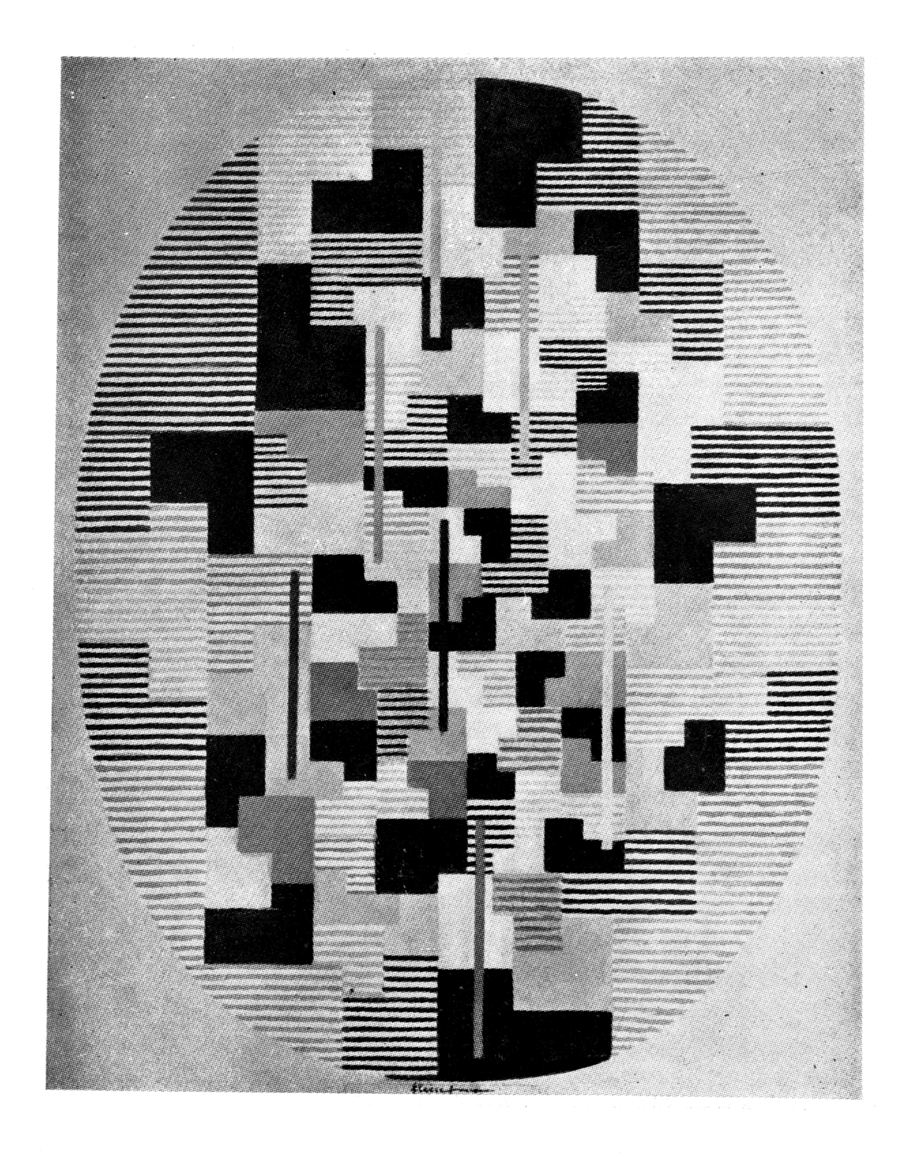


FLEISCHMANN — Composición (1952)



FLEISCHMANN

Composición (1953)



FLEISCHMANN Composición (1955)

llos pintores, y en nuestros días no la he podido ver en Picasso o en Mondrian. La originalidad tiene en los Estados Unidos su mejor museo: el Dime Store. Ahí reposan las obras de los hombres originales de este país.

El arte siempre viene de atrás para poder caminar hacia adelante. Eugenio d'Ors había señalado con énfasis en España que "todo lo que no es tradición es plagio". No hay duda de que Mondrian asimilara los toques rectangulares de Seurat y el cubismo temprano de Picasso. La existencia de Mondrian la encontramos mucho antes de Mondrian. El arte geométrico de los pueblos primitivos, como el arte decorativo de los griegos y romanos, nos confirman lo anterior. Pero no basta que las esencias existan. Es necesario elevarlas a categorías. Mondrian elevó el rectángulo, como principio estético, a un sitio de importancia, comparable en pintura, al que ocupa desde sus orígenes en arquitectura.

Los pintores que con más éxito han seguido los principios estéticos dejados por Mondrian son, a mi parecer, Glarner y Fleischmann. Guardando cada uno su personalidad, ambos son diferentes, y los dos completamente diferentes a Mondrian. Solucionan cada uno, a su modo, el problema de las formas rectangulares planteado libremente por Mondrian. Si Mondrian separa *los rectángulos, Glarner los* relaciona *y Fleischmann los* divide. *El problema de Mondrian es un problema de separación; el de Glarner, de relación, y el de Fleischmann, de división. Los tres se mueven en el mismo universo, pero sus movimientos son absolutamente distintos.*

El verdadero problema de dividir lo dividido *lo soluciona Fleischmann con sus complicadas—pero claras—composiciones rectangulares.*

Se vislumbran en ellas las raíces alemanas de Fleischmann. Si en Bach encontramos una incesante preocupación por dividir el tiempo, en Fleischmann hay una inquietante preocupación por dividir el espacio. Todo el arte de Fleischmann está repleto de una insistente preocupación por dividir calculadamente el espacio, por dividirlo líricamente. Me refiero, naturalmente, a una división matemática creada por un estado de voluntad artística absoluta. Por un estado de ánimo. Y ¿no es, después de todo, para un pintor un estado de ánimo un estado de emoción; y un estado de emoción, un estado pictórico, esto es, un estado o condición de la pintura? Lo mismo que para el poeta hay un estado poético o un estado de la poesía y para el filósofo un estado filosófico o un estado de filosofía.

La imagen creada por Fleischmann es producto de la división del espacio, es la imagen del espacio dividido. Alguien me preguntó en la Exposición de Fleischmann, con verdadera ironía—cuando yo le hablaba de la división del espacio—: "Pero ¿qué soluciona Fleischmann con dividir el espacio?" Algo irónico también, le respondí: "La misma solución que encontraba Miguel Angel cuando dividía el espacio de la Capilla Sixtina."

Es lamentable que la crítica de Nueva York haya aplaudido a Fleischmann desde "afuera", diciendo, por ejemplo, el crítico del Herald Tribune *que las obras de Fleischmann "daban la impresión de paisajes".* Art Digest *hace un comentario parecido, y nos habla, por otra parte, de las composiciones cubísticas de Fleischmann. Otros han visto más bárbaramente la procedencia de Fleischmann de Braque o de Picasso.*

De todos modos, la obra de Fleischmann se ha impuesto en los Estados Unidos. Los críticos que viven "afuera" y los pintores "originales" han aceptado la idea intensa *de Fleischmann. Pero, desgraciadamente, el público, con su mentalidad de Dime Store, nunca la podrá aceptar. Acepta a Rembrandt o a Velázquez, como historia, como argumento, con cierta comparación visual de cinematógrafo o de televisión. Acepta los sujetos y los objetos pintados por Rembrandt o Velázquez, pero jamás comprenderá la intensidad filosófica del primero o la fría intensidad del segundo.*

Darío Suro.
661 W. 180 St. Ap. 46.
NEW YORK 33 (N. Y.), U. S. A.



"LA JORNADA" Y OTROS POEMAS

POR

JOSE ANGEL VALENTE

PREMIO "ADONAIS" 1954

LA JORNADA

Hay días amables como cosas usadas,
como trajes holgados de costumbre,
como días de sol en que la vida
nos canta a flor de labios.

Pero hay días, tal vez,
en que nos duele saludar nuestra piel,
contemplar nuestra piel que amarillea
como algo distinto;
días en que el estar
pesa como una piedra,
en que la vida tiene
pozos, hondas cavernas donde todo resuena,
volviendo desde el fondo a nuestro pecho,
hiriéndonos de frío desde lejos.

Hay días como tortugas, como arañas,
como charcos con cosas de ojos tristes,
después de haber llovido.
(Fragmentos del amor,
infancia,
nombres,
charcos grises de olvido.)

Hay días como el odio,
en que la voz se queda hasta el aliento
amarga y amarilla;
días en que la piel se cae a trozos
y Dios está más lejos todavía.

Hay días como el tedio
para morir, para olvidarse,
para ser olvidado en su ceniza.

FRAGMENTOS DE UNA ELEGIA

I

(VIENTO SOLO)

1

Viento solo, sin amor,
el viento va por el sueño.
Se queda solo, sin voz,
el viento va por el cielo.
Sin amor ni voz se va
por los árboles sin dueño.

2

El viento sabe cantar,
no sabe nada.
El viento sabe llorar,
no sabe nada.
Viento que nada sabe,
que canta y llora: palabra.

3

El viento veló en el viento
toda la noche despierto.
Al amanecer entró,
nos sigue aún como un perro,
nos busca, sin sombra ya,
desnudo por los espejos.

II

Arriba, en la cima, arriba,
en las almenas del aire,
donde nadie puede andar
desnudo para buscarte.
En la cima, cielo arriba,
memoria arriba, en el aire.

y III

Ahora, sobre tu cielo,
como un gris aletazo la tristeza golpea.
La lluvia, la llovizna,
la irreparable manera de llover como siempre,
guarda toda tu ausencia.
Aunque acuda por costumbre a la cita
donde llueve esperando inútilmente,
aunque no acuda nunca, aunque sepa
que ha llovido en tus ojos este otoño
y que hay tierra bastante para todo.
Aunque me quede aquí, aunque no vaya,
aunque me quede aquí donde no pasa nada,
donde todo circula simplemente,
la savia del dolor, el minutero,
o la hora de Dios tal vez caída, perdida en otro sueño.
Aunque me quede aquí donde estoy solo,
porque ya es Navidad o primavera,
y ha vuelto la tristeza a golpear tu cielo,
ha vuelto la tristeza como un gris aletazo
mientras yo desandaba sin saberlo tus besos.

CIELO NATAL

1

Como un niño,
como una flor,
como una alegría olvidada,
como un caballo corre
sólo al atardecer,
como el pan,
como se tiende el pan,
como el aire de todos
sólo para el amor,
como la brisa viene
para herir un clavel,
como el mar,
como tú,

como ayer, la alegría del sol.
Enero en mi ciudad.

2

Vuelve la niebla.
Enciende
la candela.
Mis navíos, tus ojos,
naufragando en la niebla.
Entre la niebla fría,
aterida la espera.

3

(ROMERO)

He de ir al Finisterre
para ver el mar cómo crece,
para ver el Finisterre,
para ver el mar cómo duerme.
El Finisterre,
donde el mar es un miedo verde.

4

Chove en Santiago...
F. G. LORCA

Eterna y pura,
la catedral no se ve
si no la enciende la lluvia.
La lluvia siempre está en pie.

EL DESVELADO

(HOMENAJE A SAN JUAN DE LA CRUZ EN SEGOVIA)

...como el ciervo huiste...

Como un venado en el temblor del aire,
como un ciervo de nieve y transparencia
—álamos tenues, río en la hondonada—
la luz huída y sola en la colina,
saetera sagaz desde la cumbre,
asediada de amor, inalcanzable.

¿Dónde tu rostro, el aire
seguro de tu vuelo,
la heridora presencia, el dardo puro,
el límite del día, oh tiempo mío,
que llegado de ti me contamina?

Busqué en la tarde y tuve tarde sólo,
busqué en la piedra encenada y honda
y tuve piedra sólo,
busqué en el agua transitoria y leve
y tuve olvido, espejo sin memoria,
tiempo y eternidad, el agua sólo.
¿Dónde el amor, su llama, dónde, dónde?

Un hombre va por la espesura. Lleva
el cadáver de un hombre.
¿Quién es el que camina hacia la noche?
Un ocre, un gris resbalan,
se reparten el aire,
cabecea la almena, duerme el río.
¿Quién es el que camina hacia la noche?

Oh corazón herido,
vacío de color, de forma o tacto,
que en la secreta escala se aventura,
¿quién es el que camina hacia la noche
de confín a confín, de río a río,
de frontera a frontera arrebatado?

Amor vela su pecho y lo defiende,
amor escuda su desnuda mano,
amor enciende su ceniza pura.
La luz, cima en la cima, se sosiega,
el Eresma no sabe por qué canta,
el hombre pierde límite y sentido
en el aire de Dios donde reposa.

José Angel Valente.
Covarrubias, 12.
MADRID.

ESPAÑA E HISPANOAMERICA (*)

APUNTES SOBRE LA HISPANIDAD

POR

RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

I

La Hispanidad es una palabra que tan sólo de unos años a esta parte ha logrado una función política, espiritual y cultural. En Ramiro de Maeztu culminan todos los intentos, de diverso signo, de restablecer una comunicación profunda entre los países de la América española y España, entre los ánimos quebrados que, en uno y otro lado, habían dejado la guerra de la independencia hispanoamericana y el enconado fanatismo de los liberales rezagados.

Ya en los primeros años—mejor aún, en los tiempos mismos del movimiento independentista—fermentaba en la obra de Andrés Bello la más decidida afirmación de la unidad hispánica: la *Gramática de la lengua castellana para uso de los americanos.* Así como Nebrija daba a conocer su *Gramática* en los años del Descubrimiento, para que ésta sirviera a la difusión de la lengua en el Nuevo Mundo conquistado y en el Imperio, así Bello, con su *Gramática,* tendía un puente espiritual entre el pasado colonial y el porvenir independiente; un puente que habría de servir para el mantenimiento del espíritu de la lengua madre. Por obra de españoles e hispanoamericanos, los países independientes han vivido en el mundo de una única tradición y se han alimentado de un mismo espíritu en una misma lengua. Política y administrativamente, el mundo hispánico se disgregó. Cultural y espiritualmente, la independencia significó sólo un capítulo importante de su historia cultural.

Pero detengámonos un momento en esta disgregación política y administrativa, núcleo y brasa ardiente de casi todas las controversias sobre el ser y el porvenir de los pueblos hispánicos. ¿Qué fué y qué significado tuvo en la historia de Hispanoamérica y de

(*) El presente artículo, en versión francesa, se publica simultáneamente en la revista belga *Synthese.*

España? Para una y otra, un inevitable descenso vertical hacia la decadencia. Su último golpe engendra a Rubén Darío y a la generación del 98, a la cual perteneció Ramiro de Maeztu; mas con ello y tras ello emprende el ascenso. Este movimiento ascendente de renovación literaria, espiritual y cultural significa el primer esfuerzo concreto de reafirmar y hacer patente una unidad real, aparentemente disgregada por la ruptura política. No sólo el contacto meramente literario de la generación del 98 con el modernismo (en realidad, dos expresiones de color distinto, de un mismo anhelo), sino el contacto directo de escritores de España e Hispanoamérica fueron los signos primeros de esta conciencia, contacto directo que quiere decir colaboración intelectual y acercamiento cordial. Pocos autores hispanoamericanos han sido en parte alguna tan generosamente acogidos como lo fueron en España por Unamuno, Salaverría, Maeztu, etc. Y, viceversa, antes de ser descubiertos a Europa los escritores españoles de esta generación, encontraron en Hispanoamérica su más decisiva resonancia. Uno de los primeros libros sobre el sentimiento religioso de Unamuno, sobre Unamuno pensador, fué escrito por el peruano Mariano Ibérico Rodríguez. No mencionemos, por innecesario, el trabajo divulgador y crítico de un Marcelino Menéndez y Pelayo y de un Juan Valera. El período de acercamiento entre los intelectuales fué brevísimo, casi imperceptible; la colaboración directa fué, en cambio, inmediata. De hecho, sólo los recalcitrantes provincianos son capaces de cargar en la cuenta pasiva de la cultura española las peripecias de las conquistas militares y del período colonial. Dos maestros del espíritu hispanoamericano: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, han sido hispanistas de capital importancia. En el redescubrimiento de Góngora—esfuerzo de la mejor generación poética española—tuvo parte decisiva Alfonso Reyes con sus *Cuestiones gongorinas*; y hay toda una generación de estudiantes hispanoamericanos que han aprendido a manejar la prosa y a vivir el espíritu con los *Capítulos de literatura española*, con sus *Cartones de Madrid* o con sus *Vísperas de España*. Su generosidad y su amor a lo español los ha puesto por encima de toda discordia política; Henríquez Ureña dejó al lado de su indispensable *Versificación irregular en la poesía castellana* un exquisito volumen de ensayos: *Plenitud de España*. Y ¿no es acaso a Menéndez Pelayo y a Federico de Onís a quienes se deben las primeras antologías de poesía hispanoamericana y de poesía en lengua española? En el terreno del espíritu no han cabido los simplismos de las leyendas negras

o de sus contrarias, las leyendas blancas. Con sobriedad y sin énfasis, la unidad espiritual y cultural de Hispanoamérica y España se ha considerado como el único presupuesto válido de sus culturas. Para cualquier escritor hispanoamericano del presente, hablar o escribir sobre las *relaciones* de España con Hispanoamérica significa tanto como hablar o escribir sobre el movimiento de un mismo cuerpo. Volvamos, sin embargo, a la independencia. Sus causas más remotas se encuentran en el pensamiento español: en las discusiones sobre la naturaleza del indio americano, en las polémicas sobre la causa de la guerra contra los indios, en las prédicas encendidas de fray Bartolomé de las Casas, en el utopismo de un Vasco de Quiroga; en fin, en el desarrollo mismo de la historia y del pensamiento españoles. Considerar la independencia como guerra mortal y llena de odio o tenerla por guerra civil equivale a considerar este movimiento de la independencia desde un punto de vista parcial. Aparte de que hoy no hay quien siga la historiografía del siglo XIX o quien piense siquiera con esquemas tan absolutamente pueriles como son los que subyacen bajo esta concepción.

Echemos una ojeada a la obra de Silvio Zavala, maestro de la historia hispanoamericana actual; pensemos brevísimamente en el más avanzado, audaz y original de los historiadores hispanoamericanos, Edmundo O'Gorman; mencionemos apenas a Lewis Hanke —para el lector que quiera completar el cuadro—y su libro *La lucha por la justicia en la América hispánica* (Buenos Aires, 1949).

La revisión de los problemas planteados por la conquista y por la civilización españolas en América, y *consecuentemente* la reinterpretación del fenómeno de la independencia, no han obedecido en la historiografía hispanoamericana a propósito apologético alguno. Fué, más bien, el resultado de la revisión de métodos y de sistemas de investigación del pensamiento historiográfico de las últimas generaciones de historiadores hispanoamericanos. Su primera etapa puede situarse en la lucha contra el positivismo, a comienzos del presente siglo. Carlos Pereyra, miembro del Ateneo de la Juventud, en donde, junto con Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, entre otros, se esforzaban por desterrar de Méjico un positivismo sin sentido, fué uno de los primeros renovadores. Para Pereyra, los simples hechos históricos, considerados aisladamente, carecen de sentido. El horizonte dentro del cual estos hechos empíricos cobran significación está constituído por las grandes líneas de la historia universal. Dentro de este horizonte, los detalles, los

hechos empíricos de color negativo, pierden su cruel perfil en beneficio de la positiva grandeza que constituye para la historia universal el pensamiento español, la configuración de un mundo histórico y social; en suma, la obra de España en América. Vistos desde esta perspectiva, lo que ha quedado de tanto acontecimiento, hazaña y gesta, no es otra cosa que la realidad de Hispanoamérica, el humanismo español y el ejemplo humano de los "Amadises de América". En Pereyra desaparece el doméstico fatalismo positivista. En su lugar, una teología de la historia sirve de fondo a una interpretación, cuyo primer presupuesto es la esencial libertad del hombre. Por eso es necio lamentar la herencia española y cargar a la cuenta de un individualismo y de una inercia hispánicos de dudosa realidad los males y penas del destino de los pueblos hispánicos.

Para los que hoy discuten los problemas del ser y de la historia de Hispanoamérica, la herencia española no significa lápida o piedra, sino, en cuanto es pasado, objeto de "absorción" (en sentido hegeliano), de asunción, de asimilación; en cuanto presente, objeto de cultivo, de ensanchamiento y mantenimiento, es decir, objeto de cultura.

Por otra parte, la renovación de los métodos de investigación y de la concepción de la historia, especialmente de la conquista y de la colonia, han abierto con mayor objetividad el camino para un estudio del fenómeno de la independencia. El mencionado profesor Zavala dice que el conocimiento del pasado colonial permite un conocimiento más seguro de los fenómenos sociales y políticos de la independencia. La historia colonial no puede ser reducida a historia militar: "La colonización—continúa Zavala—dejó huellas cuyo estudio es imprescindible para una comprensión honda de la historia americana" (en *Ensayos sobre la colonización española en América*, Buenos Aires, 1944). Estas "huellas" podemos resumirlas en los siguientes puntos: Primero, la discusión sobre los títulos que asisten a España en el dominio del Nuevo Mundo. La opinión del Ostiense, sostenida por Palacios Rubios, de que los títulos de España se apoyan en la soberanía universal y temporal de la Iglesia, quien los concede a España, sufre con las reflexiones del cardenal Cayetano y con la práctica de los conquistadores un primer quebrantamiento, que culmina luego en el fervoroso padre Las Casas. Vitoria reconoce los derechos del indio, y sólo busca títulos de carácter universal que justifiquen la conquista. Segundo, las disputas en torno a la naturaleza del indio: uno de los títu-

los justificativos consiste, según Vitoria, en el hecho de que, en el contacto de los españoles con los indios, los primeros representan la razón, en tanto que los segundos la barbarie. Según informes y crónicas de la época, algunas del propio Colón, no había visto la Humanidad hombres tan perversos como los indios. Fray Tomás Ortiz, por ejemplo, escribe, en 1525, que "nunca crió Dios gente más conocida en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o política" como los naturales de Tierra Firme. Con mayor pasión se pronuncia frente a los indios Ginés de Sepúlveda. Opiniones y pareceres distintos proceden de Hernán Cortés y del utopista Vasco de Quiroga. Fray Bartolomé de las Casas, oponiéndose a Sepúlveda y con el mismo fervor, afirma la capacidad racional del indio y su bondad. Las Leyes de Indias hacen suyo este principio, y la Bula del Papa Paulo III, según la cual los indios, como verdaderos hombres, no están ni deben estar privados de su libertad, ni del dominio de sus bienes, ni deben ser reducidos a servidumbre. La extensión de la fe debe llevarse a cabo mediante la persuasión y nunca contra la voluntad de los indios, afirman Vitoria, Las Casas y Soto, reconociendo con esta afirmación la capacidad racional del indio y afirmando a la vez su naturaleza como naturaleza humana. Tercero, la legislación de Indias sobre la organización social, la esclavitud, etc. De tener por válida la teoría de Ferdinand Toennies, podría decirse que la legislación de Indias creó el espíritu comunitario, no el social, respetando así el espíritu de las comunidades indígenas de la América española.

Fundamental es en todos estos hechos el principio o los principios que de ahí se desprenden. La dignificación del hombre, la afirmación de la racionalidad, la afirmación de la libertad, por un lado; por otro, la limitación del poder político y el concepto de la organización social autónoma (un ejemplo del cual son los ensayos de Vasco de Quiroga).

Estos resultados coinciden con la interpretación que desde otros puntos de vista ha hecho O'Gorman en su libro *Los fundamentos de la historia de América* (Méjico, 1942). Para O'Gorman, Las Casas representa la última etapa de la Edad Media y el anticipo de la modernidad. "Las Casas—dice O'Gorman—es un precartesiano, con lo cual queda dicho todo, ya que en sus defensas de los indios aparece una mentalidad típicamente moderna, y dibuja el ambiente espiritual dominante en la época colonial." ¿No son estos pensamientos precursores de la independencia?

A la vista de tales trabajos, el estudio de la independencia cobra

otro aspecto. Para los historiadores del siglo XIX, la independencia hispanoamericana fué un hecho preferentemente militar y secundariamente político. El impulso político lo dió el pensamiento de la Ilustración francesa. El hecho militar significó el primer acontecimiento épico de Hispanoamérica. El "despertar". Ellos tomaron el fenómeno de la independencia como un hecho aislado no sólo de la historia de España e Hispanoamérica, sino, en general, de la historia universal. Y porque ignoraron el largo proceso histórico y espiritual anterior no acertaron a comprender profundamente y con objetividad a Hispanoamérica. Los historiógrafos hispanoamericanos del siglo XIX convirtieron la historia en literatura épica, y los que no tenían genio literario descendieron al panfleto. Pero la independencia está muy lejos de ser lo que ellos pensaron. La independencia no fué otra cosa sino la realización de un pensamiento, del pensamiento español del Siglo de Oro y de los grandes humanistas. Con lo cual no se quiere decir que la influencia francesa haya sido nula. Fué, sin duda, el fermento que actualizó y contribuyó a la realización de una fruta ya madura. Hay que entender bien: con estas aseveraciones no se violentan o se interpretan violentamente los hechos de la independencia. Se profundiza su significación dentro de la historia del espíritu hispánico. Y aquí radica lo nuevo: que este hecho se contempla como un capítulo de la historia política y social, cultural y espiritual de los pueblos de lengua española, o, para decirlo con menos palabras, que el horizonte de su significación es una unidad: la inquebrantable e innegable del espíritu hispánico.

II

Al comienzo de estos apuntes hemos mencionado ya algunas relaciones de carácter históricocultural, principalmente históricoliterario. No vamos a detenernos a contemplar, ni siquiera de la manera más breve, la historia de la literatura colonial. Baste decir que, entonces, los escritores de uno y otro lado del mar vivían en una constante comunicación. Hay gongoristas notables, culteranos y participantes en las polémicas literarias de la Península. Madrid es el centro de la vida intelectual de las provincias coloniales hispanoamericanas de entonces. Esto es un hecho que no necesita de una nueva comprobación. Interesante es, más bien, dedicar unas breves líneas a las relaciones literarias hispanoamericanas y españolas en los primeros años de nuestro siglo; del presente nos ocuparemos en conjunto al final de estas líneas.

A principios del siglo quedaban aún, y con fuerza, escritores y ambientes antiespañoles; respiraban aún el aire de las guerras pasadas, se ocupaban celosamente de la organización de los nuevos países, cuidando de que en ellos no quedara el más leve rastro del espíritu español. El fervor y el entusiasmo por lo francés y por lo inglés, que en política habían dado las líneas directrices de algunos países, se extendía hasta la literatura y la cultura. Vigentes estaban aún Bentham, por ejemplo, Adam Smith; vigente aún la interpretación simplista de Rousseau; vigentes aún los romanticismos de varia especie, vueltos hacia la naturaleza hispanoamericana y nutridos de Chateaubriand y de Saint-Pierre; vigente, en fin, el desconocimiento de lo español. Sólo había un resquicio que había dejado la obra de Bello. Y en las esferas universitarias de algunos países "avanzados y progresistas", un solo dios: el positivismo. Entonces surgió Rubén Darío en Nicaragua. Durante su juventud estudió el mundo de los clásicos españoles. Y un día viajó a España. Puede decirse que este contacto de Rubén Darío con España fué el restablecimiento, por lo alto, de las más profundas relaciones hispanoamericanas y españolas; fué, más bien, el reconocimiento de una Unidad, de la gran Unidad del espíritu hispánico. Y entonces, tras el amodorramiento de España (que deja a Larra en el siglo XIX como gran figura) y de los países hispanoamericanos, cansados de las conmociones de una nueva organización política, surge el "modernismo". En España e Hispanoamérica. Hay modernistas españoles y modernistas hispanoamericanos (Juan Ramón Jiménez se declara hoy "modernista"), y todo comienza a girar en torno al "divino Rubén". Desde entonces, la vida literaria sigue su curso normal ascendente. Vienen luego los hermanos Machado y la generación del 98, con su secreto "dolor de América" y su "combativo y renovador dolor de España". Nunca se ha escrito tanto sobre Hispanoamérica en España como en aquella época. Hay en aquellas épocas un ir y venir de escritores hispánicos. En el suplemento literario de *La Nación*, de Buenos Aires, escriben casi dominicalmente los escritores españoles. Más tarde se ven en *El Sol*, de Madrid, las firmas de Alfonso Reyes y de P. Henríquez Ureña. Ortega y D'Ors viajan a la Argentina y preparan la definitiva "derrota" del positivismo en las Universidades. La *Revista de Occidente* difunde sus publicaciones y su espíritu por toda Hispanoamérica. En *Cruz y Raya* se pueden leer trabajos de Francisco Romero, el joven profesor argentino. César Vallejo y Pablo Neruda inician su peregrinación europea en España, donde dejan amigos,

versos y alma. En esa convivencia de generaciones, que todavía no se dejan deslindar, la del 98 comparte con la del centenario de Góngora una misma participación espiritual en Hispanoamérica; tanto, que puede decirse que los muchos escritores hispanoamericanos que entonces *vivieron* y crearon en España son de esa misma generación, porque los problemas que les mordían el corazón eran los mismos: los del espíritu hispánico. Que la expresión de estos dolores tenga un diverso aspecto sólo depende de un hecho evidente: de la manera como se ha sentido este dolor y del grado de intensidad que presenta este problema en los diversos países hispánicos.

Tras la guerra española de 1936 se enconaron los ánimos y se perdió, en parte, el contacto con la Península. Pero los hispanoamericanos no dejaron de tomar partido, aun en la misma Hispanoamérica. También allí había dos bandos que seguían a diario la marcha de los acontecimientos, que se encendían y gozaban con las victorias de los unos o que desfallecían y sufrían con las derrotas de otros. Hubo una emigración, conocida, de muchos, entre los que había de todo; a ellos nadie les regatea el haber encendido con más amor la afición de Hispanoamérica por España; ni hay hispanoamericano o español que deje de reconocer que, por el magisterio noble de los mejores de ellos, Hispanoamérica fortaleció su espíritu hispánico dentro del sentimiento de la modernidad. Hoy, pasados los inevitables rencores y resentimientos, españoles e hispanoamericanos de todas las corrientes espirituales vuelven sus ojos al espíritu hispánico, porque comprenden que éste ha sido y será siempre el mismo, y que ningún grupo es su guarda exclusivo, sino que, por encima de cualquier accidente temporal, pertenece a la historia, a su más íntima historia. Pero lo que puede decirse sobre este medio siglo es bien poco: falta la distancia. Los escritores jóvenes viven y se nutren de lo que crearon los hombres del modernismo y del 98, del centenario de Góngora y del Ateneo de la Juventud (Méjico), están con o frente a lo que publican y editan los españoles de la emigración, con o frente a lo que publican, editan o piensan los españoles de la Península. Es decir, la aparente escisión no es ya una escisión "española", sino "hispánica". Los dos pareceres son el movimiento respiratorio de un mismo cuerpo. Ninguno de los dos se sale del mundo de lo hispánico tradicional, de una rica tradición que cuenta con ilustrados e inquisidores, con heterodoxos y ortodoxos, que está llena de figuras únicas y personalísimas, de capitanes y reformadores del espíritu; continúan esta

tradición en uno o en otro sentido, la fortalecen y aspiran a que sea esta concepción del espíritu y esta representación del hombre la que logre un puesto principal en el mundo y en la historia universal. Los hombres hispánicos de hoy saben cuáles son las posibilidades que, en un mundo apresado por una lucha total por el poder total, le corresponden al espíritu y al hombre. Y luchan incansablemente porque el uno y el otro recobren su puesto. Esto es, en suma, lo que de las actuales relaciones entre Hispanoamérica y España se puede decir: que han desaparecido las diferencias y que, paulatinamente, ante los peligros que acechan al espíritu, todos se unen, bajo la bandera de un humanismo y de una fe profunda en la fuerza del espíritu. Los hombres hispánicos han sabido conservar la fuerza del quijotismo, y están ahora empeñados en salvar la cultura europea (la latinidad y la germanidad) de la deshumanización técnica e ingenua de los pragmatismos y de la desaparición inhumana del hombre bajo la uniformidad, impuesta por el poder total.

III

Importa mencionar, finalmente, la labor del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en esta empresa. Gracias a él, los hispanoamericanos tienen a España más cerca de lo que está cada uno de los países hispanoamericanos entre sí. Gracias a él, la reunión de hispanoamericanos de todos los países, en Madrid, ha hecho sentir la unidad del mundo hispánico, la han descubierto los que antes no veían más allá de las propias fronteras y han hecho de su engrandecimiento la labor de su vida. La próxima historia de las realizaciones del espíritu y de la cultura hispánica no podrá prescindir de una mención de él; más aún, tendrá que partir de él. Porque no sólo ha conseguido establecer un intercambio regular de intelectuales y hombres significativos de Hispanoamérica, sino que ha conseguido un acercamiento de todos aquellos que, bajo diverso signo, sirven la misma causa.

Ha puesto en movimiento, en suma, las venas de un mismo cuerpo, y ha abierto el camino al funcionamiento de sus vasos comunicantes.

Rafael Gutiérrez Girardot.
FRIBURGO (Alemania Occidental).



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Una de las glorias de las Naciones Unidas—de creer a sus turiferarios—consiste en haber evitado una guerra inminente y haber dado al mundo lo que podríamos llamar una paz laica e indivisible. Gracias al organismo de Nueva York, la Humanidad, consciente al fin de su autonomía y de su independencia, habría triunfado allí donde la cristiandad con sus llamadas a Dios se había esforzado y había exhortado inútilmente durante dos mil años.

Estas frases de los propagandistas oficiales u oficiosos nos dan nuevamente la medida no sólo de su veracidad, sino de esa extraordinaria limitación de los tiempos que caracterizan nuestra forma de pensar o más bien de no pensar. No hace todavía diez años que se lanzaba la bomba atómica sobre Hiroshima y se hacía holocausto de Nagasaki. El hecho de que, durante este período histórico tan corto, las grandes potencias no se hayan empeñado directamente en conflictos internacionales es considerado como prueba de una paz general.

Es cierto que, técnicamente, podemos hablar de paz. Pero, en realidad, esta llamada paz prueba una sola cosa: que la noción misma de guerra ha cambiado. En efecto, en una limitación novísima de la noción, sólo llamamos "guerra" a los conflictos de grandes potencias, que provocan un combate generalizado de toda la Humanidad.

Ahora bien: semejantes conflagraciones resultan más y más costosas en hombres y en dinero. La bomba atómica ocasiona, efectivamente, destrucciones tan gigantescas, que hasta hombres de conciencia tan elástica como los dirigentes soviéticos vacilan antes de embarcarse en la aventura. Además, los azares de la guerra se han hecho infinitamente mayores. Nadie puede estar seguro de la victoría, incluso participando en el conflicto con un potencial numérico y técnico superiores. En efecto, el desarrollo de las superarmas se realiza a un ritmo tan alucinante, que sería azaroso predecir cuál de los dos rivales dará con el arma decisiva. Porque el genio de la invención no es patrimonio de una sola nación.

Así, pues, si un conflicto mundial no parece tener por ahora probabilidades inmediatas, no es menos cierto que los dos grandes bloques antagonistas libran batalla en todos los frentes. La única diferencia consiste en que se combate generalmente con la intervención de otros. Es la guerra por poder. Esta nueva fórmula

ha ensangrentado la China, ha convertido en ruinas a Palestina, ha devastado Corea y saqueado a Indochina, sin hablar de las revoluciones más o menos grandes que se han producido en las cinco partes del mundo.

En general, la mayoría de estas maniobras fueron inspiradas desde Moscú. Sin embargo, sería erróneo cargar toda la responsabilidad sobre los rusos. No hay duda de que los planes de conquista mundial del Kremlin y de Peiping son la base de las tensiones actuales. No es menos cierto que en un mundo en desorden, en el que falta un factor de paz y de estabilidad, todos los conflictos locales, incluso aquellos que no guardan relación directa con el conflicto general, tienden a hacerse agudos. No hay nada peor que un mal ejemplo para invitar a la imitación. Y ésta no es la única instancia que inspira la vista de la sangre.

Por consiguiente, las matanzas de las que somos testigos en todo el mundo son en sí la prueba no sólo de la intención agresiva del grupo totalitario, sino, sobre todo, de la incapacidad de nuestra organización, llamada "de seguridad" para mantener la paz. Los levantamientos, las guerras por poder y las rebeliones son todos prueba concluyente de que la fórmula de Lake Success no ha tenido éxito. Y este fracaso no podrán hacerlo cambiar los himnos de sus propagandistas.

* * *

Es incontestable que el hecho que ha conmovido más hondamente a una conciencia mundial endurecida por los espectáculos de Dachau, de Katyn y de Kolyma, se refiere a los sucesos del Marruecos francés durante los meses de julio y agosto últimos. Terrorismo y contraterror han provocado un paroxismo que ha sobrepujado cuanto se comprende en la noción de crimen de guerra.

Marruecos es una de las posiciones estratégicas más importantes del mundo. Si esta afirmación es válida sobre todo con referencia al Marruecos español y para Tánger, el Marruecos francés mismo, en tanto que zona más grande y mucho más rica que las precedentes, es un *hinterland* indispensable. Una ojeada sobre el mapa señalará que Marruecos no sólo controla el paso del Mediterráneo al Atlántico, sino que constituye el punto de enlace de Europa con el continente africano. Si se quiere invadir Europa partiendo de Africa, o viceversa, será necesario pasar por este territorio. Por-

que el Estrecho de Gibraltar no es una frontera infranqueable; nunca lo fué en el curso de la Historia. Y hoy lo es todavía menos, ya que la barrera acuática ha perdido gran parte de su importancia a causa del desarrollo de las operaciones anfibias.

No es, por tanto, sorprendente que en la historia moderna las grandes potencias hayan mostrado un creciente interés por estas tierras de Africa. Desde el comienzo del presente siglo, los regímenes europeos llamados "de protectorado" fueron imponiéndose al Imperio Jerifiano.

La Zona francesa partió con buen pie. El mariscal Lyautey, auténtico forjador del Imperio, conocía los deseos del Estado y sus necesidades. Aun ostentando la fuerza, la utilizó según un espíritu caballeresco, y supo mantener celosamente la jerarquía tradicional. Sus relaciones con la población pasaban por la autoridad del Sultán, a quien el mariscal respetaba y honraba. Los contactos entre marroquíes y franceses eran, en consecuencia, indirectos y se desarrollaban en un clima favorable.

Por desgracia, los sucesores de este gran jefe no estuvieron a la altura de su talla. Eran en su mayoría pequeños funcionarios intransigentes y sectarios, formados en el espíritu de la Revolución Francesa. Sus tendencias consistían en eliminar las autoridades legítimas, administrar directamente, intervenir más allá de su competencia y, sobre todo, favorecer la expansión económica europea. Su resultado fué un agriamiento continuo de las relaciones y, ante todo, la influencia siempre creciente de los grandes colonos.

Contra esta evolución se levantó no solamente la gran mayoría del pueblo marroquí, sino también su Sultán Sidi Mohamed Ben Yussef. Es de notar que el Sultán no era ciertamente un antifrancés. Si se opuso a la administración de la regencia fué debido a que ésta usurpaba incesantemente los derechos garantizados por el tratado de protectorado. Y hay que señalar asimismo que los mejores elementos entre los franceses, sobre todo la Iglesia Católica, se encontraban próximos a sus puntos de vista y sometían a la administración a una implacable crítica.

Las negociaciones de buena voluntad realizadas cerca del Sultán hubieran podido llegar a un acuerdo general de *entente*, semejante a la que pacificó a Túnez. En este sentido evolucionó, en 1953, el Gobierno de París, inspirado sobre todo por Bidault y Schuman. Pero el retorno a una política sana era contrario a los intereses inmediatos de los colonos. Estos lograron la complicidad del

Residente, el general Guillaume. A renglón seguido de una agitación ficticia, organizada y financiada por el Pachá de Marraqués, El Glaoui—fiel aliado de los colonos y vilipendiado por su pueblo—, el general arrestó al soberano el 20 de agosto de 1953 y lo exiló bajo condiciones que es preferible silenciar. Pero sí es preciso señalar que lo hizo amparado en su poder gubernamental y sin informar de ello a las autoridades competentes.

Si los grandes colonos habían esperado restablecer su posición gracias a esta violación del tratado de protectorado, mostraron con ello que nada entendían de las leyes inmutables de la política. No hay duda de que consiguieron colocar en el trono al despreciable y débil Ben Arafa. Pero el usurpador no gozaba de autoridad alguna. Ni él ni El Glaoui tenían mandato ni sostén popular para negociar con los franceses en nombre de los marroquíes. La Residencia se encontró así en la deplorable situación de haber creado colaboradores que nada representaban y de no disponer, en consecuencia, de persona alguna con la que hacer causa común.

De este modo, el golpe armado del general Guillaume condujo a un completo atolladero, cuya salida lógica había que encontrar en el estallido de una guerra.

La sangre derramada en Oued Zem recae principalmente sobre quienes rompieron el fuego. Y el muy inteligente Residente, el general Gilbert Grandval, tenía razón al insistir, de acuerdo con el nacionalista marroquí francés más ponderado, Si Bekkai, en que un retorno a la normalidad y a las negociaciones fructíferas estaba condicionado por un retorno a la legitimidad de la autoridad. El nuevo Residente, general Boyer de la Tour, el hombre que resolvió el problema llamado "insoluble" de Túnez en virtud de un acuerdo tan generoso como inteligente, prosigue ahora, con su habilidad acostumbrada, la misma política, a pesar de las dificultades que le suscitan los parlamentarios de París. De su éxito depende el futuro de Marruecos.

Porque el Gobierno francés ha de enfrentarse a un dilema que no le es posible evitar. Puede realizar una política de fuerza y de represión. En este caso, y al precio de innumerables sacrificios, obtendrá una calma pasajera. No se puede combatir con palos y fusiles contra los carros y los aviones a reacción. Pero lo cierto es que una situación así obtenida no puede durar mucho.

Otro paso positivo podría consistir en establecer negociaciones fructuosas en el campo del plan de regencia de Si Bekkai. Este plan presenta todas las características constructivas que pueden

conducir a un acuerdo francomarroquí, que algún día restablecerá en la Zona francesa las relaciones tan amicales y pacíficas que caracterizan a la Zona española.

Con todo, se trata de no perder un solo instante. Porque la misma ferocidad de los últimos combates amenaza con provocar lo irremediable y con abandonar, de una parte y de otra, el control a los extremistas. En este caso, no tardarán mucho en aparecer los representantes de Moscú, los cuales se preparan para la cosecha en un campo labrado a bombazos.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

UN LIBRO SOBRE EL SONETO (*)

Alemania, que se sabe la patria de Goethe y Rilke, lucha por tener de nuevo una nueva poesía. Digo lucha porque el camino de la lírica alemana es hoy más problemático que nunca. A pesar de figuras jóvenes tan interesantes como Celan, Höllerer, Piontek, todavía, anacrónica pero comprensiblemente, el poeta de la Alemania Occidental es Rilke. Digo anacrónicamente porque se le lee no como a un clásico, sino como al poeta del momento, al poeta de moda. Sin embargo, en oposición a la literatura "creadora", la ciencia literaria tiene un cultivo extraordinario: historias de la literatura, ensayos de crítica literaria, monografías, erudición. El último libro que la Editorial F. H. Kerle, de Heidelberg, acaba de publicar es una extensa monografía sobre *El soneto; su esencia y su historia,* debido al romanista profesor Walter Mönch. El libro tiene como objetivo acercarse una vez más a ese *geheimen Zauber,* del que A. W. Schlegel habló en su soneto sobre el soneto. Para ello, el profesor Mönch divide su estudio en dos partes: la primera trata de la forma como la esencia del soneto, estudiando sus posibilidades expresivas, sus límites formales. La supervivencia de esta "mínima y vital forma" a través de los siglos se debe, sin duda, a que su *eidos* está por encima y ha llegado a hacerse independiente de cualquier contenido que comporte; "la idea del soneto, su pura forma, pertenece al *mundus intelligibilis*"; esta forma permanece en esencia siempre la misma, aparte del poeta y de la

(*) Von Walter Mönch: *Das Sonett. Gestalt und Geschichte.* F. H. Kerle Verlag. Heidelberg, 1955; 341 págs.

época que la cree. "El soneto es, en definitiva, la idea de una forma, independiente de sonido, color, contenido."

La segunda parte, la más extensa de la obra, comprende una completísima historia del soneto, desde su origen hasta la literatura contemporánea. Por lo que respecta a la literatura española, muestra el profesor Mönch un gran conocimiento: su estudio sobre Lope y el Siglo de Oro sirvan como ejemplo, así como las páginas sobre la moderna poesía española, especialmente los Machado y Juan Ramón Jiménez.

Sería quizá pedir demasiado que en un libro donde el autor ha tenido que hacerse cargo exhaustivamente de toda la literatura europea no hubiese algún olvido. Concretamente, el de Miguel Hernández en una obra donde la minuciosidad llega al extremo de citar los libros más recientes de J. L. Cano, Alfonso Moreno, Juana G. Noreña, Díaz-Plaja, etc.

Como complemento a esta obra habría que citar las notables traducciones de K. Th. Busch en su libro *Sonette der Völker*. Drei Brücken Verlag. Heidelberg, 1954.

E. LL.

UNA ENCUESTA SOBRE LIRICA MODERNA ALEMANA

Bertolt Brecht es, sin duda, la figura más interesante del teatro alemán contemporáneo. Nacido en Aubsburgo en 1898, sigue siendo todavía el conductor del nuevo movimiento teatral. Su personalidad como poeta lírico es también decisiva, porque marca una nueva etapa de oposición ante ese "rilkismo" amanerado y fantasmagórico en el que a veces ha caído la poesía alemana. Quizá a su influjo se deba que la joven poesía no pretenda, como Rilke o George, construir teorías grandiosas sobre la vida o el ser en formas más o menos proféticas, sino que, sencillamente, tome un "modesto pedazo de la realidad" e intente entregárnoslo en palabras, desde un punto de partida en el que no está nadie más que el hombre. Pero la posguerra ha traído una vuelta hacia Rilke, que hoy día sólo puede justificarse por contraste o por una anacrónica nostalgia. Todo esto nos lo muestra la encuesta que la Editorial Langewiesch-Brand, de Munich, ha llevado a cabo con motivo de la publicación de una *Antología poética de la lírica ale-*

mana de este siglo. La primera edición de este libro, que ahora está ya en su tercera edición, apareció a finales de 1953. La Editorial dirigió 2.000 cuestionarios a otras tantas personas, de los cuales 250 fueron contestados. De entre los participantes de la encuesta, el 30 por 100 eran estudiantes; el 25 por 100 estaba repartido entre profesores, escritores y figuras del mundo intelectual; el 28 por 100 entre maestros, médicos, artistas, etc.; el resto quedaba entre distintas profesiones manuales, oficinistas, etc. Es curioso, si bien no demasiado extraño, que entre las respuestas enviadas no estén representados los ingenieros, comerciantes, empleados de Banco. Las preguntas formuladas eran: 1.ª ¿Cuáles son los tres autores de la *Antología* que más le interesan? 2.ª ¿Cuáles son las tres poesías que más le gustan?

A la pregunta primera, los resultados fueron los siguientes, según el número de votos: Rilke, 68; Trakl, 56; Weinheber, 42; Hesse, 40; Benn, 38; Brecht, 32; Carossa, 31; Holthusen, 28; Heym, 22; Kästner, 22; Hofmannsthal, 20; Seidel, 19; Bergengruen, 16; George, Hagelstange, Lehmann, Lasker-Schuler, Von der Vring, 14; Krolow, Eich, Ringelnatz, 12; Loerke, Piontek, Britting, 10.

El favorito es, pues, Rilke, seguido por Trakl, por dos "tradicionalistas" como Weinheber y Hesse y por dos "modernos" como Benn y Brecht. La segunda pregunta ofreció los siguientes resultados:

1) Carossa *(La vieja fuente)*, 42 votos.
2) Hesse *(En la niebla)*, 38.
3) Rilke *(Día de otoño)*, 20.
4) Rilke *(El carrusel)*, 16.
5) Trakl *(Tarde de invierno)*, 16.
6) Holthusen *(Tabla rasa)*, 14.
7) Weinheber *(Nocturno)*, 12.
8) Ina Seidel *(Consuelo)*, 12.
9) Celan *(Las manos llenas de horas)*, 12.
10) Hofmannsthal *(Ambos)*, 10.
11) Hagelstange *(Canción de los años)*, 10.
12) Brecht *(Leyenda de Taoteking)*, 10.

El mismo hecho de que en la primera pregunta saliese ganador Rilke se refleja en esta segunda al observar que los poemas que mayor número de votos han conseguido encierran versos como: *Extingue tu luz y duerme*; *Extraño es andar entre la nieve*; *Cada uno está solo*; *Quien ahora está solo, lo estará mucho tiempo*, etcé-

tera. Y en casi todos se oculta un sentimiento de desesperanza típico de la posguerra, que apenas se comprende al contemplar la realidad alemana, y que necesariamente hay que relegar a una nostalgia puramente literaria.

A continuación damos la traducción de algunos de los poemas seleccionados. Por ellos vemos cuál es el gusto poético del público alemán. Aunque la mayoría de los votos se conceden a poesías del estilo de Carossa, los estudiantes prefieren ese extraño, casi trivial poema de Brecht.

LA VIEJA FUENTE

(HANS CAROSSA)

¡Apaga tu luz y duerme! Unicamente suena
el siempre vigilante murmullo de la fuente.
Aquel que huésped fué bajo mi techo
se ha acostumbrado siempre a su sonido.

Puede ocurrir a veces que en medio de tu sueño
ronde la inquietud por la casa; la arena
de la fuente cruja bajo un pie duro
y que el claro murmullo se interrumpa de pronto.

Tú te despiertas; pero no hay que asustarse.
Sobre el campo están presentes las estrellas.
Sólo fué un caminante que llegó hasta la pila de mármol
y bebe de la fuente en el hueco de sus manos.

En seguida se marcha y el rumor volverá como siempre.
Alégrate, pues, que nunca estás solo.
Hay muchos caminantes que lejos marchan bajo las estrellas,
y todavía alguno va en camino hacia ti.

DIA DE OTOÑO

(RAINER MARIA RILKE)

Señor, ya es hora. Fué muy largo el verano.
Deja tu sombra sobre los relojes de sol
y suelta los vientos sobre los campos.

Ordena a los postreros frutos que sean plenos;
dales todavía dos días meridionales,
empújalos hacia la plenitud y precipita
las últimas dulzuras en el pesado vino.

El que no tiene casa no volverá a edificar.
El que ahora está solo, lo estará largo tiempo,
velará, leerá, escribirá largas cartas
y paseará intranquilo, sin rumbo, por las alamedas,
cuando las hojas vuelan.

CANCION DE LOS AÑOS

(RUDOLF HAGELSTANGE)

¿Quién soy yo y cómo puedo detener los años,
que se encienden, arden y se extinguen como las amapolas?
¿Adónde su fragancia? ¿Quién conserva su acento?
Qué levantado vuelo de la cometa en el viento primero
de los primeros años.
¿Quizá cae ya?

¿Se habrá perdido todo, habrá sido jamás?
¿Un sueño bajo las estrellas, una espuma en la playa,
caminar de torrentes, ciudades en los aires?
Yo podría de nuevo recorrer viejas calles...,
y serían tan extrañas.

¿Quién soy yo, si todo va al olvido?
¿Quién, ante lo que el futuro aún guarda?
¿Quién, combatido del viento, embriagado de un vino,
en medio de este enjambre, de este viaje
de alma en vuelo, de destellos de espíritu?
¡Respóndeme presente!

Yo soy, yo respiro; al tiempo boca y flauta.
Yo canto una canción que soy yo mismo;
como soy este aliento que hace sonar las notas,
soy intérprete y obra; el cuerpo de esta flauta
y la canción que alienta.

Qué pregunto yo al canto de los años ausentes...
Soy, respiro. ¿No escucho ya el sonido?
Clara nube se cierne, la amapola se quema.
La flauta espera. Haz cantar a tus años.
Los estoy ya escuchando.

LEYENDA DEL NACIMIENTO DEL LIBRO "TAOTEKING", CUANDO LAOTSE MARCHABA AL DESTIERRO

(BERTOLT BRECHT)

Cuando tenía setenta años y estaba decrépito,
se sentía el maestro empujado al descanso,
pues él bien era otra vez débil en aquel país
y el mal había tomado nuevas fuerzas.
Entonces se ciñó sus sandalias.

Hizo además un lío con lo que necesitaba:
Poco. Sin embargo, aún tenía alguna cosa.
Por ejemplo, la pipa que él siempre fumaba
y el librillo que siempre leía.
Y pan tomado a ojo.

Se alegraba otra vez del valle, y lo olvidó
cuando tomó el camino de la montaña.
Y su buey se alegraba rumiando la fresca hierba
mientras llevaba encima al anciano.
Para él ya iba bastante de prisa.

Al cuarto día, junto a unas rocas,
le salió al paso un aduanero:
"¿Algo que declarar?" "Nada."
Y el mozo que guiaba los bueyes dijo: "Ha sido maestro."
Y así quedaba todo explicado.

Sin embargo, el buen hombre preguntó alegremente todavía:
"Y ¿qué ha sacado de ello?"
El muchacho dijo: "Que el agua endeble puede, en movimiento,
vencer con el tiempo la piedra más pesada.
¿Tú comprendes? Que lo más fuerte, sucumbe."

Para aprovechar la última luz del día
aguijoneó el mozo los bueyes.

Y los tres desaparecieron tras de un negro pino.
Pero entonces se sintió nuestro hombre intranquilo,
y gritó: "¡Eh, tú! ¡Espera un momento!
¿Qué es eso del agua, viejo?"
El anciano se detuvo: "¿Te interesa?"
El hombre contestó: "Yo soy únicamente un aduanero;
sin embargo, quien vence a alguien siempre me interesa.
¡Si lo sabes, dímelo!
¡Escríbemelo! ¡Díctaselo al muchacho!
Una cosa así no la debe llevar uno solo consigo.
Ahí tenemos papel y tinta
e incluso cena: yo vivo ahí al lado.
¿Es eso una palabra?"

Por encima del hombro miró el anciano
al hombre: chaqueta remendada, descalzo,
y en la frente una arruga.
No; no era ningún vencedor el que se confiaba.
Y susurró: "¿También tú?"

El estaba ya muy viejo para rechazar
un amable ofrecimiento.
Por eso dijo en voz alta: "Los que preguntan
merecen respuesta." El mozo habló: "Está haciendo frío."
"Bien, quedémonos un poco."

El sabio bajó de su buey.
Y escribieron durante siete días,
y el aduanero traía comida. (Y durante este tiempo
sus juramentos contra los contrabandistas eran más débiles.)
Al fin, todo estuvo acabado.

Y el mozo, una mañana, puso en las manos del aduanero
ochenta y una sentencias.
Dándole las gracias por una pequeña ayuda de viaje
torcieron junto al pino, al lado de las rocas.
Dime: ¿se puede ser más amable?

Pero no demos sólo fama al sabio,
cuyo nombre resplandece sobre el libro.
Se debe arrancar su sabiduría al sabio.
Demos gracias también al aduanero
porque él se la ha exigido.

EMILIO LLEDÓ

Ninguna exposición más ilustrativa de la realidad artística de un país que la Exposición de Arte Italiano Contemporáneo, que la Bienal Hispanoamericana de Arte, con la colaboración de la Dirección General de Bellas Artes, presentó en Madrid, en el Palacio de Exposiciones del Retiro, del 15 de mayo al 19 de junio pasados (1). Ninguna exposición más ilustrativa porque ninguna pudo mejorar la completísima panorámica ofrecida por ésta. Todos los artistas y casi todas las tendencias estaban representados—a veces, magníficamente representados—en ella, desde el alborear del segundo decenio de este siglo, en abierta y declarada rebeldía contra el marasmo y la pobreza del siglo anterior, hasta el ayer más inmediato para una exposición en realidad retrospectiva: un número considerable de obras estaban fechadas en 1954.

Pero no sólo la atinada selección de las obras, sino también la acertadísima distribución a través de las doce salas, que, aunque cerradas sobre sí mismas, no eran compartimientos estancos, independientes y reñidos, sino una especie de bien trabadas piezas de camafeo, o vasos comunicantes nutridos por la misma incansable savia. Así, la exposición significaba, tanto para el gustador apasionado como para el estudioso, la inmediatez de un capítulo de la historia del arte, que uno se encontraba de pronto al alcance de la más directa admiración o repulsa; en definitiva, análisis. Y por la selección y por el acertadísimo montaje, y por todos los esfuerzos que hicieron posible la exposición, es necesario felicitar a la doctora Palma Bucarelli, soprintendente alla Galleria Nazionale d'Arte Moderna de Roma.

La exposición se abría con una retrospectiva del futurismo: una veintena de obras de Balla, Boccioni, Carrà, Rosai, Rússolo, Severini y Sóffici. Algunos de estos veinte cuadros eran verdaderamente representativos de los supuestos y de las metas del movimiento iniciado por Marinetti en la literatura; pero, como es fácil de comprender, no estaba aquí, ni mucho menos, *todo* el futurismo. Sí lo bastante para comprender el interés y al mismo tiempo la limitación que tiene esta tendencia, en la que militaron

(1) La exposición constaba de 195 cuadros de 58 pintores y 29 piezas de 17 escultores. La pintura había sido expuesta previamente en Barcelona por la Bienal Hispanoamericana de Arte, que representa allí don Juan Ramón Masoliver. A Masoliver se debe en gran parte la realización de esta empresa, en la cual volcó toda su pericia y entusiasmo. Posteriormente, y durante la primera quincena de julio, volvió a exponerse la pintura en San Sebastián.

excelentes pintores. Calidad como la de los óleos de Severini o los *papiers collés* de Sóffici es rara en la historia de la pintura. Giácomo Balla es un verdadero precursor, y llega, en su afán de sintetismo, muy pronto al arte abstracto, al igual que su discípulo Umberto Boccioni. Boccioni preconiza la universalización del "instante impresionista", a base de una síntesis total (tiempo, forma, lugar, color) y de expresar al mismo tiempo—al contrario que el cubismo—sensaciones y estados de alma, y—frente a los metafísicos—inventa la línea-fuerza, "la energía, con la que todo objeto reacciona en la luz y en la sombra y que engendra la forma-fuerza y los colores-fuerza". Como escultor—y sus esculturas pertenecen al mismo mundo que sus pinturas—crea las famosas *polimaterici* (esculturas de diversas materias: hierro, madera, cristal, etc.). En la exposición pudimos admirar dos de sus bronces, de 1913; uno de ellos, el titulado *Desarrollo de una botella en el espacio,* parecía más bien una maqueta de monumento, y, por cierto, una extraordinaria maqueta. Muere Boccioni prematuramente, en 1916, a consecuencia de una caída de caballo, dejando, por ello, truncada una obra que ofrecía prometedoras perspectivas.

También discípulo de Balla, pero especialmente vinculado al colorido de Seurat, Gino Severini puede tomarse como el más representativo militante del futurismo, hasta tal punto que una de sus obras maestras es considerada a la vez obra maestra del futurismo. Y así como Severini mantuvo siempre bastante apego por el cubismo, en Rússolo está ya el superrrealismo. Es preciso decir, sin embargo, que, como pintor, Rússolo queda muy por debajo de sus compañeros de escuela.

Ante la obra de estos pintores, todavía se comprende, y aun alecciona, el gran fracaso que, como se decía más arriba, es esencialmente el futurismo. No se comprende cuando esa media docena de nombres, ya en 1930, se convierte en cinco centenares (de los cuales tenemos que entresacar desde ahora a Enrico Prampolini, que figuraba en esta exposición con tres cuadros abstractos no demasiado estimables). Y no se comprende, porque, en 1930, la historia del cine había salido ya decididamente de la rudimentariedad *(El sombrero de paja de Italia,* de René Clair, es de 1927; y de 1930, *Bajo los techos de París),* y era posible entonces, al menos a los descubridores y supervaloradores de la "simultaneidad" plástica, percatarse de la superioridad de la composición cinematográfica: una superficie en movimiento que admite y exige la misma organización que un cuadro. Pretender ahora emular el cine desde

la pintura, con un futurismo trasnochado, sería tan disparatado como emular un Alfa-Romeo con la silla de postas. A los pintores futuristas hay que agradecer, sin embargo, no ya haber descubierto las infinitas posibilidades del cine como auténtico arte, sino más bien haberlas augurado. Hacia 1910, el cine estaba todavía en mantillas.

Lo primero que se echa de menos en la sala de la pintura metafísica es a Carrà; pero ya se sabe qué difícil resulta allegar los pocos cuadros metafísicos de este excesivamente afamado pintor. Pero contando con algunos de los cuadros más importantes de Chírico y de Morandi, no hay por qué preocuparse demasiado de aquella ausencia.

Se ha dicho con razón (y don Eugenio d'Ors lo ha recogido) que Giorgio de Chírico es el más europeo de los pintores europeos, "especie de profeta del renacimiento de Occidente y de la vuelta a Roma". "En Giorgio de Chírico—asegura D'Ors—, la inteligencia, triunfante ya, inventa una especie de burla, practica una serie de sarcasmos con el sentimiento. Para escribir el *Inri* de lo romántico, este arte se vuelve voluntariamente pedantesco, tomando del clasicismo no ya la ley eterna y natural, sino el circunstancial y más caduco guardarropía. Ya, en la venganza intelectualista, no se puede llegar más allá. La sensibilidad romántica había encontrado, en los ejercicios cubistas, su penitencia. En Giorgio de Chírico encuentra su crucifixión."

En efecto, el Chírico metafísico está lleno de claridad mediterránea, de una claridad en la cual está casi siempre latente el mar. Un mar en medio de tierras: he ahí Grecia, Roma y, en definitiva, Europa. Giorgio Morandi le va a la zaga desde su isla de soledad e independencia, "santificando", según el propio Chírico, la pintura metafísica. Grabador también, la inteligencia y gracia con que recrea los objetos, los humildes objetos que traslada a sus cuadros, son más de grabador que de pintor, alcanzando un raro equilibrio entre color y forma y una peculiar delicadeza. Los dos Giorgios evolucionan posteriormente de manera extraña, abandonando las posiciones conquistadas inicialmente, con una notable pérdida de altura en el cambio, pero no sin que Morandi ejerza una gran influencia sobre la escuela romana (Scipione, Mafai, Cagli, Capogrossi), la única expresión artística italiana estimable bajo la égida del fascismo que no logra entusiasmarnos (la pintura de Capogrossi es interesante como experimento, pero nada más).

Astro solitario de primera magnitud es el singularísimo Amadeo

Modigliani. No es posible, ni muchísimo menos, decir que la representación de Modigliani era feliz en esta exposición. Aparte *La señora del Baveretto o de la valona*—que desde el cartel prestaba todo su extraño encanto a la exposición entera, a manera de aval artístico—, el *Retrato de la mujer sentada (Margherita)* y alguno de los desnudos, no se nos ofrecían Modiglianis terminados, completamente resueltos, de gran aliento. Es claro que las dificultades de acopio son grandes, y los coleccionistas se apegan como lapas a las creaciones adquiridas hace cuarenta años por unos cuantos francos (o, lo que es peor, ¡ay!, por unos cuantos *sous*, por los pocos *sous* de una copa injerida apresuradamente de un solo trago). Los negocios son los negocios, y el albur de acoger en una iglesia toledana *El entierro del Conde de Orgaz*, sin saber qué estimación le otorgarían las generaciones venideras, hace lícito cobrar durante años tres pesetas a cada una de las personas que quieren admirarlo. Y tapándolo durante la misa, no vaya a ser que alguien vuelva la cabeza fraudulentamente. Es lo que traen los años.

Modigliani es, sobre todas las cosas, un dibujante, un manierista, cabría decir. Sus colores son casi siempre superfluos, o, al menos, no añaden nada esencial al trazado; sus figuras están siempre desmaterializadas, reducidas a la pureza esencial, al espíritu, que se esfuma a cada intento de captación.

Pero no están agotados todavía los grandes nombres, mucho menos los nombres de nombradía universal: los de Mássimo Campigli, Carlo Carrà, Felice Casorati, Filippo de Pisis, Alberto Magnelli, Mario Sironi. Se podría hablar largamente del esquematismo, de vena etrusca y romana, de un gran sentido muralista, que caracteriza a Campigli; de esos rostros suyos, "exactos como fichas antropométricas, impersonales, como las máscaras de los muertos"; de la magia conciliadora de Carrà; de la penetración desvitalizadora de Casorati; del impresionismo imposible, trasnochado y adulterado de Filippo de Pisis; de la honradez, la depurada búsqueda de lo abstracto, la voluntad de creación de Magnelli, infortunadamente con una sola obra en la exposición; en fin, de los vaivenes y contradicciones de Sironi, en el fondo sólo muralista, y con grandiosidad de concepción las más veces.

No es posible detenerse demasiado, sin riesgo de que el comentario se alargue indefinidamente. Una referencia a la fracción más polémica de la exposición, la tendencia abstracta (rigurosamente o no), exige cierto desahogo y no reducido espacio para no dar lugar a la confusión. Hay que empezar por recordar que, si bien Italia

no está casi en los orígenes del arte abstracto, posteriormente aporta a esta manifestación contemporánea de la sensibilidad artística una gran riqueza, dentro de su gran tradición (que desde Giotto, Piero de la Francesca, Mantegna y Botticelli está apelando a la más pura y natural abstracción) y dentro también de sus peculiares maneras. La pintura italiana, en el peor de los casos, desborda siempre buen gusto y calidad; el pintor, generalmente sabe pintar, conoce a fondo su oficio y tiene una innata tendencia a preservarse de todos los peligros. Este excelente término medio, esta maravillosa viveza y agilidad para sortear los escollos del arte estaban bien patentes en toda la exposición.

Pero había más. Había, por ejemplo, la sala IX, extraordinaria como conjunto, magníficamente orquestada. Y en ella sobresaliendo, por la riqueza del colorido, por la sabiduría de combinación de formas y colores, por la finura irreprochable de cada una de las creaciones, Giuseppe Santomaso. La obra de Santomaso pudimos completarla con los documentales que luego se proyectaron en el Instituto de Cultura Hispánica, ratificando plenamente el crédito concedido al admirable pintor veneciano, que mereció los honores de encabezar el catálogo con un fotolito en color de una de las obras presentadas en la exposición. A su lado, sin desmerecer, y con una fuerte y distinta personalidad, Afro. Y en la misma sala, Antonio Córpora (muy Delaunay), Mattia Moreni, Emilio Védova y el singular Renato Birolli. Realmente, era bien fácil preferir esta sala a cualquier otra, excepción hecha de los intocables. Para completar el marco de las preferencias, sólo es necesario añadir los nombres de Bruno Cassinari, Gino Meloni (y era curioso confrontar su versión de *La salud* con la de De Pisis; curioso e ilustrativo), Enrico Paulucci, Pietro Sadun, Toti Scialoja, Giuseppe Ajmone y Enzo Brunori (un buen pintor, aunque muy estrictamente dentro de la órbita de Delaunay también). No faltaban tampoco los pintores malos con ganas y carentes en absoluto de autenticidad: así Virgilio Guidi, Carlo Levi y Giovanni Stradone, para citar sin mayor atención.

Muy otra cosa, el panorama escultórico. O la escultura italiana no ofrece un frente tan compacto como la pintura (a pesar de su fama y reconocimiento mundial), o la selección no respondía a la realidad. No hay término medio. Falto de unidad, falto de riqueza y hasta del buen gusto que prevalecía en la pintura, el panorama escultórico ofrecía en esta exposición unas cuantas cumbres (Marino Marini, Arturo Marini y Giácomo Manzù, entre las más

altas), confundidas en medio de una pléyade de escultores más bien mediocres y sin verdadera raigambre. Como ejemplo de lo que no debe ser la escultura podrían valer las obras de Mirko, el hermano de Afro, y pintor como éste (sobre todo pintor, y menos malo como pintor, pese a la opinión contraria del catálogo). Absurdo y desastrosamente fracasado el intento de Leoncillo de conjugar el volumen con el color en sus cerámicas. Muy escultórico, en cambio, *El toro*, de Mascherini, y muy encajada, italianísima, la *Cariátide*, de Alberto Viani, que no sería difícil de emparentar con Modigliani.

CARLOS-PEREGRÍN OTERO

LITERATURA DEL SIGLO XX Y CRISTIANISMO

Causa verdadera alegría encontrarse con un libro como este de Charles Moeller (1). Porque no en balde debemos reconocer lo necesitados que andamos, los cristianos, de un profundo conocimiento de autores que en el mundo literario e intelectual de nuestro tiempo desempeñan un papel e influencia verdaderamente decisivos. ¿Quién se atrevería, en efecto, a negar la intensa penetración que en mentalidades de todo orden han ejercido, y siguen ejerciendo, autores como Camus, Gide, Huxley, Simone Weil, Graham Greene, Julien Green y Bernanos? Con esta enumeración cito cuantos nombres son objeto de consideración en este volumen primero de una obra que promete ser—y vale hablar así ya sin temores, juzgando por lo conseguido en el ensayo que comentamos—el intento quizá más serio y riguroso de comprensión y estudio respecto de las corrientes literarias con toda su carga ideológica, algunas de ellas que llenan por entero lo que va de nuestro siglo.

Ante hechos de significación artística no cristiana, o que refieren al sentido de Dios por la ausencia del mismo, caben diversas actitudes por parte del cristianismo. La postura del que condena, sin más; o la del superficial, para quien todo se convierte en motivo de escándalo; o la del crítico armado de amor, conocimiento y exigencia, que llega hasta el fondo verdadero de los problemas y no se olvida nunca del sentido auténtico de la cristiana caridad para saber distinguir netamente entre la obra y el autor, conde-

(1) Charles Moeller: *Literatura del siglo XX y cristianismo*. Vol. I: "El silencio de Dios". Edit. Gredos. Madrid, 1955.

nando de aquélla lo que condenar se debe, pero dejando a salvo siempre el juicio de Dios y su infinita misericordia, por lo que al destino de la persona respecta. Esta es la postura que, en todo momento, adopta Moeller, lo mismo cuando se enfrenta con el pesimismo descorazonador—y ateo—de Camus; o cuando enjuicia el ácido proceder, irónico y resentido, trágicamente desgraciado, de Gide; o cuando advierte el vacío dramático que hay tras el estoicismo en que se refugian Huxley o Simone Weil, esta última incluso con el ejemplo de su vida. Y esa postura de autoexigencia, de comprensión y de acercamiento, de ir hasta la entraña misma del hombre para, con un acento cristiano, dejar perfectamente deslindados planteamiento y alcance, lo encontramos, también, nítido y real, en las raíces que Moeller va mostrando del resto de los autores. Julien Green, el hombre de las fluctuaciones, se nos aparece con su mensaje: creer en lo invisible a pesar de todo; Graham Greene, el de los agudos conflictos teológicos y de la confianza última en la gracia de Dios, se nos muestra con el suyo: esperar, como Abraham, contra toda esperanza; Georges Bernanos, exultante de fe y de júbilo, se nos da con su anuncio verdadero de que lo importante es amar, dar la propia alegría, libremente, para que los otros la tengan.

Es así como podemos entender, desde una perspectiva cristiana, la significación plena de estos genios de la palabra, cuyo valor encierra, además, una doble trascendencia: la de haber vivido con el sentido del arte en sus creaciones y la de, directa o indirectamente, por fidelidad o por negación, haberse planteado el problema de Dios y llevarlo, con sus obras, a los demás. Ello acrece enormemente el interés de un libro como el del padre Moeller, ya que las cuestiones serias sólo seriamente deben acometerse. Hay problemas que no dejan hueco para la cabriola o el divertimiento. Y el de tomar entre manos la tarea de esclarecer y orientar acerca de la obra de quienes, literalmente, marcan el influjo más potente en lo que va de nuestro siglo, es un problema serio. Cuando, como en este caso, se reúnen una solidísima formación teológica, un sentido crítico literario verdaderamente excepcional, un conocimiento de las tendencias, obras y corrientes literarias realmente envidiable y detallado, y un amor vocacional por todo cuanto es objeto de consideración y estudio, entonces nada tiene de extraño que el resultado sea un ensayo que, el día que se complete con el resto de volúmenes hoy en proyecto, constituirá un auténtico monumento de la crítica literaria y del ensayo religioso contemporáneo.

La objetividad con que están entrevistas y enjuiciadas las creaciones literarias sometidas a criba y estudio es un ejemplo efectivo de recto proceder. Hay cordial aproximación al autor de *La peste,* al que se dejan abiertas las puertas del diálogo y la conversión. Existe cristiana comprensión para las debilidades todas del autor de *Los alimentos terrestres,* y esperanza en sus últimos instantes. Es claro advertir el desenvolvimiento de los falsos misticismos del creador de *Contrapunto* o de la autora de *La condición obrera,* sin olvidar, por ello, el sentido amargo de la vida del primero o la estimación heroica que merece la existencia de la última. Y las figuras de los tres que, por su temática y convicciones, están dentro del cristianismo—Graham Greene, Julien Green y Bernanos—no quedan exaltados hasta el extremo de que en ellos pueda observarse un exceso en detrimento de los restantes. Antes bien, la serenidad con que se inicia la primera página del ensayo es característica que persiste hasta el final y cierra la conclusión. Es, en verdad, éste, un ejemplo de cómo desearíamos ver tratados temas difíciles desde un prisma católico. Porque, con ello y en ello, salen ganando mucho el enjuiciado, mucho los lectores—a quienes se otorga una orientación de garantía absoluta—y muchísimo la Iglesia, a la que se presta un servicio lleno de honradez y de fervor, de caridad y de comprensiva postura.

La traducción de García Yebra denota, además del perfecto dominio de la técnica, un conocimiento de la materia nada común y una penetración absoluta en el estilo que esta clase de obras requieren.

Huelga de todo punto afirmar que esperamos de la Editorial Gredos los tomos siguientes de este ensayo, del cual se nos promete el II para el próximo octubre. Aguardamos su aparición con impaciencia.

MANUEL ALONSO GARCÍA

EL SECRETARIO DE ESTADO DE LA "DOCTRINA DE MONROE": EL PRESIDENTE JOHN QUINCY ADAMS

Simpatía nos merece la atención que se dedica en la nación estadounidense al estudio y al comentario de la vida y el pensamiento de sus hombres más representativos. Tal ambiente se pres-

ta a múltiples reflexiones. Reciente está la aparición de *Benjamín Franklin*, de Bernard Cohen (320 páginas); de *Roger Williams*, de Perry Miller (273 páginas); de *Andrew Jackson*, de Harold C. Syrett (298 páginas); de *Jefferson*, de John Dos Passos.

No extrañe, por tanto, la presencia en esta sección de una reseña dedicada a John Quincy Adams (1767-1848) (1). El tema lo merece. Efectivamente. Entre los grandes estadistas norteamericanos, pocos han disfrutado de una individualidad tan marcada; quizá ninguno ha combinado tantas anfractuosidades, caprichos y prejuicios con tanta habilidad, liberalidad y alta rectitud de carácter. Este pensamiento procede de Allan Nevins, el editor de este *Diario*. Un Adams—*the late Brooks Adams*—afirmó más: "John Quincy Adams me parece ser el más interesante y sugestivo personaje del principio del siglo diecinueve."

En todo caso, baste recordar su carrera: diplomático en las Cortes de Rusia, Prusia, Holanda, Suecia, Francia y Gran Bretaña. Senador, secretario de Estado y Presidente de los Estados Unidos. Con esto, fácil es comprender que, por su experiencia, sus dones naturales y por su integridad, resultaba uno de los hombres mejor preparados para las tareas presidenciales. Empero, su Administración no fué un éxito. Adams, en un período de ascenso democrático liberal, no entendió a las masas, ya que intelectual y moralmente era un aristócrata. Sin embargo, la actuación de este estadista yanqui tiene en su haber la incorporación de Florida al territorio estadounidense por Tratado con nuestra patria, y *la influencia decisiva en la formulación de la Doctrina de Monroe*. En estos rumbos, las páginas del *Diario* ofrecen esclarecedoras y sugestivas valoraciones, que sentimos no poder reflejar aquí.

Ahora bien: fácil es aprehender que, a través de sus páginas, se deslizan estimaciones del más variado matiz, tanto de política interna yanqui (tema de la esclavitud, por ejemplo) como de los asuntos exteriores estadounidenses. Idénticamente, afloran juicios sobre los personajes de la época: lo mismo del panorama interior —Webster, Jefferson—que de las naciones extranjeras—el zar Alejandro, el embajador español, Canning, etc.

Este prohombre norteamericano disfrutó de una serie de experiencias notabilísimas, las cuales se funden en el contenido de sus *Memorias*. Una evidencia surge de su lectura: en los primeros tiempos manifiéstase un mayor ardor; en los últimos capítulos hay más

---

(1) *The Diary of John Quincy Adams, 1794-1845*, edited by Allan Nevins, Charles Scribner's Sons. Nueva York, 1951; XXXV más 585 págs.

filosofía. De su devoción a la familia se dan interesantes rasgos. También conviene anotar su amor a los libros, en especial a los libros políticos. Y otro extremo destacable: en el período epilogal de su vida se descubre un poco más de tolerancia y de moderación que en su juventud, al mismo tiempo que vemos un acrecentamiento manifiesto de su atención hacia la religión. Y si algunos han hablado de su frialdad de carácter, el *Diario* permite hallar matices de cálido sentimiento. No obstante, también se ha destacado su pedantería, su falta de humor, su carencia de habilidad para tener contactos personales.

Empero, cabe resaltar otros detalles de no poco valor: su capacidad de trabajo, llevando ya muchas horas de labor cuando muchos hombres no habían dejado aún el lecho. Todavía más. He aquí un pensamiento significativo: "La mano del mismo Dios me ha proporcionado esta oportunidad de hacer bien", dirá este político estadounidense. Y añade: "Pero ¡cuánto dependerá de mi manera de cumplir esta tarea! Y ¡con qué agonía de alma debo implorar la ayuda de la Omnipotente Sabiduría para "conseguir" facultades de concepción, energía de esfuerzo e inconquistable voluntad de cumplir mi designio!" ¡Buen asunto para la meditación! Recordemos las palabras de Saavedra Fajardo: "No podemos romper aquella tela de los sucesos tejida en los telares de la eternidad; pero pudimos concurrir a tejerla." Ambos juicios se muestran pletóricos de interés.

En fin, la presentación del libro que reseñamos se ha cuidado en verdad. La obra lleva una fe de erratas. Y en esta edición se han inserto dos secciones: una sinopsis de la carrera de este político norteamericano y una biografía de los personajes de la época de Adams, vinculados, de un modo o de otro, a su actividad. Asimismo, el volumen incluye un apéndice, nada detallado. No resta sino consignar que estas *Memorias* han sido seleccionadas por A. Nevins utilizando los doce volúmenes del *Diario* de Adams publicados entre 1874 y 1877. Y téngase en cuenta que Nevins ha sido ganador del premio Pulitzer en biografía en dos ocasiones por sus obras *Grover Cleveland* y *Hamilton Fish*, en 1933 y 1937, respectivamente. El lector, a la vista de las precedentes consideraciones, podrá juzgar sobre el valor exacto de la obra registrada aquí.

LEANDRO RUBIO GARCÍA

UNA NUEVA VERSION DE *ESPAÑA EN SU HISTORIA*

A finales del pasado año Américo Castro publicó, en Méjico, *La realidad histórica de España* (1), donde refunde y amplía los puntos de vista desarrollados hace siete años en *España en su historia* (2). Aquí sentaba el eminente profesor español, sobre bases verdaderamente renovadoras, la interpretación de nuestro ser histórico, urdido al hilo de una triple convivencia de cristianos, judíos y moros. El estudio de la configuración espiritual de la España del Medievo había venido haciéndose desde un punto de vista casi exclusivamente occidentalista, como en general el de toda la Europa medieval. Desde hace tiempo los arabistas (los españoles a la cabeza, desde don Julián Rivera) han venido llamando la atención sobre los puntos de intersección de las dos culturas que se reparten la acción espiritual de los siglos medios, la cristiana y la árabe. Hace apenas tres años Ortega se asombraba de que la historia de la Europa medieval hubiera podido ser emprendida durante tanto tiempo sin un esclarecimiento previo de la figura de relación entre las dos áreas culturales que convivieron codo a codo, de manera tan prolongada. Precisamente el libro de Castro es la primera gran respuesta dada desde el campo de la investigación romanística al sugestivo haz de posibilidades que los arabistas habían ido abriendo. Como en todo libro que establece de modo apasionado posiciones nuevas, es posible que en el trabajo de Castro haya algunas visiones parciales o valoraciones excesivas de los elementos que trata de incorporar de modo pleno a su interpretación del ser histórico de España. *España en su historia* es como un río caudal cuyas márgenes podían ser rectificadas o estrechadas—las rectificaciones han venido y tal vez vengan más en el futuro—, pero su empuje central permanece rico en incitaciones y aciertos.

La larga tarea de Américo Castro en el campo de la Filología y de la historia literaria desemboca ahora en un estudio de más vastos horizontes, cuya línea estaba ya ínsita en trabajos suyos, recordemos *El pensamiento de Cervantes,* y se hizo más visible en otros como *Lo hispánico y el erasmismo* o en la recolección titulada *Aspectos del vivir hispánico* (3), publicada en 1949. La apari-

---

(1) Américo Castro: *La realidad histórica de España.* Edit. Porrúa. México, 1954.

(2) *España en su historia. Cristianos, moros y judíos.* Edit. Losada. Buenos Aires, 1948.

(3) Edit. Cruz del Sur. Santiago de Chile, 1948.

ción de *España en su historia* (1948) despertó un profundo eco y encontrados comentarios. Desde distintos campos de especialización se hicieron objeciones a puntos concretos de su desarrollo y, en algún caso importante, reparos plenos a algunas de sus tesis centrales. Pero aun en este último caso los objetantes más rigurosos, como el señor Sánchez Albornoz, han debido aceptar de entrada que "desde hace mucho tiempo ninguna otra obra ha captado con tanta sutileza algunas de las ondas misteriosas que nos dispara el todavía incógnito pasado de España".

A la luz de objeciones, con frecuencia muy valiosas, Américo Castro amplió o restringió puntos de vista en ensayos aparecidos posteriormente, como *El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos* (4) *Ensayo de historiología. Analogías y diferencias entre hispanos y musulmanes* (5) o *El libro de buen amor* (6). Este doble trabajo, de refinamiento de materiales y fijación de los criterios historiológicos utilizados como punto de partida, convirtió *España en su historia* en este nuevo libro, de aparición aún reciente, que es *La realidad histórica de España.*

Si tuviésemos que fijar en una sola frase su apasionante perfil, nosotros escogeríamos, de las 650 páginas que aproximadamente componen *La realidad histórica de España*, estas breves palabras: "A la historia de España hay que hacerle preguntas que pueda responder; preguntas de vida, no de libro." Así, de acuerdo con esta actitud del historiador y brotando de ella con mantenida coherencia, levanta su viva estructura el extenso trabajo de Américo Castro.

Las dos preguntas capitales dirigidas por Castro al secular cuerpo de nuestra historia son éstas: Cuál es la realidad histórico-humana a que unívocamente se refiere el vocablo *español* o *hispano* y cuál es la peculiar manera que esa realidad ha tenido y tiene de instalarse en su propia vida. Las respuestas centrales a ambas cuestiones estaban ya minuciosamente desarrolladas en *España en su historia.* Aquí vamos a atenernos solamente a los principales materiales allegados en la segunda redacción de este libro, de la cual nos dice su propio autor: "Modifico ahora considerablemente mi libro *España en su historia*, publicado en 1948. Lo he reducido y lo he ampliado. Un mayor interés en el problema de cuál sea la auténtica realidad de la historia ha obligado a renovar el título de la obra." Por ello, a pesar de las importantes modificaciones introducidas

(4) *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1949.
(5) Edit. Franz. C. Feger. Nueva York, 1950.
(6) *Comparative Literature*, 1952.

(supresión de fenómenos poco seguros o de interpretación dudosa, referencia a los nuevos descubrimientos de la lírica mozárabe, reelaboración del capítulo XII, donde estudia los puntos de contacto entre el cordobés Ibn Hazm y nuestro Arcipreste, etc.). Los capítulos de mayor interés ahora para nosotros, por su entera novedad, son aquellos en que Castro fundamenta su modo de historiar y da razón de los objetivos perseguidos: en este sentido son fundamentales los titulados *Enfoque de la Historia* (capítulo II) y *Coherencia vital de la realidad española* (capítulo XV). También ofrecen novedad los capítulos VIII y XIV, donde estudia, respectivamente, el comportamiento de hispanocristianos y musulmanes ante la ciencia y el papel de los judíos españoles en la literatura y el pensamiento.

"La vida histórica, escribe Castro, consiste en un curso o proceso interior, dentro del cual las motivaciones exteriores adquieren forma y realidad, es decir, se convierten en hechos y acontecimientos dotados de sentido.

"Estos últimos dibujan la peculiar fisonomía de un pueblo y hacen patente el *dentro* de su vida, nunca igual al de otras comunidades humanas."

Este *dentro* lo concibe él, en primer lugar, como el hecho de vivir dentro de un cierto horizonte de posibilidades e imposibilidades vitales, es decir, dentro de lo que llama "morada vital"; en segundo lugar, como el modo según el cual los hombres viven dentro de esa morada, y este modo es lo que denomina con término nuevo "vividura". No sería fácil aclarar plenamente ambos conceptos sin recurrir a una cita, inevitablemente extensa:

"El simil de la morada y la vividura servirá para precisar el pensamiento que lo ha motivado. Todos los pueblos poseen una morada vital y, a veces, hay entre ellas aparentes analogías, e incluso un análogo *mobiliario* humano. En casi todo el mundo se encuentran hoy ferrocarriles, aeroplanos, templos, escuelas, bibliotecas, médicos, orquestas, gobernantes, cuerpo diplomático, ejército, etc. Pensamos entonces que el mundo de los hombres es uno, y que llegará a serlo del todo cuando los beneficios de la civilización se extiendan aún más. Obsérvese, no obstante, que mucho de lo visible en dicho *mobiliario* vital no deriva auténticamente de las posibilidades de la propia vividura. A veces, los vehículos y los instrumentos técnicos son meras importaciones; o lo son los directores de las orquestas sinfónicas, o la música que ejecutan. Los ejemplos son demasiado obvios para que haya que aumentarlos. Estrechando nuestra obser-

vación, se notará que incluso si en un pueblo se producen ciertas cosas análogas a las de otros sitios (filosofía, ciencias, máquinas, etcétera), esas actividades no ocupan el mismo volumen dentro de la totalidad de la vida; no ocupan, sobre todo, el mismo lugar de importancia jerárquica. En unas moradas la actividad científico-industrial llena casi todo el espacio vivible; en otras, figuran como lujo infrecuente, o están relegadas a zonas de escasa estima—al sótano, quizá al desván—. Igual acontece a todo lo restante que integra el extremo ámbito de la vida: coraje bélico, moralidad políticosocial, sentido de la personalidad, distinción literaria y artística, fomento de la inteligencia, religiosidad espiritualizada o materializada... De todo ello puede haber en un pueblo, aunque siempre dispuesto y ordenado según un sistema de capacidades y de preferencias. Lo cual significa que ahora nos importa primariamente no el qué y el cuánto de las actividades vitales, sino el peculiar modo de funcionar éstas. Las ideas, la llamada civilización, funcionarán aquí de un modo y allá de otro."

Una morada vital puede renovarse, manteniendo su continuidad, o puede ser destruída: la aparición de tres pueblos nuevos, franceses, españoles e italianos, sobre la extinguida morada vital de Roma, supone la configuración de otras tantas moradas vitales nuevas. Los hombres que vinieron a establecerse en ellas lo hicieron según modo peculiar de vida, de acuerdo con un repertorio claramente diferenciado de hábitos dominantes, es decir, según una especial vividura. Pueblos del norte de la Península Ibérica, entrelazados con los visigodos, y con moros y judíos, forjaron—escribe Américo Castro—la especial disposición de vida de los españoles, que no es ni visigoda, ni mora, ni judía, sino española. Sólo los hombres que tuvieron cabida dentro de esta morada vital pueden responder al vocablo *español* o *hispano*. Por eso, el arranque histórico de lo español deja ya fuera de su desarrollo el elemento visigodo. Castro dedica al esclarecimiento de este punto un nuevo y luminoso capítulo de su libro que lleva al frente este título taxativo: *Los visigodos no eran españoles.*

En el dibujo íntimo del sujeto de esta morada vital hispánica sigue Castro con argumentos reforzados los puntos expuestos en *España en su historia.* Creo que el apasionante esquema que traza del español como protagonista de historia acierta de raíz al subordinar la estructura vital de aquél a estas dos notas: dependencia de una creencia religiosa, al hilo de la cual—desde el taumatúrgico patronazgo de Santiago—se consolidó la nacionalidad, y "absolu-

tismo de la persona", que Castro retrata en algún momento con aquel "en mi hambre mando yo" con que un español muy pobre respondió a alguien que quería comprarlo para votar a un diputado no de su gusto.

Insiste también Castro, con renovado interés, en el carácter de "inseguridad" y la aguda conciencia de su problemático existir que había asignado al español en su primer libro. A lo largo de las páginas de la realidad histórica de España son llamados a confesión general un gran número de españoles eminentes y otros menos eminentes, como testimonio de este angustioso sentir que nuestro historiador ha bautizado tan significativamente como "un vivir desviviéndose".

La constante histórica de incapacidad hispánica para la ciencia y para la industria, el sentido del "¡Que inventen ellos!", de Unamuno—empapado de españolidad—, son también analizados aquí hasta sus últimas consecuencias. Lo mismo sucede con la falta de dedicación a la especulación racional: a los españoles, como el viejo rabino de Carrión, les urge más analizar la vida como fenómeno que definirla conceptualmente.

A la luz de los razonamientos de Américo Castro gran número de viejos tópicos, injertados secularmente en eso que solemos llamar—a veces con orgullo, a veces con melancolía—"iberismo", cobran nuevo y valioso relieve. Su entrañable ascendencia habla en boca de españoles de todos los siglos, a través de las páginas de este libro, donde la historia—fundada, como dice su autor, en evidencias de vida, más que sobre masa de datos—adquiere valor de confesión personal. Los españoles que nos hablan aquí bien pueden valer como voz de los que callan. "Es explicable—escribe Castro—que sorprenda el intento de escribir la historia de un pueblo casi como una confesión, o como una biografía sin seguir criterios que yo juzgo seudocientíficos. A los historiadores técnicos esto les parece una frivolidad literaria. Por su parte, los filósofos situados en la idea de la vida (razón angustiada de Kierkegaard; razón histórica de Dilthey) no hubieran podido interesarse, como es natural, en el empírico saber de la historia."

Hacía falta parcelar, al hombre abstractamente universal, en hombres múltiples, los dados en la experiencia histórica, en este caso, el hombre estructurado hispánicamente.

Cada español preocupado por lo que le acontecía a él, y en torno a él, hubiera podido decir como Quevedo: "¡Oh, cómo te deslizas, vida mía!" Mas los historiadores, en lugar de centrar en

ese fenómeno su visión de esta historia, prefirieron caracterizar la vida hispana, biológica, racial o psicológicamente, como si fuera un objeto *fijo*, y no *un deslizarse entre* puntos de partida y metas deseadas o soñadas."

A punto de terminar uno se pregunta si es lícito reducir el caudaloso aporte de este libro a tan deshilvanadas indicaciones. Valgan sólo como noticia, como invitación cordial a su lectura o como vaguísimo anticipo de lo que el lector puede encontrar en él. Nunca como resumen, a menos que uno quiera correr el riesgo de aquellos resúmenes escolares que esquematizaban a Kant en página y media y nos dejaban convencidos de que el buen Kant no había dicho más que ingenuidades y de que le sobraba razón al docto maestro que lo desplumaba con un par de inapelables argumentos.

JOSÉ ANGEL VALENTE

UN PERFIL SIGNIFICATIVO DE LA ESTRUCTURA SOCIAL FRANCESA: LA URDIMBRE JUVENIL

Se ha dicho que "cada época tiene su rostro"; y que "este semblante es el de la juventud". Así lo hemos leído en la excelente revista francesa *Realités*. Lo cierto es que los problemas de la juventud generan interrogantes por doquier. Esto puede verse a través de la presente publicación, dedicada a las cuestiones de los jóvenes franceses (1).

De antemano, traigamos aquí, por nuestra cuenta, el detalle de la población juvenil gala. Y en esta ruta vemos que, para una población de 6.900.000 jóvenes de quince a veinticinco años, existe un conjunto activo de 5.520.000 individuos, de ellos, 731.000 estudiantes; 220.800 miembros de los cuadros de la industria, del comercio y de la administración; 1.662.300 agricultores y obreros agrícolas; 1.159.000 empleados; 1.745.700 obreros, *pequeños artesanos* e integrantes de los cuadros inferiores.

Recuérdese, empero, que no es la primera vez que la juventud francesa se ve sometida a análisis. Regístrese, como muestra, la

(1) Vid. *Jeunesse, qui es-tu?*, Cuadernos de "La Nef", 224 págs. Julliard. París, 1955.

encuesta llevada a cabo por la citada revista *Realités (Les jeunes d'aujourd'hui*, junio 1952, págs. 49-56).

Son diecisiete los estudios que se insertan en esta obra, recogiendo los aspectos más significativos ligados a las cuestiones de la juventud. Los trabajos mentados se distribuyen en cuatro apartados: *perspectivas; examen de conciencia; orientaciones; testimonios y documentos*. En la sección primera destaca el estudio de Georges Friedmann, dedicado a *Les jeunes aux prises avec notre monde technique*. En la parte segunda, se suceden valoraciones del más variado matiz: *estudiantes 1955* (debido a Jean Sarrailh); *necesidad de renovación, so pena de decadencia* (bajo la pluma de L. Armand); *la juventud reivindicadora de la justicia* (tema comentado por G. Izard); *balance del pasado* (por J. Rovan); *la juventud se mezcla en los "asuntos"* (de L. Hamon)... En el capítulo tercero, merecen citarse los estudios de Bourdet—*Cent milliards pour retrouver l'honneur*—y, especialmente, de L. Dalmas—*Ainsi vieillit notre jeunesse*—. En la parte cuarta, los problemas de los jóvenes obreros y de la juventud campesina acaparan notablemente nuestra atención.

En la imposibilidad de recoger todas las estimaciones contenidas en esta obra, debemos considerar su apoyatura dialéctica. Para nosotros, se resume en unos cuantos lineamientos generales. La aparición de la máquina ha creado nuevos métodos de vida. Es ella la que ha creado la técnica, y ésta la ha sobrepasado desde hace largo tiempo. La edad del individuo, la de las creaciones anárquicas, ha terminado. Deja su lugar a un mundo ordenado. La técnica ha domado al hombre y lo ha racionalizado. En esta coyuntura, en el umbral de la vida se sabe demasiado pronto lo que se será siempre. El horizonte se cierra muy pronto. La ascensión social no es posible más que raramente (vid. pág. 18).

Desde luego, resulta dable contemplar una serie de posiciones, circunstancias y sentimientos que presionan sobre las urdimbres juveniles francesas. Mas, de todo ese complejo, lo que provoca nuestro interés cabe concretarlo en algunos párrafos, nada extensos.

En primer lugar, nos encontramos con *el envejecimiento demográfico*. No se olvide que, como escribe Georges Malignac, "la población de Francia ha envejecido considerablemente desde hace dos siglos". En suma, "la población de los jóvenes ha disminuído en forma considerable, la de los viejos ha pasado del doble". (Opinión de Luis Henry en el *Concours Médical*, del 27 de enero de

1953.) El fenómeno es capital: las gentes salvadas por la ciencia han reemplazado a una juventud que no se renueva.

Pero esta situación lleva su influjo a todo el ámbito del país: concretamente, a la economía; con el círculo vicioso de la necesidad de un incremento de productividad por parte de la población activa, a fin de no ver rebajado su nivel de vida, ya con la carga suplementaria del envejecimiento general.

El resultado es *la esclerosis del cuerpo social.* Tocamos aquí la realidad científica de ese desaliento tan frecuentemente encontrado entre los jóvenes: impresión de horizontes cerrados, plazas ocupadas, sentimiento de obstrucción por los viejos...

A esto se añade *la erosión moral.* Se ha seguido un divorcio característico entre el Derecho y el hecho, entre la moral enseñada y la moral practicada, entre lo que se llama moral doctrinal y la moral vivida. (Véase doctor A. Mesnard: *Moral sans péché,* P. U. F.)

Sin que en este punto haya margen para posturas de perplejidad o de desasimiento, se llega a sostener: "Las experiencias de 1936 y de 1944 muestran que las reivindicaciones de la juventud son estrechamente solidarias de los progresos de la democracia política y social." (Consúltese Joseph Rovan, en la pág. 71.)

Con mayor o menor vinculación a estas evidencias, notemos que, en 1944, Bernanos invitaba a los jóvenes franceses *a cambiar de aire.* Mas André Labarthe sostiene que no hay lugar para esta mutación si no se produce la renovación del aire que se respira en el país.

Por supuesto, hay que situar en su perspectiva justa el sentido de las urgencias vitales de la juventud francesa... Claro es que, a tenor de lo afirmado en este estudio, l'*idée même d'une politique de la jeunesse est devenue à la mode.* Pero no se lleven las cuestiones demasiado lejos. He aquí la explicación: la juventud gala "es como todas las juventudes desde que el mundo es mundo: es ávida". Esta tesis posee suficiente fuerza expresiva, máxime cuando se identifica con las conclusiones de la investigación desarrollada por *Realités,* citada al principio: la juventud francesa actual no es una generación de rebeldes; tampoco forma una generación audaz; parece que la guerra y la ocupación no han dejado en los jóvenes galos más que "recuerdos bastantes confusos"; pero esos "años difíciles les han hecho reflexivos, serios, ávidos de paz y de seguridad; no se alimentan de quimeras". Quizá la juventud de nuestros días se ve falta de ideal, pero no se ve carente de serie-

dad; tiene el sentido del trabajo, es económica... Y, a fin de cuentas, percíbase el hecho de que los problemas de la juventud de Francia no constituyen una peripecia histórica aislada. Basta tener la vista medianamente aguzada para comprenderlo así. Por ejemplo, en una visión parcial del asunto se ha hablado del *drama de la juventud en los Estados Unidos.* (Véase el trabajo del doctor André Plichet en *Presse Médicale,* del 22 de enero de 1955.)

LEANDRO RUBIO GARCÍA

POESIA CONTEMPORANEA ESPAÑOLA EN ALEMANIA

La Editorial Suhrkampf, que tiene su sede en Berlín y Francfort, ha acometido una interesante empresa: la de publicar a precio razonable y en formato uniforme obras sobresalientes de autores contemporáneos en series anuales de seis títulos, que se caracterizan, en el contenido, por la variedad de géneros incluídos en la colección y por la calidad literaria de los autores. Esta idea, puesta en práctica en 1951, ha dado como fruto una bella biblioteca de 24 volúmenes—cuatro series—, entre los que figuran obras de Hermann Hesse, Rudolf Alexander Schröder, Herbert Read, Valéry, Ramuz (dos volúmenes), T. S. Eliot (dos volúmenes), Giraudoux, Alain Fournier y otros. La serie correspondiente a 1954 presenta para los españoles una halagüeña novedad: la publicación de un libro español de versos, el primero de poesía moderna, que sepamos, vertido a la lengua de Goethe (García Lorca sólo existe en selecciones). Se trata de la obra de Dámaso Alonso *Hijos de la ira* (en alemán, *Söhne des Zorns),* traducida por Karl August Horst, discípulo del gran romanista Curtius y uno de los más asiduos colaboradores de la revista literaria *Merkur.*

El volumen consta de dos partes: la versión alemana del libro español y un estudio crítico sobre nuestro poeta. En la primera, el traductor, que indudablemente domina los resortes poéticos de su lengua materna, ha sabido también respetar, en lo posible, la riqueza metafórica del original, que, proyectada convenientemente en las dimensiones y corrientes del movimiento poético español de nuestros días, recibe una certera interpretación. El ritmo libre, cultivado modernamente en la poesía alemana por Rilke, entre otros, ha facilitado la tarea del traductor al verter los versos españoles. Fiel al espíritu de su lengua, Horst sabe aplicar con mesura

—¿o deja filtrarse?—los procedimientos poéticos tradicionales de la poesía germánica, poesía de altibajos *(Hebungen* y *Senkungen)* y de aliteración. Estos elementos de la vieja *Stabreim*, libres—y ajenos—de consonancias y asonancias, eran cauce apropiado para los poemas sin rima de *Hijos de la ira.* Horst, tal vez inhibido por el modelo, no prodiga la aliteración, pero algunos versos aliterados son de gran efecto, al menos para el lector español:

...als scheuchten sie von ihren Schläfen einen Schwarm zudringlicher
[Schmeissfliegen...
...Und Knaben, harte Knaben, kletternde, an die Klippen gekrallt...
...Stumpfer Sporn, Sturmblock der Pein...

Pero ¿acaso no invita a la aliteración el ritmo reiterativo del original, tan musicalmente explotado por nuestro poeta? *Nunca más, nunca más, nunca más... (El último Caín); Yo me muero, me muero a cada instante—perdido de mí mismo,—ausente de mí mismo,—lejano de mí mismo,—cada vez más perdido, más lejano, más ausente... (En el día de los difuntos).* Naturalmente, se trata de dos procedimientos poéticos distintos, y aunque la reiteración encuentra su adecuado y fiel reflejo en el texto alemán, la aliteración, de efectos rítmicos tan semejantes y tan arraigada en la poesía alemana, necesariamente tenía que aparecer.

El estudio de Horst, que es autor de un repertorio de metáforas calderonianas, se centra principalmente en este modo de expresión: "La metáfora española no es propiamente imagen, sino relámpago mental... No es un punto de reposo, sino un momento dinámico y ascendente." Horst sabe captar bien los matices expresivos y la originalidad de nuestro poeta. Mientras que en Calderón la metáfora nunca tiene una función subjetiva y está sometida a determinadas leyes, Dámaso Alonso, según el joven crítico alemán, revela su originalidad incluso al utilizar las imágenes tradicionales, y es como si Stravinsky hiciera uso de efectos mozartianos.

Después de fijar la posición de nuestro poeta y crítico en la vida literaria española y destacar otras notas importantes de su estilo, reproduce Horst, para ilustración de los lectores familiarizados con el español, la versión española de *La injusticia*, palabra en que pretende ver el tema central del libro, y que identifica con la fugacidad de la existencia humana. Para el traductor, en la dualidad luz-tinieblas y en otras imágenes que representan en el plano metafórico la oposición eternidad-muerte, se plasma la idea de transitoriedad que impregna esta obra de Dámaso Alonso.

E. LORENZO

A José Luis Castillo Puche le conozco a través de la instantánea perpleja de la anécdota.

Estamos en el bar-club del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Conversaciones literarias, o científicas, o artísticas en un castellano matizado de cien timbres hispanoamericanos. En una mesa próxima, la presencia poética de Luis Rosales, de Leopoldo Panero, de José María Souvirón. El verbo rotundo de este nuevo Rubén colombiano que es Eduardo Carranza. Más allá, la mirada profunda, escrutadora, del novelista mejicano Núñez Alonso. Y tantas biografías entrañables que llegan, hacen un breve alto y se despiden con un "hasta pronto" en este singular aeropuerto literario.

Haciendo equilibrios sobre la alta banqueta, introducido el emparedado del teléfono entre hombro y mejilla, José Luis Castillo Puche acepta una copa de vino español.

—Yo pongo el aperitivo—manifiesta el admirablemente sonriente camarero.

Y extrae con naturalidad dos hermosos chorizos de esa cubierta del corazón, en que solemos llevar tesoros menos valiosos.

En este salón moderno y sobrio, los dos chorizos bermejos, que comienzan a crepitar sobre la plancha, popularizan el gesto y la conversación, hacen más de sábado el diálogo.

* * *

Otras anécdotas pueden contarse sobre este inquieto hombre de pluma, que de pronto se encarama a la ratificación de todo buen periodista: al título limpiamente ganado de escritor, tan difícil de conseguir lejos de gacetillas interesadas.

Así, si en el rasgo anterior aparece un gesto de bohemia humorística, que se ríe de la misma bohemia, otro día será más fácil que Castillo Puche vaya a esperar en la estación a una imponente teoría de primos, jovencísimos y huérfanos, que llegan a la conquista de Madrid con increíble ingenuidad decimonónica. Se trata de buscar cuatro, seis, ocho puestos en el banquete más o menos racionado de nuestros días. Y las literas correspondientes. Y a todo provee el buen paterfamilias improvisado, que todavía no es famoso. Y al que hasta hace poco estaba tan alejado de banquetes y

literas que era fácil verle dormir en divanes de oficinas, mientras velaban su sueño ángeles tutelares y mecanográficos.

* * *

Como todos los hombres jóvenes que paladean el veneno de las cuartillas literarias, Castillo Puche se propone triunfar. Lleva un mensaje en sus ojos inquisitivos, avizorantes. También escribe novelas con trozos de propia vida, que es como se empieza. Ha pasado malos tragos y ha sentido ese interés por los estudios formativos y autodidactas, que dan la mejor solera creativa. Además, cuenta con un fondo reposado de estudios religiosos e investigadores, que van a explicar muchas cosas de su estilo, de su manera. Si el azar le ayuda—conversaciones con Baroja, hallazgo de papeles—, llegará a escribir un libro bomba, de esos que hacen ruido y ratifican el nombre de un autor. Esta vez, el nuevo llegado no trae una novela primeriza, ni se escapa por la vía fácil y tremendista del escándalo, del discurso de frase castaña. Si hay escándalo y revuelo y expectación es sencillamente porque el joven escritor se ha sacado de la manga—previamente rota y empolvada en los archivos de la Academia de la Historia, en las tablas de los tenderetes de libros—la efectiva vida de Aviraneta, el hombre de acción barojiano, que se nos ofrece ahora como un periodista insensato de actividad retardada, maquiavelo de vía estrecha, y más que lógico o ilógico, de logia.

El libro *Memorias íntimas de Aviraneta o Manual del conspirador* lleva el subtítulo expresivo de "Réplica a Baroja", y, contra lo que cabría suponer, no es un reportaje más o menos escandaloso ni plataforma para obtener la popularidad, y sí un digesto inteligente de papeles inéditos consecuentemente interpretados y utilizados, de documentos históricos de no siempre fácil lectura y que nos hacen admirar aún más al maravilloso Baroja, que con poca documentación y magnífica imaginación ha sabido construir un prototipo de personaje caudal: el más suyo. Y también nos hace admirar al nuevo escritor, bien presentado por un prólogo neutro de Gregorio Marañón, y que reconoce lo que debe y se debe al gran vasco de nuestra novela.

Pero en las *Memorias íntimas de Aviraneta,* la crítica descubrió, junto con el trabajo paciente e investigador, el difícil don de la creación literaria. Las cuarenta apretadas páginas que preceden al estudio, tituladas "Divagación inútil, pero inofensiva", son más que prólogo, más que relato de cómo fué hallado el legajo de papeles

que originan el estudio, un reportaje vivo, interesante, profundamente periodístico, en el que se refleja la impresión directa de unas jornadas vividas durante la contienda 1936-39. Castillo Puche, en aquellos momentos de guerra y milicia, se fué adiestrando en el manejo del mosquetón literario: un fusil cargado de proyectiles imprevistos que podían surgir en todo momento. Si el disparo inicial prologa el trabajo de investigación aviranetiana, el resto del primer cargador se consume en una descarga de buena novelística.

Con la muerte al hombro titula Castillo su primera novela, haciendo buena la metáfora del fusil.

Cuando tuvimos el libro en nuestras manos, después de oler desconfiadamente la cubierta y merodear por el hojeo del lector sin minutos disponibles, nos acometió un recelo preventivo:

"¿Otra novela de *bello habemus?*", pensamos con el monaguillo.

Y recordamos temerosos aquel diluvio de libros autobiográficos, sinceros y de calidad alternativa, con los que los refugiados en las Embajadas madrileñas purgaron sus primeros alientos de libertad recuperada.

"Por lo menos—continuamos pensando—que sea como *La fiel Infantería,* de García Serrano, o la *Isla en el mar Rojo,* de Wenceslao, o, si ustedes quieren, como *Los cipreses creen en Dios,* de Gironella."

Porque el título de esta segunda incursión castillopuchesca nos sugería un mortífero trabuco, y los pocos renglones entrevistos al azar hablaban del bombardeo de un tren militar, que ríanse ustedes de las escenas más cruentas de *Lo que el viento se llevó.*

* * *

Con la muerte al hombro es obra de un escritor con inquietud, vocación, buenos hallazgos y desigualdad de logro, que es don de venturosa juventud creadora. (Desconfiamos de la obra perfecta inicial, porque muchas veces esto significa agotamiento del filón productor.)

Como el autor rehuye conflictos jurídicos *a posteriori,* no les diremos que en esta inmediata novela se contiene una descripción antológica del contorno y figura de Yecla, el pueblo murciano. En la novela se habla de Hécula, y, todo lo más, se pasa después a Murcia, y a Madrid entre otros sitios. Pues bien: pocas veces hemos asistido a una pintura tan descarnada, tan profunda, tan de aguafuerte de un pueblo español. Esta aparente crueldad del rela-

to, que no ahorra momentos alucinantes—¡ese cuadro del entierro de estío!—, ¿será celismo, será tremendismo? Pero ¿por qué no acordarse sencillamente de Quevedo, de Goya, de Solana? Es decir, hablar del españolismo seco y descarnado, impreso en los caracteres de esta punta castellana en Levante, que es Murcia. El caserío aprisionado, las cuevas en la tierra, los seres de mandíbulas canicas, el aljez turbio de la arcilla soterrada, ese barro que también seca en hombres y cosas.

Pero el realismo hiriente, la cruel desenvoltura de paisaje y observación, la complacida acritud con que se registran torturas y venturas, se ven robustecidos, compensados, en un perfecto equilibrio narrativo, por el vocablo preciso y minucioso. La inminencia de la tierra literaria de Alicante se acusa en estas palabras definitorias que sujetan el vuelo de la metáfora, que clavan las mariposas grises o negras, o también de vivos colores, en cada página. Hay una preocupación casi obsesiva porque en la sucesión de renglones ocurran, "pasen" cosas. Y las descripciones se abordan desde ángulos distintos, alternando con un diálogo nervioso, cortado, como el buen cante por cartageneras o tarantas.

He aquí, pues, dos grandes aciertos de la novela: el paisaje geográfico de un pueblo definido con cauterios de frase y comparación, el paisaje biográficamente histórico de algunos momentos de la última contienda española. (Inciso: estos momentos de aquel trienio espantoso reflejan, como hasta ahora no recordamos haber leído, el clima turbio, poseso e increíble que se vivía en la zona republicana: crueldades absurdas que mueven a tristes carcajadas de careta, tipos de una galería carnavalesca que cruzan rápidamente como sombras, algún magnífico hallazgo de personaje—como aquel Fernán del prólogo a las *Memorias*, reencontrado en *Con la muerte al hombro*—; en fin, la solanesca pesadilla evocada en simples letras de alfabeto, con colores primitivos.)

En el capítulo de desaciertos, el descenso de frase y de relato al llegar el protagonista a Madrid. Sus amores heterodoxos. Sobre todo, el final coincidente. ¿Qué falta le hacía a Castillo Puche el recordar aquel género de novela proterva del veintitantos o los charcos del folletinismo tremendo? Pero aún aquí hay algo que salva las páginas terminales: ese personaje bautizado como *el doctor Val*, que es un magnífico apunte de la vida de hoy, y al que quizá veamos reaparecer en futuras andanzas, porque Castillo Puche, cuando tiene un amigo literario, no lo desampara fácilmente.

(Cuando terminamos de leer *Con la muerte al hombro* pensamos en la manera en que surgiría la idea engendradora. Desde luego,

el ambiente es recordado y vivido. ¿Y el personaje? Este protagonista que cree llevar la muerte, bien al hombro, bien en el pecho como un corazón sin órbita, ¿no será aumentativo de algún momento personal, en que pudiera nacer junto con novela y protagonista el propio doctor Val?)

He aquí un nuevo, un joven escritor que se presenta en la plaza de las buenas letras llevando sobre el hombro no la muerte ni la conspiración, sino dos buenos, dos excelentes libros (1).

EUGENIO GARZO

LITERATURA ALEMANA ACTUAL

Los nombres de Thomas Mann, de Kafka, quizá de Remarque, continúan tejiendo el telón externo de la creación literaria de Alemania. Parece como si en el escenario, fuera de la vista del público, se ensayara un nuevo drama que precisara lentos y laboriosos retoques, y que va siendo aplazado día tras día en su aparición exterior, sin ofrecer todavía los dones del ensayo general.

El pasado año se produjeron tres grandes éxitos editoriales dentro del campo de la novela: *Bekentnisse des Hochstaplers Felix Krull*, de Thomas Mann; *08/15*, de Helmuth Kirst, y la última entrega de E. M. Remarque, titulada, con el juego de palabras, *Zeit zum leben und Zeit zum sterben*. Es decir, dos viejos maestros en la brecha, y un autor que con su cabalístico título—que recuerda, por un lado, las primitivas creaciones surrealistas, y, por otro, la tendencia "original" de todo tiempo—encubre solamente un texto antimilitarista más, relacionado directamente con la última guerra.

Siguen, pues, los viejos patriarcas presidiendo el ágora de la novela teutona y del favor público. Primero, la vieja guardia encabezada por el autor de *La montaña mágica*—que por cierto ha escrito últimamente una obra con detalles de nauseabundo realismo, inspirados en el eje cáncer-estiércol—, que goza del favor del público. (Este grupo, determinado con amplitud cronológica, está in-

---

(1) Cuando terminamos esta nota, *Con la muerte al hombro* gana para su autor el premio de novela "Bellas Artes - Cultura Hispánica". Al joven escritor laureado, nuestra enhorabuena. CUADERNOS HISPANOAMERICANOS había previsto este triunfo cuando nos encargaba redactar estas líneas.

tegrado por Mann y los "mann": Heinrich Mann, con *Professor Unrat;* Hoffmannstahl, Wassermann, Hauptmann, Kellermann, Hermann Hesse..., a cuyos nombres podríamos agregar también los de Gottfried Benn, Franz Werfel y el conde de Keyserling.)

Después de esta vieja solera aparecen los "revolucionarios" autores que formaban en las jóvenes generaciones de 1920, algunos de los cuales se nos descubren ahora después de un olvido casi absoluto durante mucho tiempo. Aquí, en estas funcionales librerías de Hamburgo y de Stuttgart, de Bonn o de München—como en los festivales internacionales de teatro, como en la más rabiosa actualidad de las revistas literarias—aparecen volúmenes de Hans Fallada *(Wolf unter Wölfen)*, de Kafka (el tan manoseado *Der Schloss)*, de Hans Carossa, de Ernst Jünger *(Die Sanhur)*, de Remarque, de Von Salomon *(Boche in Frankreich)*, de Lion Feuchtwanger *(Jud Süss)*, de Leonhard y de Bruno Frank, de Stefan y Arnold Zweig; en fin, de Bert Brecht—el Ilya Ehremburg de la zona de ocupación soviética—. Todos ellos han rebasado ya la frontera del medio siglo, algunos amplísimamente. Como sus contemporáneos Alfred Döblin, Alfred Brust, Ernst Wiechert *(Totenwald)* y Frank Thiess *(Tsushima)*. En fin, el reciente fallecimiento de la ochentona Annette Kolb hace recordar que todavía existe literariamente, en compañía de sus coetáneas Ricarda Huch *(Aus der Triumphgasse)*, Ina Seidel *(Das Wunschkind)*, Clara Liebig y Gertrudis von Le Fort.

¿Es que estos nombres, conocidos desde hace largo tiempo, constituyen toda la actualidad literaria alemana? La ausencia de nuevos valores, la lentitud en reincorporarse las jóvenes generaciones y, sobre todo, el índice de lecturas y de ventas, así parecen afirmarlo. Naturalmente, existen autores más jóvenes, de los que podríamos citar como más conocidos y de mejor valía a Hermann Broch *(Esch oder die Anarchie)*, Edzard Schaper *(Der letzte Advent)*, a Ernst Schmitt, Reinhold Schneider *(Philipp II)*, a Joachim Mass *(Die unwiederbringliche Zeit)*, a Werner Helvig *(Raubfischer in Hellas)*, a Hans Leip, a Bernard V. Brentano *(Theodor Chindler)*, a Alexander Lernet-Holenia y a Stefan Andres *(Utopia)*. Existe, pues, una promoción nueva, pero de una juventud madurada y pensativa. El genio alemán exige a sus escritores una profunda madurez intelectual, una preparación especializada, que preponga al puro ejercicio literario una intensa preparación académica y vital. No se olvide que en el actual momento existe en Alemania una superabundancia crítica. No cabe el asomo crítico, la especulación aventurada, la aventura literaria que no esté respaldada por

una academia sustentadora. Y, naturalmente, los tiempos de intenso comentario son poco propicios a la intensa creación. Cunden la precisión, el método, el análisis, la especialización, la clasificación. Cabría, exagerando, afirmar que para ser un gran humorista habría que especializarse antes en ciencias psicológicas, que para ser "tremendista" sería preciso profesar en la carrera policíaca; en fin, que no sería posible imaginar a un lírico o a un estilista sin un previo doctorado en el Conservatorio musical.

Es cierto que al margen de la literatura propiamente dicha cunden los subgéneros más al alcance del gran público. Como en España, se registra una invasión de la novela amarilla *(Kriminalromanen)* y la de color rosa *(Frauenromanen)*, la de aventuras y del "Oeste" *(Wildwestromanen)*, y, por último, otros géneros menos recomendables y ausentes por fortuna de las librerías españolas *(Jugendgefährdenden Schriften)*.

¿Qué literatura extranjera goza del favor actual del público alemán? Sin equivocarnos mucho podemos mencionar como de más amplia difusión los nombres de Graham Greene, Cronin, Somerset Maughan, Sartre, Jacobsen, Malraux, Hemingway, Gábor von Vaszary y el humorista Guareschi. Y, a propósito de humoristas, citemos el caso del escritor Spoerl, que viene a ser como la versión alemana, en 1955, de nuestro bienhumorado Juan Pérez Zúñiga.

Terminemos aludiendo a tres fenómenos que caracterizan igualmente el momento literario alemán: la institución de las *Lesemappen* o revistas de alquiler, la multiplicación de círculos literarios o clubs del libro, que agrupan con enorme sentido especializado a los diversos sectores profesionales; y, para terminar, la profunda carestía del libro, que supone traducido en moneda española que el precio medio de una novela oscile entre las ciento sesenta y las ciento ochenta pesetas, lo que, a pesar del más elevado nivel de ingresos, constituye un serio obstáculo para la difusión literaria.

EUGENIO GARZO

HOMENAJE PERDIDO

El siglo XIX nos legó, entre otras muchas cosas, una desmedida afición por los homenajes. Estatuas y lápidas, en nuestros paseos, recuerdan al transeúnte el nombre del pintor, del novelista o del médico famoso. Los primeros años, junto a las estatuas y las lápi-

das, el alcalde o el teniente de alcalde lee un discurso patriótico, vago, confuso; luego, el poeta de turno, estrofas de tema forzado. El tiempo abre pronto claros en los grupos; por último, en impresionante soledad, X ve pasar autobuses y Z sirve de asiento, en los días soleados, a viejos y niñeras.

Homenajes en piedra, homenajes con *menu* generoso. Ramón pretendió acabar—¿cómo, si todos los sábados la tertulia inmortalizada por Solana le rendía pleitesía?—con ellos al ofrecer uno a *Nadie*. Inútilmente. Como es lógico, de tales actos sólo quedan recuerdos ajenos al homenajeado: el agradable perfume de la dama próxima, el ingenio del digno catedrático, la ironía incisiva del falso amigo. En los postres, el chiste político o verde encienden su chisporroteo entre dos sorbos de vino español.

Pero a veces se quiebran las normas, y en el olvido y la indiferencia se pierden aniversarios de nacimientos, muertes o primeras ediciones de libros magistrales. Hace pocos años se perdió el homenaje de Galdós. El 4 de enero, aniversario de su muerte, acudían al parque del Retiro "los amigos" del maestro; en las fotografías, ya amarillas, de los periódicos de la época se repetían los mismos planos de segundones sin otro beneficio. Justo es reconocer que, fuera de España, con motivo del centenario de su nacimiento, la bibliografía galdosiana aumentó considerablemente. Hecho un breve balance, Guillermo de Torre salvaba sólo un título: *Vida y obra de Galdós*, de Joaquín Casalduero.

El año 1954 se ha perdido otro homenaje. Hace cuatrocientos años apareció un modesto libro, considerado por su autor como "nonada", escrito en "grosero estilo": *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. En Burgos, Alcalá y Amberes comienza esta otra peregrinación, junto a las novelas de caballerías y los relatos pastoriles. Lazarillo, diminutivo lleno de afecto, pobre mendigo, con el único tesoro de la experiencia nunca bien aprovechada, terminará felizmente con Nemorosos y Fílidas, Amadises y gigantes. Su voz, en primera persona, trae a la literatura universal aires nuevos. El hambre, el lado sucio y amargo de la vida, el continuo andar alerta para que los demás no hundan los proyectos propios, alcanzan, gracias al hijo de Tomé González y Antona, categoría literaria. No todo surge por creación espontánea: los manuales citan a Apuleyo, Juan Ruiz, Fernando de Rojas, *La lozana andaluza*, Jaime Roig, tradiciones populares, circunstancias históricas. Marasso y González Palencia han pretendido negar el realismo de la novelita por la erudición clásica descubierta entre líneas. Nada se explica *ex nihilo*. Pero nada puede tampoco dis-

minuir el valor extraordinario de esas páginas, entrecortada confesión de una voz a la que la malicia humana quitará el acento ingenuo, la sinceridad infantil. Bataillon, tan buen lector del *Lazarillo*, no duda en considerar a éste como primera fecha del género. El estilo de Lázaro—ingenuo, adelantada melancolía—se cargará de amargura en Guzmán, y, maravillosa filigrana, en manos de Quevedo abrirá cátedra de sentido oculto y de artificio multicolor. Pero sin Lázaro, voz delgada y primeriza, ¿qué habrían sido Estebanillo, Pablos o Guzmán? La vida de Lázaro, abierta a todas las posibilidades y sin destino, amparará las andanzas de los pícaros siguientes.

Tal fué el éxito de la novela en la España de Carlos V y Felipe II, que cinco años después de su aparición, en el 1559, figuraba en el *Catalogus librorum qui prohibentur*. Sufrirá cortes en manos de Juan López de Velasco. Aun así, Lázaro no cae en la sepultura del olvido. Y, luego, las traducciones: 1560, francesa; 1568, inglesa; 1614, alemana. La bibliografía sobre el *Lazarillo* cuenta con un alto número de papeletas. Desgraciadamente, las valiosas con nombre extranjero: Morel-Fatio, Bataillon, Foulché-Delbosc, Siebenmann, Marasso, Courtney Tarr, Luis Jaime Cisneros. Las mejores ediciones, salvo raros casos, se deben también a extranjeros.

Aunque cualquier circunstancia habría sido buena, parecía lógico que este año—1954—el *Lazarillo* hubiese ganado nuevos lectores. Es un hecho comprobado que los alumnos de los primeros años de Bachillerato siguen con interés y mal contenida alegría las aventuras de Lázaro. Pero, en más de una ocasión, el catedrático duda si debe prestar o aconsejar a sus alumnos el libro. Existen, sí, adaptaciones: de Pedro Henríquez Ureña, Federico Torres, Richardson, entre otros, y ediciones escolares: Clásicos Ebro, Biblioteca Libre del Estudiante. En estas dos últimas, el alumno encontrará, sin embargo, palabras eliminadas hoy, generalmente, del vocabulario normal.

Homenajes en piedra, homenajes con *menu* indigesto. Y, al otro lado, homenajes perdidos, sin premios. Entre éstos, el de Lázaro de Tormes. Y aquí difícilmente podrá ser saldada la deuda con el anónimo autor. Esperemos que en otra ocasión tenga mejor suerte.

ALFREDO CARBALLO PICAZO

LA POESIA GALLEGA DE MANUEL MARIA

A la ventana de mi cuarto de trabajo llega hoy, como regalo inapreciable, el sonoro repiquetear de la lluvia deseada; esa lluvia que, con absoluta imperiosidad, necesitan los surcos trabajados de nuestros campos y los cauces semisecos de los ríos. Mientras la lluvia—no orballo gallego, sino lluvia abundosa y rotunda—azota los cristales de mi ventana, la lectura de los versos gallegos de Manuel María adquiere dimensiones de clara densidad y dorados reflejos de envidiable altura. El invierno, este mismo invierno de gruesos chubascos, acaso mañana de fuertes nevadas, tiene sus versos en el más reciente libro de Manuel María (1):

Non pode sair o gando.
Está o ceio mouro
como a boca do forno.

Nas pozas o carambelo
e duro como un penedo.
Fora corre un vento frío
moito pior que o veneno.

El viento que corre fuera—*mucho peor que el veneno*—es un buen contrapunto para acompañar la lectura de los versos de Manuel María. La cadenciosa lengua gallega enriquece su sonoridad con el idioma bello, repujado y diáfano del poeta lucense:

Cai a tarde amodiño
Sigue o seu rumbo o camiño.
O centeio frolecido
i-o soar da ágoa do río.

Ven un vento manseliño
que me di:
"Quen tivera amor, amigo,
pra llo dare a un paxariño..."

Terra Chá nos trae el canto breve y delicado a las cosas del campo. Para el idioma gallego representa lo que, para el castellano, representó ese inolvidable libro de las cosas de la tierra con que José Antonio Muñoz Rojas nos regaló un día. Manuel María supo ahondar en el sentir de los hombres de su patria chica y componer, amorosamente, entusiásticamente, este pequeño y delicioso libro, que transporta al lector a mundos minúsculos y vitales, en donde

---

(1) *Terra Chá* (poemas). Ediciones Celta. Lugo, 1954.

las nimiedades—una simple gota de lluvia—convierten la rutina de cada día en problemas fundamentales que subsanar:

Todal-as fontes secaron
por dar de beber a herba.
Xa nonten ledicia o prado
i-o seu verde agora e branco.

—Si afirma un pouco este tempo
haberá que ir gadañando.

Pero lo importante de *Terra Chá* es el camino ascendente que se evidencia en la labor poética de Manuel María. Toda la maravillosa poesía de esas cosas de la tierra bastarían para justificar la belleza del libro. Pero es otro mensaje el que nos traen sus páginas. El mensaje de la poesía honda, rigurosamente honda, tejida con un idioma regional perfecto, fino, delicado, sustancialmente rico de matices y rico, también, en cumplido y exacto vocabulario. Atrás las primeras obras—*Morrendo a cada intre, Muiñeiro de bretemas*—, Manuel María confirma con *Terra Chá* la lógica esperanza de antes, realidad tangible de ahora.

Porque la poesía gallega de Manuel María hace volar al recuerdo de las mejores creaciones líricas del idioma regional gallego.

MARIANO TUDELA

EL CINE EN 24 PAGINAS

Es confortable y significativo que de Sevilla, y precisamente de la calle que lleva el nombre de los hermanos Alvarez Quintero, nos llegue una publicación tan en trance de vigencia y rigor como *Libélula,* que, dirigida por Bernardo V. Carande, aborda en su cuarto sumario monográfico nada menos que un recuento ilustrado del cine, desde la Pathé, Delluc y Eisenstein hasta las obras últimas de Kazan, De Sica o Emilio Fernández. Presidida por un claro acento neorromántico, equilibrado mediante el empleo de una labor de arrastre, científica, ordinal, y asentada en una amplia bibliografía de Jarratt, H. H. Wollenberg, Thorold Dickinson, Sadoul, los *Septans,* etc., esta *Libélula* no se para más que en aguas buenas, a las que sabe, empero, no precipitarse, circunstancia muy notoria si tenemos en cuenta la gran juventud de su conductor y escritores.

Emprender una tarea antológica de algo—y de algo tan radical-

mente propincuo a la confusión, tan complejo, tan deshilachado como el cine, que es una de las más hermosas y desgraciadas de las artes, apaleada su virtud por el imperativo comercial, tan ajeno a ella—, intentar una antología cualquiera, decíamos, es también crear, si se huye de la exhaustividad inútil y se cuenta con un insobornable e inteligente afán de selección. Rondan al antólogo dos únicos, pero definitivos pecados: el de omisión, a la postre menos grave si la omisión no es muy considerable, y el de inclusión indebida, mortal de necesidad y el más frecuente. Anotaré, fiándome de la memoria, que de las treinta o cuarenta antologías sobre temas dispares que hasta ahora conozco, sólo me satisfizo plenamente la de poesía española contemporánea, llevada a cabo por Gerardo Diego en su primera edición. Es posible o no que faltase en ella algún nombre, alguna obra concreta. Pero lo realmente importante es que no sobraba nada. Así, en este compendio panorámico de cine de *Libélula,* donde junto a los nombres rectores de Chaplin, Eisenstein, Clair, Pudovkin, Pabst, Murnau, Ford, Von Sternberg, Flaherty, Abel Gance, Van Dyke, Buñuel, De Sica, Capra, Rosselini, Fernández, John Houston, etc., no figuran, ni aun para la burla o la intención purgativa, los de De Mille, Orduña, etc. No se alude, por ejemplo, al cine de subvención sin más, al de matahoras, al cinemascope, al cine español—exclusión que tan deplorable nos resulta, pero tan razonable en un trabajo así, tan justa—, ni a cuanto, de igual patrón negativo, no signifique algo. Como tampoco se ahorran objeciones a cuanto, constituyendo una entidad artística en cine, adolezca de particulares demeritantes y acabamientos o vicios palpables. Folleto, en fin, de interés, que Carande, Mario Barasona y Roberto Mesa, afirmados en una actitud intuitiva y eficaz, nos ofrecen en gracioso formato, con unas viñetas de Enrique Sopeña y diez reproducciones fotográficas de obras básicas, dispuestas entre el texto de este mínimo y noble manual de cine.

FERNANDO QUIÑONES

LAS MASCARAS VAN AL CIELO

El ser humano es, por definición, teatral y religioso, entrañablemente conformado para esas dos grandes querencias de dramatización y religación. De ahí que el teatro sea ineludiblemente vital, necesario. El hombre ha teatralizado siempre sus ritos, esceni-

ficado su anhelo mitológico, su más íntima sustancia espiritual. Desde el mismo nacimiento del arte dramático, el de Tespis y las fiestas dionisíacas; desde el mimo simbólico del *nô* japonés; desde las manifestaciones iniciales de todas las culturas teatrales, hasta desembocar en el moderno teatro cristiano, con todas sus variantes de tiempo y espacio, Juan Guerrero Zamora estudia en la primera parte de este libro suyo todos los precedentes del tema del hombre en sus relaciones con Dios dentro de los linderos del drama. Bajo la fecunda sombra de Dilthey, Guerrero Zamora inicia su obra exponiendo, concisa y diáfanamente, la teoría del "teatro como espejo", del arte dramático como vehículo de autoconocimiento humano, como agua transparente para su afán de posesión, para su narcisismo.

Después, en diversos capítulos, de trascendencia notoria, el libro se adentra en el estudio del moderno teatro católico, que es su básica finalidad. Bajo ese denominador común, una densa teoría de ensayos nos va exponiendo las variantes y facetas de ese tema en una prosa jugosa, a veces emocionada, sin caer en las gelideces de la erudición, pero con absoluta precisión crítica. De este modo, tras una visión definidora de autores italianos de tanta trascendencia como Betti, Fabbri y Calvino, el segundo ensayo nos sitúa, con un rigor ejemplar, dentro del moderno drama católico español: Pemán, Marquina y Miguel Hernández son los escritores elegidos. Sobre ellos se dicen, por primera vez en letra impresa, verdades de a puño, valorando a estos autores con un rigor ejemplar.

Seguidamente, y en capítulos cuyo análisis requeriría tiempo y espacio más cumplidos, Guerrero Zamora va dando buídas revisiones sobre el teatro inglés (Greene, Eliot, O'Neill, el drama negro, etc.), el teatro francés (Claudel, Mauriac, Marcel, Monthertlant, Bernanos, Gheon, Milozs, etc.) y otros temas siempre relacionados con la tendencia religiosa—católica—en el moderno teatro universal. No podemos menos de proclamar nuestra incondicional adhesión a los puntos de vista sostenidos por este libro, sin duda el más importante que sobre teatro se haya escrito en España desde *Las máscaras*, de Pérez de Ayala, y *Debates del teatro español contemporáneo*, de Pérez Minik. Este gran conjunto de ensayos, editados por Juan Flors, contribuye, como el propio autor pretende en el prefacio, "a demostrar que la voz de Cristo vive y guerrea, y que no está en paces solante", y "a inventarle a España más fronteras, para que así los españoles, siendo más universales, seamos más españoles, y al revés".

ENRIQUE SORDO

EL INVENTO DE LAS GAFAS

Los grandes y admirables progresos de la óptica actual no deben hacernos olvidar los modestos orígenes de numerosos inventos. Los descubrimientos iniciales sufren tal cantidad de mejoras a lo largo del tiempo, que a duras penas puede achacarse el invento a un solo hombre. Generalmente es una pléyade de inventores la que ha intervenido para poner a punto el objeto maravilloso que hoy utilizamos. Para poner un ejemplo, basta pensar en la electricidad. El gran pintor Dufy, para cantar a esa energía admirable, en la decoración del Palais de la Lumière, después de la relectura del poema de Lucrecio, quiso tratar el tema a la manera de una epopeya. Para decorar el Pabellón de la Electricidad quiso representar, por ello, todos los inventos y todas las etapas que jalonan la historia de la energía eléctrica. El gran panel de 600 metros cuadrados que pintó Dufy, tras de muchos meses de meditación y de estudio, representa numerosísimos investigadores y hombres ilustres, desde Tales de Mileto, Arquímedes y Aristóteles (que en la obra pictórica aparecen paseándose por un bosque sagrado) hasta Faraday y Fresnel. La Fée Electricité, esta hada moderna, ha necesitado, pues, para resplandecer con toda su pompa actual, de numerosos investigadores, surgidos de los más diversos campos.

No podemos decir, no, señalando con el dedo: "Este es el verdadero descubridor de tal invento." Cabe posiblemente remontarse hasta los lejanos y brumosos orígenes y precisar un nombre. Pero, aun a riesgo de ser tachados de ingratos, nos negamos a declararle el único descubridor. ¿Qué hubiera sido del invento sin los continuadores y perfeccionadores de la cosa?

Pero vayamos al caso de las gafas. La revista americana *American Journal of Physics* (vol. XXI, núm. 7, octubre 1953) publica un artículo de E. C. Watson, del California Institute of Technology, Pasadena, sobre el invento de los anteojos. Este trabajo valioso nos permite dirigir la mente, agradecidos, hacia el hombre que por primera vez tuvo tan genial y beneficiosa idea. Atendamos, por ello, a Watson.

Según datos fidedignos, parece que las gafas eran totalmente desconocidas hacia 1270. Y hay buenas razones para creer que fueron descubiertas en Italia, a finales del siglo XIII, por Salvino d'Armato degli Armati, de Florencia. He aquí los datos acumulados laboriosamente por Watson:

1) Francesco Redi, naturalista, poeta y estudioso (1626-1697),

dice en una de sus obras: "Me sentía tan agobiado por los años que no podía leer ni escribir sin ayuda de esas lentes que llaman gafas, inventadas últimamente, y que tan ventajosas resultan para los pobres viejos que ven mal." (Este testimonio evidencia que, en el siglo XVII, los anteojos eran ya corrientes.)

2) Giordano da Rivalto, dominico de Pisa, en un sermón (1305), declara que "no hace veinte años que se inventó el arte de fabricar gafas, para ver mejor, una de las mejores y más necesarias de las artes... Yo mismo he hablado con el hombre que primero las descubrió y las hizo." (Este testimonio sitúa el descubrimiento a finales del siglo XIII, como puede advertirse.)

3) Una crónica latina de 1313 dice que "el hermano Alejandro de Spina, un hombre modesto y bueno..., hacía gafas, las cuales habían sido fabricadas antes por alguien que no quería comunicar su saber, mientras que él estaba dispuesto a decirlo, y de ello se alegraría muchísimo".

4) Un epitafio de la iglesia de Santa María Maggiore, de Florencia, afirma: "Aquí yace Salvino d'Armato degli Armati, de Florencia, inventor de las gafas. Que Dios le perdone sus pecados. Anno D. MCCCXVII."

Además de estos datos documentales, Watson llama la atención sobre numerosos detalles que él, investigador minucioso y paciente, ha ido recogiendo por museos de todo el mundo. En primer lugar, indica que, según ha oído decir (el autor no ha podido comprobarlo), en un cuadro de la escuela del Giotto, pintado hacia 1350, pueden verse unas gafas. Pero junto a este dato importante hay los siguientes, que no admiten lugar a dudas: El retrato del cardenal Ugone de Provenza, fresco de Tomás Barisino de Módena, pintado en el muro de la iglesia gótica de San Niccolo, de Treviso (Italia), hacia 1352, es una prueba del uso de los anteojos en forma de quevedos. (Las primeras gafas parece que consistían en dos lentes suspendidas de piezas de cuero y sujetas a la gorra. La forma que nos es ahora familiar data del siglo XV.) También en el cuadro *La Madonna de Canon van der Paele*, de Van Eyck (1436), que puede admirarse en el Museo Municipal de Brujas, queda patente el uso de anteojos. En efecto, en la mano derecha de un sacerdote vestido de blanca túnica, que aparece arrodillado en este bello cuadro ante una Virgen sentada en un trono, con el Niño en brazos, se ven claramente unas gafas.

Muchos otros cuadros de esa misma época pueden servir de muestra y comprobación del aserto. Así, el retrato de un clérigo por Quinton Massys (1512), Liechtenstein, Viena.

Desde 1520 en adelante es muy frecuente la aparición de gafas en los óleos. Esto demuestra que los anteojos se usaban generalmente en toda Europa antes de 1600, y que el sur de los Países Bajos era uno de los principales centros de la industria que los fabricaba. Al parecer, el uso de las gafas a raíz del invento por Salvino d'Armati se fué extendiendo primero lentamente por Europa. El secreto celoso que rodeó su descubrimiento, la dificultad de su fabricación, la lentitud de las comunicaciones y otras razones pueden alegarse para dar razón de este hecho. Pero en su rápido auge posterior no hay que contar sólo con la utilidad de su uso, sino primordialmente con esa palanca poderosa, que tan rápida y eficazmente mueve a las multitudes: la *moda*, personaje histórico nada desdeñable.

RAMÓN CRESPO PEREIRA

INDICE

En páginas de color, el *Proyecto de una Unión Iberoamericana de Pagos,* original de Jesús Prados Arrarte. Portada y dibujos del pintor español *José María de Labra.*

PROYECTO DE UNA UNION IBEROAMERICANA DE PAGOS (*)

POR

JESUS PRADOS ARRARTE

Si hubiera de caracterizarse lo esencial del momento económico actual, sería necesario destacar los numerosos intentos de integración económica de diversos grupos de naciones, para constituir unidades más poderosas y mercados más amplios. Quizá sea la Organización Europea de Cooperación Económica el ejemplo más característico, pero no es el único de una evolución tan significativa de los tiempos presentes. Por circunstancias que no es del caso analizar en el reducido ámbito del presente artículo, la única región donde no se ha manifestado la integración económica que define nuestra época—Iberoamérica—es precisamente aquella donde mayores habrían sido las esperanzas en favor de una cooperación económica regional, puesto que los países que la constituyen unen a la identidad de idioma y de estirpe, una situación parecida en cuanto al grado de su evolución económica. Sin embargo, si la integración regional no ha caracterizado la historia económica de Iberoamérica en los últimos años, no han dejado de hacerse oír voces tendientes a esos propósitos, entre las cuales destacan las de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, y el reciente Congreso del Consejo Interamericano Económico y Social celebrado en Río de Janeiro. No podía faltar tampoco la autorizada palabra de España en propuestas de tanta importancia para Iberoamérica, y a un recentísimo estudio del Instituto de Cultura Hispánica sobre una Unión Iberoamericana de Pagos ha de destinarse este artículo.

A pesar de los éxitos obtenidos por la Unión Europea de Pagos desde la iniciación de su funcionamiento, nunca se consideró posible crear una entidad similar para el ámbito iberoamericano, por suponerse que algunos países de la Región arrojarían saldos permanentemente acreedores o deudores, así como por la escasa importancia del comercio interiberoamericano respecto al efectuado por la Región con el resto del mundo. Tan pesimistas fueron los supuestos, jamás rebatidos, que nunca se efectuaron sino estudios parciales del problema, estudios que parecieron reforzar el convencimiento de que la Unión Iberoamericana de Pagos no tendría viabilidad. De entre esos estudios destaca el efectuado por la propia Unión Europea de Pagos en su tercer ejercicio (1952-1953), limitado a las compensaciones posibles entre dos países de la Unión Europea de Pagos y un país iberoamericano, sobre cifras de 1952, que arrojó resultados muy pobres.

A pesar de estos antecedentes, el Instituto de Cultura Hispánica decidió, en un acto de fe, estudiar de nuevo el problema, financiándose la investigacción por un grupo de grandes Bancos españoles. El autor del presente artículo tuvo el honor de dirigirla como jefe de estudios.

EL MÉTODO DE LA INVESTIGACIÓN

Para calcular la compensación dentro de una Unión Iberoamericana de Pagos se analizó la que habría ocurrido, de existir esa entidad en un número suficiente de años, tomándose el período 1947-51. No se incluyó el ejercicio de 1952, tanto por la dificultad de disponer de los anuarios del comercio ex-

(*) Trabajo publicado en *Política Internacional*, núm. 21 (enero-marzo, 1955), págs. 25-42, aparecido recientemente.

terior de ese año para todos los países, como por la consideración de que dicho ejercicio acusa una situación muy anormal en el comercio exterior de los países iberoamericanos, motivada por el temor a una conflagración generalizada como consecuencia de las hostilidades de Corea. Ante la experiencia reciente de lo sucedido en la segunda guerra mundial, los países iberoamericanos incrementaron en alto grado sus importaciones en 1952, contrayendo grandes déficit en sus balances de pagos que aún pesan sobre la situación de divisas de algunos de ellos. El supuesto de que la Unión Iberoamericana de Pagos no se verá ante circunstancias similares, o que los efectos de su acción deben estudiarse teniendo en cuenta condiciones de normalidad, aconsejó, por consiguiente, excluir el año 1952.

Problema de mayores alcances que el planteado por la anormalidad de un ejercicio fué el originado por la falta de datos sobre el balance de pagos de cada país iberoamericano con el resto de la Región, y con cada una de las grandes regiones comerciales del mundo. Estos datos no se publican y es dudoso que se calculen siquiera en la mayor parte de los países iberoamericanos. Ante la disyuntiva de abandonar la investigación y someterse al pesimismo de quienes han dictaminado que una Unión Iberoamericana de Pagos no tendría posibilidades de funcionamiento, se decidió abordarla con las únicas cifras disponibles, que son los balances de comerccio de cada una de las naciones iberoamericanas. Las conclusiones de la investigación se limitan, por consiguiente, a ofrecer un orden de magnitud sobre los resultados de una Unión Iberoamericana de Pagos, pero constituyen, además, la prueba decisiva de que sería de toda conveniencia que se llevara a cabo un estudio a fondo sobre el problema por los únicos organismos en situación de efectuar esa tarea, que son los propios Gobiernos, si éstos lo consideraran conveniente. La investigación del Instituto de Cultura Hispánica no representa sino la demostración de que la compensación de pagos entre los países iberoamericanos puede ser viable, arrojando las ventajas correspondientes para todos los países de la Región.

La lista de países a incluir en el estudio motivó, asimismo, la ponderación de diversas posibles soluciones. Aparte de la dificultad de reunir los anuarios del comercio exterior de todos los países iberoamericanos, la ampliación del número de países recargaba en tal forma el trabajo, que difería por un largo plazo su publicación. Pareció más ventajoso, por consiguiente, sacrificar la universalidad a la eficacia, y reducir el análisis a un número manejable de países. Se incluyó en la lista a la Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Méjico, Perú, Uruguay y Venezuela, agregándose España a esos países por considerar que no permanecería al margen de un proyecto que ha de engarzar decisivamente las economías de todas las naciones de su estirpe, creando destinos comunes entre países hermanos, de los cuales no podría desinteresarse.

Los países iberoamericanos elegidos para el estudio constituyen una parte fundamental del comercio recíproco de la región. Tan sólo las naciones de la zona Sur de Iberoamérica (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay), incluídas todas en la investigación, con la única excepción del Paraguay, representan el 81,9 por 100 del comercio interiberoamericano, mientras que la zona de la Gran Colombia (Colombia, Ecuador y Venezuela), de la que sólo se excluyó al Ecuador, agregan un 8,5 por 100 adicional, al que debe sumarse la participación de Cuba y Méjico. Es, pues, muy probable que los resultados de la investigación abarquen un porcentaje próximo al 95 por 100 del total del comercio recíproco de Iberoamérica y que sus cifras sean por ello suficientemente representativas.

LA COMPENSACIÓN EN LA UNIÓN IBEROAMERICANA DE PAGOS

Sobre las fórmulas indicadas se estudió la compensación entre diez países iberoamericanos y España, durante el período 1947-51, partiendo de los datos del comercio exterior, bajo el su-

puesto que habría funcionado en ese período una Unión Iberoamericana de Pagos. La compensación encontrada fué del 82,9 por 100 en el quiquenio, que compara muy favorablemente con la del 83 por 100 conseguida sin el uso de cuotas por la Unión Europea de Pagos en el primer trienio de su funcionamiento. Resultados tan prometedores permiten asegurar que la Unión Iberoamericana de Pagos tendría un brillante porvenir de constituirse, puesto que la compensación sería sustancialmente mayor, una vez iniciado su funcionamiento.

En efecto, las uniones de pagos no se limitan a ofrecer un mecanismo de compensación entre sus países miembros, sino que deben disponer de los instrumentos necesarios para resolver los desequilibrios que puedan producirse. Este es el ejemplo de la Unión Europea de Pagos, y sin dicho requisito no es concebible el funcionamiento de una entidad compensadora de las transacciones internacionales. Los instrumentos principales utilizados por la Unión Europea de Pagos para mantener un equilibrio han consistido en la supresión de las restricciones cuantitativas de los países persistentemente acreedores y la autorización a las naciones deudoras a reforzar esas mismas trabas cuantitativas. En virtud de esos instrumentos (que no obligan sólo al deudor a soportar todo el peso de los reajustes, como sucedía bajo el patrón oro, puesto que también aseguran la cooperación del país acreedor), el equilibrio de los balances de pagos debe ser más fácil de alcanzar en un comercio regido por una Unión de Pagos que bajo el sistema del intercambio multilateral anterior a los treinta años, guardando la Unión de Pagos la misma superioridad sobre el mecanismo bilateral de las transacciones económicas internacionales, tan en boga en la actualidad. Por tanto, de haber funcionado la Unión Iberoamericana de Pagos en el quinquenio 1947-51, puede afirmarse, sin temor a errores, que el equilibrio de los pagos dentro del grupo habría excedido del coeficiente del 82,9 por 100 encontrado. La Unión Iberoamericana de Pagos tiene, por consiguiente, brillantes perspectivas.

LA COMPENSACIÓN MULTILATERAL Y EN EL TIEMPO

El sistema seguido para determinar el porcentaje del 82,9 por 100 de las compensaciones en la Unión Iberoamericana de Pagos ha sido el mismo que el utilizado por la Unión Europea de Pagos. Se han calculado primeramente los excedentes y déficit bilaterales de cada uno de los diez países iberoamericanos y España en su comercio recíproco. Sobre la suma de los excedentes y déficit bilaterales se ha estimado luego la compensación que habría ocurrido por el empleo de diversos instrumentos. El principal es la compensación multilateral, que consiste en compensar por sumas iguales los superávit y los déficit de cada país con el conjunto de la Unión Iberoamericana de Pagos. Sobre un total de excedentes y déficit entre el grupo de países considerado de 2.814,4 millones de dólares en 1947-51, la compensación multilateral pudo haber alcanzado a 972,6 millones de dólares, es decir, al 34,5 por 100 de aquéllos, que podrían haberse eliminado mediante simples asientos contables. A la compensación multilateral se suma la "compensación en el tiempo", fundada en la eliminación del saldo deudor de un año por otro saldo acreedor de igual cuantía en otro año. Mediante este sistema se habrían anulado excedentes y déficit bilaterales por 501,4 millones de dólares en el quinquenio, representando dicha "compensación en el tiempo" el 17,8 por 100 de la suma de aquéllos. El total de la compensación multilateral y en el tiempo arrojaría un 52,3 por 100 de la suma de los excedentes y déficit bilaterales.

OTROS INSTRUMENTOS DE COMPENSACIÓN

A las fórmulas antedichas podrían agregarse otras para reforzar la compensación de pagos en el ámbito iberoamericano. A pesar de haberse organizado el comercio entre estos países bajo sistemas bilaterales en toda la zona Sur de Sudamérica, ésta tiene un alto índice

de multilateralidad en su comercio recíproco, puesto que los saldos que se producen entre algunos pares de países —Chile y Perú, etc.—son de gran cuantía y revisten persistentemente el mismo signo. Por ese motivo se emplean dólares para liquidar los saldos del comercio exterior no ya en el intercambio entre las naciones iberoamericanas de la zona del dólar, sino en la propia zona Sur de Sudámerica, donde el comercio se concierta sobre bases bilaterales. Se calcula que en esta zona Sur se pagaron anualmente en dólares, en el período 1946-51, saldos no cubiertos en el tráfico bilateral por un promedio anual de 76,1 millones. Con esta información básica como punto de partida se propone en el proyecto de Unión Iberoamericana de Pagos que las naciones de la Unión que tengan un superávit en su comercio con la zona norteamericana del dólar (Estados Unidos y Canadá) y un déficit con los países de la Unión Iberoamericana de Pagos, cubran éste con dólares por el importe menor de ambas cantidades. Viceversa, las naciones de la Unión Iberoamericana de Pagos que sufran un déficit con el área del dólar y gocen de un superávit con la Unión Iberoamericana de Pagos, podrían percibir en dólares el importe menor de ambas cantidades. Durante el período 1947-51, si los balances de pagos recíprocos de las naciones iberoamericanas consideradas hubieran sido iguales a los saldos del comercio exterior de esos mismos países y hubiera funcionado la Unión Iberoamericana de Pagos, el Perú habría recibido 263 millones de dólares, la Argentina, 30,6 millones de dólares, y Méjico, 29,9 millones por este sistema de liquidación, que habrían sido pagados por Bolivia (56,4 millones de dólares), Colombia (78,9 millones), Chile (90,1 millones) y Uruguay (97,4 millones). Ninguno de los países pagadores de dólares habría alterado sus normas comerciales actuales, por el procedimiento de compensación que se propone, ni sufrido un perjuicio, puesto que todos gozaron de superávit con la zona del dólar superiores a las cifras mencionadas. Los pagos que se proponen habrían representado un promedio de 58,3 millones de dólares por año (1), frente a los 76,1 millones que desembolsaron efectivamente con el sistema bilateral de comercio. La compensación con dólares, de acuerdo a la fórmula propuesta, habría significado el 23 por 100 de la suma de los excedentes y déficit bilaterales de la región.

LA COMPENSACIÓN CON LA UNIÓN EUROPEA DE PAGOS

A semejanza de esta compensación con dólares que se propone, se sugiere la posibilidad de conseguir otra similar con la Unión Europea de Pagos. Si un país de la Unión Iberoamericana de Pagos goza de un superávit con ésta, al mismo tiempo que un déficit con la Unión Europea de Pagos, podría compensar la cantidad menor de ambos saldos. Viceversa, si un país de la Unión Iberoamericana de Pagos tuviera un déficit con ésta y un superávit con la Unión Europea de Pagos, podrá compensar la menor de ambas cantidades. En la práctica no serán suficientes esos requisitos, debido a las condiciones peculiares de las Uniones de Pagos, puesto que podría ocurrir que la compensación *entre* las Uniones de Pagos dificultara la compensación *dentro* de cada una de ellas. Por ejemplo, si la Unión Iberoamericana de Pagos tuviera un crédito neto contra un país persistentemente deudor de la Unión Europea de Pagos y un débito neto contra un país persistentemente acreedor de la Unión Europea de Pagos, perturbaría el equilibrio de la Unión Europea de Pagos. Pero bastarían algunas normas apropiadas para no admitir a esta compensación sino los importes que facilitaran el equilibrio dentro de cada Unión, limitando a ciertas sumas tope las compensaciones que originaran un alejamiento del equilibrio. Con el sistema descrito se han calculado las compensaciones que se habrían producido

---

(1) Por no haberse computado todos los ejercicios del quinquenio para los países estudiados, el importe de 58,3 millones de dólares es inferior al que resulta de las cifras ofrecidas, que alcanzaría a 64,6 millones.

en la Unión Iberoamericana de Pagos con el uso de créditos o débitos de sus países miembros frente a países de la Unión Europea de Pagos, estimándose el total para el quinquenio 1947-51, de haber existido ambas uniones, en 89,4 millones de dólares adicionales, lo que representaría el 3,2 por 100 de la suma de los excedentes y déficit bilaterales entre los países considerados en el estudio de la Unión Iberoamericana de Pagos.

A la compensación así definida con la Unión Europea de Pagos podría agregarse otra adicional. Dos Uniones de Pagos tan poderosas como la europea y la iberoamericana, cuyo comercio alcanza anualmente a unos 4.000 millones de dólares, bien podrían otorgarse un crédito rotativo recíproco. Una cifra de un 15 por 100 de ese tráfico representaría unos 600 millones de dólares al año, que no quedarían sin garantía, pues que podría otorgarse ésta con las cuotas de los países de ambas Uniones en el Fondo Monetario Internacional. Las cuotas de las naciones iberoamericanas en ese organismo se elevan actualmente a 513 millones de dólares, y si se resolviera el ingreso de la Argentina y España en el Fondo Monetario excederían en mucho los 600 millones de dólares. Las cuotas en el Fondo Monetario Internacional de los países de la Unión Europea de Pagos son muy superiores a esa cifra. Si cada Unión de Pagos otorgara a los países de la otra un sobregiro por el importe que correspondiera dentro del total de 600 millones de dólares, garantizando el sobregiro por la cuota de dicho país en el Fondo Monetario Internacional, se crearían posibilidades adicionales de compensación en la Unión Iberoamericana de Pagos, que se han estimado en 124,3 millones de dólares y un 3,2 por 100 de la suma de los excedentes y déficit bilaterales en los países considerados de la Unión Iberoamericana de Pagos. El total de compensaciones de estos países, al manejar el instrumento de la compensación con la Unión Europea de Pagos, alcanzaría, por consiguiente, en el período 1947-51, a 213,7 millones de dólares, y a un 7,6 por 100 de la suma de los excedentes y déficit bilaterales de la Unión Iberoamericana de Pagos.

No se han estudiado otras compensaciones adicionales que originaría la cooperación entre las dos Uniones. Supóngase que tras haber calculado la primera compensación de las dos reseñadas que habrían de efectuarse con la Unión Europea de Pagos, la Argentina dispusiera de un superávit con el Reino Unido y un déficit equivalente con Alemania. Si la compensación entre esas sumas no perturbara el funcionamiento de la Unión Europea de Pagos, podrían compensarse con un mero asiento contable. Viceversa, si tras haber calculado las compensaciones iniciales en ambas Uniones de Pagos, Inglaterra gozara de un excedente con el Brasil y de un déficit con el Perú, podría compensar esos saldos si con ello no perturbara el funcionamiento de la Unión Iberoamericana de Pagos. El sobregiro a que se ha hecho referencia anteriormente podría servir para cerrar estas operaciones, que aumentarían considerablemente la compensación *entre* ambas Uniones y *dentro de cada una de ellas*. El Fondo Monetario Internacional podría encargarse de la contabilización de tales operaciones y de la transferencia de los saldos finales.

LA COMPENSACIÓN DE CADA PAÍS

Sin estudiar esta última parte de las posibles compensaciones, la calculada entre los saldos multilaterales, en el tiempo, con la zona del dólar y con la Unión Europea de Pagos, habría llevado la compensación dentro de la Unión Iberoamericana de Pagos al 82,9 por 100, como se dijo, siendo varios los países iberoamericanos que habrían compensado el 100 por 100 (Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile y Venezuela). La Argentina compensaría el 98,9 por 100, Méjico, el 92,9, Perú, el 87,5, y Uruguay, el 74,1 por 100, con un total para estos países del 94,7 por 100.

Se observará que se ha excluído a España de la reseña de países, debido a que su caso requiere una explicación adicional. Los cálculos efectuados arrojan para nuestro país tan sólo una com-

pensación del 31,3 por 100 dentro de la Unión Iberoamericana de Pagos en el período 1947-51; es decir, muy inferior a la establecida en los restantes países estudiados. Sin embargo, ese hecho es un espejismo estadístico, que proviene de no haber considerado sino los balances comerciales del grupo de países, sin computar otras partidas del balance de pagos. Como durante el quinquenio estudiado España recibió fuertes préstamos de la Argentina, con los que adquirió productos en este país, es natural que el balance de comercio de España con los países analizados de Iberoamérica arrojara un déficit considerable después de calculadas las compensaciones, déficit que ascendería a 359,2 millones de dólares en el período. Si se calculara la compensación con balances de pago, ese débito de España estaría cubierto en su totalidad con los créditos argentinos, ampliándose correspondientemente su compensación dentro de la Unión Iberoamericana de Pagos. Las cifras encontradas para España representan, por consiguiente, un espejismo estadístico, como se ha dicho, y nuestro país gozaría en la Unión Iberoamericana de Pagos no sólo de una compensación sustancialmente mayor, sino también de la posibilidad de utilizar parte de sus saldos en esterlinas para efectuar compras en marcos u otras divisas.

ALGUNOS PRINCIPIOS SOBRE LA POSIBLE ORGANIZACIÓN DE LA UNIÓN IBEROAMERICANA DE PAGOS

Pretender detallar los principios con los cuales podría organizarse la Unión Iberoamericana de Pagos parece un tanto prematuro, y, sin embargo, la complejidad de la materia puede despertar tales temores frente a aquella entidad que llegarían a frustrar su constitución de no indicarse en forma somera algunos principios de su posible funcionamiento. Será, por consiguiente, muy ventajoso poner de manifiesto lo que significaría la organización de la Unión Iberoamericana de Pagos.

El problema básico que hace difícil la constitución de la Unión es el temor a la invasión de la soberanía propia de cada uno de sus países miembros. Esta cuestión se ha soslayado admirablemente en la Organización Europea de Cooperación Económica, y la fórmula empleada bien podría aplicarse a la Unión Iberoamericana de Pagos. En la O. E. C. E. cada país dispone de la posibilidad de rechazar los acuerdos que no le convengan, pero sin que su veto llegue a impedir que dichos acuerdos sean válidos para las naciones que los aprueben. Respeto absoluto por la soberanía de cada país, unido a una fórmula viable para que el derecho de veto no lleve a la impotencia a la entidad, ha sido el camino seguido. Las propuestas que se presentan a la O. E. C. E. gozan casi siempre de muchas posibilidades de ser aprobadas por la totalidad o la gran mayoría de las naciones miembros, puesto que de otro modo carecerían de realización; de otro lado, un país miembro de la O. E. C. E. debe meditar con atención si resulta preferible quedar excluído de la realización de alguna propuesta que podría aportarle beneficios que quizá compensen los inconvenientes que origine.

El principio expuesto, unido a un carácter muy confidencial de todas las relaciones de la Unión Iberoamericana de Pagos con los Gobiernos miembros, bastan para apuntar las directrices generales de la posible organización de la Unión.

ASPECTOS COMERCIALES DE LA UNIÓN IBEROAMERICANA DE PAGOS

En lo que respecta a los problemas concretos de la Unión, el proyecto llega a la conclusión de la necesidad de otorgar una preponderancia adecuada a sus aspectos comerciales. A través de un estudio de la composición del comercio exterior recíproco de los países iberoamericanos considerados y España, se establece que mientras ese intercambio recíproco está dominado por los alimentos, bebidas y tabaco, es decir, por productos que sólo preponderan en las relaciones comerciales de los países poco

desarrollados (esos artículos constituyen el 43,7 por 100 de las importaciones a la zona de sus propios países), estas compras de alimentos en la zona sólo alcanzaron a 193,3 millones de dólares en 1950, frente a adquisiciones de alimentos, bebidas y tabaco en Europa occidental y Estados Unidos de los propios países de la zona por 429,9 millones de dólares. En las materias primas las importaciones a la zona de los propios países que la constituyen representaron en el mismo año 99,5 millones de dólares, contra compras en Europa occidental y Estados Unidos de los mismos productos por 253,8 millones de dólares. Que los países iberoamericanos, grandes productores de alimentos y materias primas, adquieran fuera de la región esos mismos productos por cantidades mucho más importantes que sus compras dentro de la región, constituye un contrasentido que justifica con creces la creación de una Unión Iberoamericana de Pagos.

La causa de una situación tan extraña como la mencionada, de que Iberoamérica no adquiera en sus propias fuentes los alimentos y materias primas que compra en otros países del mundo, se ha originado en el sistema comercial de los propios países iberoamericanos. La organización de control de cambios en la región, y en especial en la zona Sur de Sudamérica, es de tal naturaleza que penaliza las importaciones provenientes de la región en lugar de estimularlas como debiera ser necesario. Por motivos técnicos imposibles de resumir en los estrechos límites de este artículo, Iberoamérica concede estímulos a las importaciones de Europa occidental y los Estados Unidos, mientras traba las compras en su propio territorio. Tal situación de cosas debiera ser abordada con especial prioridad por la Unión Iberoamericana de Pagos.

Si preponderan las importaciones de alimentos y materias primas en la composición del comercio interiberoamericano, la participación de los bienes de capital en ese tráfico es mínima y apenas intervienen en él algunos países, careciendo de importancia los envíos de maquinaria, salvo los que efectúa España. La causa de que los bienes de producción acusen cifras tan bajas, como sucede por igual con las manufacturas de consumo—salvo textiles—, reside en las tendencias del desarrollo industrial de la región. Cada uno de sus países ha pretendido montar *todas* las industrias que ha considerado necesarias, sin coordinar su acción con las naciones hermanas. Como resultado de ese proceso no se ha originado una especialización industrial, y se ha excluído la posibilidad de crear las industrias de cabecera, que necesitan de mercados más importantes que los que ofrece la población y el consumo de cada uno de los países iberoamericanos.

El análisis de estos hechos, y la necesidad de disponer de un mecanismo comercial para mantener el equilibrio de los pagos en Iberoamérica ha aconsejado incluir en el proyecto una cláusula "de productos nuevos", que permitiría a los países miembros de la Unión Iberoamericana de Pagos acordar libremente entre sí la concesión del beneficio recíproco de esa cláusula para la lista de productos que elegirían libremente entre pares de países. La Argentina y España, por ejemplo, podrían ofrecerse los beneficios de la entrada en su territorio de ciertos productos sin otra traba que el arancel, y sin necesidad de permiso de cambio, por un período de algunos años. Con estas medidas sería fácil conseguir la instalación en todos los países iberoamericanos de grandes industrias que produjeran para el mercado total de la región—mejor dicho, de los países de ésta que hubieran aceptado la cláusula para un producto concreto—, lo que permitiría especializar lentamente a cada país en las producciones para las cuales goza de ventajas comparativas, consiguiendo que la industrialización de Iberoamérica y España pudiera llegar a realizarse con una alta productividad.

EL PAPEL DE LOS MINISTROS DE COMERCIO EN LA UNIÓN IBEROAMERICANA DE PAGOS

Estos propósitos contenidos en el proyecto, así como la necesidad de equilibrar los pagos en la región mediante

la creación o supresión de las trabas cuantitativas al comercio exterior, tal como se hace en la Unión Europea de Pagos, otorgan una importancia de primer plano a los problemas comerciales en la Unión Iberoamericana de Pagos. Se propone, por consiguiente, que el organismo supremo de la Union Iberoamericana de Pagos sea un organismo comercial, subordinando las técnicas de la compensación de pagos al equilibrio del intercambio, que la hará posible. Por ello se sugiere en el proyecto que la dirección suprema de la Unión Iberoamericana de Pagos quede a cargo de las autoridades comerciales del más alto nivel de cada uno de los países miembros; es decir, de los ministros de Comercio. Para dar eficacia a su gestión se propone que estos ministros se reúnan en la ciudad iberoamericana o española que corresponda como sede de conferencia del año y concierten simultáneamente tratados bilaterales de comercio entre cada par de países de la Unión Iberoamericana de Pagos. La ventaja de esta propuesta consiste en que los países deudores de la Unión podrían ser autorizados a reforzar sus restricciones cuantitativas a las importaciones de la región si fuera necesario, mientras que las naciones acreedoras estarían en situación de reducir esas trabas para fortalecer sus compras en la región. Además, el concierto de un convenio comercial entre los países A y B de la Unión Iberoamericana de Pagos admitiría una expansión espectacular con este sistema, pues los ministros de ambos países no deberían preocuparse por el saldo bilateral entre ellos, sino por el saldo total de cada uno con todos los países de la región, pudiendo reforzar, por tanto, considerablemente sus importaciones sin temor a dificultades en los pagos.

Al lado de las conferencias de ministros de Comercio figuraría el aparato propiamente dicho de la Unión Iberoamericana de Pagos, provisto de un servicio técnico de la suficiente amplitud. Este aparato de funcionarios internacionales realizaría las funciones técnicas y consultivas de la Unión, así como todo lo atingente a las compensaciones.

OTROS PROBLEMAS DE ORGANIZACIÓN DE LA UNIÓN IBEROAMERICANA DE PAGOS

Se ofrecen en la investigación algunas fórmulas para los principales problemas que deberían resolverse al tiempo de constituir la Unión Iberoamericana de Pagos. La contabilidad de la Unión se llevaría en "unidades de cuenta", tal como ocurre en la Unión Europea de Pagos, siendo equivalentes las "unidades de cuenta" al peso en oro fino de un dólar de los Estados Unidos. Se unificaría así la contabilidad de la Unión Iberoamericana de Pagos con la de la Unión Europea, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, etcétera, siendo el dólar, a más de ello, equivalente al valor de paridad de las divisas de muchos países iberoamericanos, así como moneda de raigambre histórica hispanomejicana.

La Unión Iberoamericana de Pagos podría organizarse sobre la base de cuotas de sobregiro, al igual que ocurre en la Unión Europea de Pagos. Eso significa que por un primer cupo de la cuota asignada a cada país, por ejemplo, el primer 20 por 100, no se efectuarían pagos ni cobros con la Unión, limitándose ésta a la anotación del débito o crédito correspondiente en su contabilidad. A partir del primer 20 por 100 de la cuota, los pagos y cobros de la Unión efectuados por los países miembros podrían realizarse la mitad en oro o dólares, y la mitad con débitos o créditos en la Unión Iberoamericana de Pagos. Una transacción entre dos países de la Unión se consideraría como un pago o cobro de cada uno de esos países a la Unión, tal como sucede en la Unión Europea de Pagos.

Se han calculado las cuotas de los distintos países en un 15 por 100 de su comercio recíproco, para dar una idea de magnitud, siendo las cifras las siguientes:

CUOTAS POSIBLES DE UNA UNION IBEROAMERICANA DE PAGOS

PAÍSES	COMERCIO RECÍPROCO	CUOTAS	POR CIENTO DE LA CUOTA DE CADA PAÍS SOBRE EL TOTAL DE LAS CUOTAS
	(En millones de dólares.)		
Argentina	385,0	70,0	28,0
Bolivia	28,0	5,1	2,0
Brasil	311,0	56,5	22,6
Colombia	22,1	4,0	1,6
Cuba	46,5	8,5	3,4
Chile	120,0	22,0	8,8
España	164,1	30,0	11,9
Méjico	28,3	5,1	2,0
Perú	133,0	24,1	9,8
Uruguay	64,6	11,7	4,7
Venezuela	71,2	13,0	5,2
TOTAL	1.374,4	250,0	100,0

Las cuotas serían créditos abiertos por la Unión Iberoamericana de Pagos a cada uno de sus países miembros, y no exigirían desembloso alguno por parte de éstos. Esas cuotas deberían ajustarse de tiempo en tiempo si, como se espera, el comercio interiberoamericano creciera rápidamente por el funcionamiento de la Unión de Pagos.

A pesar de no ser necesario que los países miembros de la Unión Iberoamericana de Pagos entreguen oro o dólares al iniciar la Unión su funcionamiento, la conveniencia de disponer de alguna reserva para servir de garantía a las compensaciones de la Unión Iberoamericana de Pagos con la Unión Europea de Pagos, así como para una eventual liquidación de aquélla, y la posibilidad de que no coincidieran los pagos en oro o dólares a la Unión Iberoamericana de Pagos efectuados por sus países miembros, con los cobros que éstos podrían realizar en la Unión, exige la disposición de alguna reserva, oro o dólares por la Unión Iberoamericana de Pagos. En el proyecto se sugiere que el Export Import Bank de los Estados Unidos podría prestar unos 250 millones de dólares a la Unión Iberoamericana de Pagos por un plazo de diez años, en el momento de su constitución, puesto que esos fondos fomentarían mejor que cualquier otra medida el comercio entre Iberoamérica y los Estados Unidos. La finalidad principal de dicho Banco es el fortalecimiento del comercio exterior de la Unión Norteamericana, lo que justificaría por completo la operación. En efecto, la Unión Iberoamericana de Pagos significaría un fomento de las transacciones comerciales de Iberoamérica con los Estados Unidos, a causa de la cláusula anteriormente examinada de los "productos nuevos", puesto que la posibilidad de producir en uno de los países que la constituyen para vender en la totalidad del territorio de la región desencadenaría un movimiento de capital privado norteamericano hacia Iberoamérica por muy fuertes cantidades, que sería seguido de una notable intensificación de las ventas de bienes de capital de Estados Unidos a los países iberoamericanos y a España.

LOS TIPOS MÚLTIPLES DE CAMBIO

La Unión Iberoamericana de Pagos no significa ningún cambio sustancial en las políticas comerciales presentes de los países iberoamericanos. No implica el abandono de las restricciones cuantitativas, sino de aquellas que libremente concierte cada país con cada uno de los restantes. No representa la unificación de los múltiples tipos de cambio para aquellos países que no lo deseen. No obliga a conciertos multilaterales, puesto que las relaciones comerciales entre

sus países miembros se resolverán bilateralmente, como ocurre actualmente entre buena parte de esos países, no introduciéndose otra modificación que el concierto conjunto y simultáneo de los tratados bilaterales entre cada par de países. La Unión Iberoamericana de Pagos tan sólo exigiría la creación de un tipo de cambio libre para sus países miembros que sigan la práctica de múltiples tipos de cambio, siendo ese cambio libre el que se aplicaría a los productos importados con la cláusula de "productos nuevos" y el utilizado para las transacciones financieras.

CONSIDERACIONES FINALES

La extensión de un artículo no es suficiente para exponer las ventajas que se derivarían, para los países iberoamericanos y España, de constituir una Unión de Pagos, pero se tratará de resumir en algunas líneas las ideas del estudio efectuado por el Instituto de Cultura Hispánica sobre los peligros de la situación actual de los países iberoamericanos. La reducida población de la mayoría de ellos y su baja capacidad de consumo, unida a la escasez de capitales y de técnicos, imposibilitan la instalación en esos países de muchas de las industrias pesadas básicas del presente. La evolución económica de esos países pudo mejorar sin tropiezos mientras se instalaron industrias textiles y otras susceptibles de operar en pequeñas unidades productoras, pero su desarrollo los ha llevado a un punto en que esas fórmulas ya no son satisfactorias. Obligados a industrializarse en momentos en que Europa se orientaba hacia sus territorios dependientes o vinculados fuera del Continente americano, las naciones hispánicas carecieron de capitales para llevar a cabo sus proyectos de industrialización que la guerra hizo tan necesarios. Por la fuerza de las cosas se recurrió en varios de esos países a la inflación para reforzar su capitalización, con el resultado de una fuerte disminución de su capacidad para exportar y, consiguientemente, para adquirir los bienes de capital que la propia industrialización hacía tan necesarios. Ante la carencia de divisas y la prohibición que ésta motivó de importar bienes no indispensables, el desarrollo industrial de Iberoamérica se encauzó hacia la producción de bienes de pequeña importancia, relegando a lugar secundario la creación de las industrias básicas y servicios públicos. Se creó una industria ligera no bien orientada, dependiente en muchos casos de la importación de materias primas y que reforzaba la servidumbre frente a la falta de combustibles, efectuándose, además, todo el proceso industrializador a muy baja productividad.

De continuar las economías iberoamericanas sometidas a tan adversas tendencias forzadas por las circunstancias, la frustración será el resultado del espléndido impulso industrializador. En cambio, si las naciones hermanas unen sus recursos y favorecen la localización de ciertas industrias básicas que produzcan para toda la región, allí donde sea más conveniente, todos los países de la región recibirán el impulso de las grandes producciones, se creará una economía iberoamericana de alta productividad, se explotarán debidamente los inmensos recursos de la región, y el rápido progreso económico de Iberoamérica podrá ser una realidad, con la ayuda de los fuertes capitales norteamericanos privados que han de orientarse hacia la instalación de esas grandes industrias. Iberoamérica habrá rectificado a tiempo su camino y establecido las bases de una sólida cooperación económica, tan necesaria cuando Europa occidental efectúa una introversión y se desinteresa por el futuro económico de nuestros países hermanos, y cuando la frustración de la reciente Conferencia de Río de Janeiro del Consejo Interamericano Económico y Social limita las esperanzas en los capitales públicos de los Estados Unidos.

La propuesta del proyecto de una Unión Iberoamericana de Pagos no significa peligros ni perjuicios para otras regiones, ni tampoco para los actuales instrumentos de coordinación económica mundial. Las relaciones comerciales entre Europa occidental y los países iberoamericanos habrán de facilitarse en alto grado por la estrecha conexión que po-

drá establecerse entre las dos Uniones de Pagos. Los Estados Unidos encontrarán salida para sus inversiones privadas, de que hoy carecen, empezándose ya a manifestar una plétora de fondos de inversión en su economía, que hasta la fecha los había absorbido con rapidez. Las relaciones comerciales de los Estados Unidos con Iberoamérica habrán de fortalecerse por la creación de una Unión de Pagos que permitirá una mejor redistribución de los dólares a la disposición de Iberoamérica, y una intensificación de los envíos de capitales estadounidenses privados al sur del Río Grande. Hasta el Fondo Monetario Internacional, que arrastra una vida lánguida, encontrará en los arreglos entre las Uniones de Pagos el verdadero fin para el cual fué creado, así como la fórmula para reforzar el multilateralismo, sin el cual es inútil discutir una ordenación monetaria mundial.

Para Iberoamérica, para los pueblos de nuestra estirpe, la Unión de Pagos significaría nada menos que la antesala de una comunidad hispánica de naciones, con todos los atributos de la soberanía de cada una de ellas, sin perder la variedad, que es riqueza que las distingue, ni la unidad de cultura que las identifica.